

# LA ESPAÑA MODERNA



AÑO 14.

NUM. 160.

LA

ESPAÑA MODERNA

~~~~~  
**Director: JOSE DE LAZARO**

\_\_\_\_\_  
**ABRIL, 1902**  
\_\_\_\_\_

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO**

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATONDI BANGORONDA

# HIGH-LIFE

NOVELA

(CONTINUACIÓN)

## XII

Eran las nueve de la mañana y la Condesa de Simmersburg estaba sentada delante del castillo, bajo unos tilos, en su puesto habitual. El café estaba servido en una mesa, al lado de un paquete de cartas. Gertrudis acudió con peinador blanco y sus rubios cabellos en desorden flotando sobre sus hombros.

—¡Oh, abuela! ¿Me he retrasado?

Su misión era servir el café á la abuela, y veía ya ante ésta una taza llena.

—Seguramente—dijo la anciana con cierto mal humor.

Tendió, sin embargo, la mano á su nieta para que la besara.

—Estaba tan buena, tan buena, esta mañana el agua, que no podía decidirme á salir de ella. ¿Qué son estas cartas...? ¿Puedo abrirlas, abuelita, para ver si hay algo de Hans?

—Toma primero el café... ¡Qué mojado tienes el pelo! ¿Por qué no te lo has recogido con una redecilla?

—Se ha despeinado... El café está exquisito hoy... Es delicioso, después del baño, en una hermosa mañana de verano...

—Trudy, trata de ser más reservada; cuando te parezca

buena una cosa, saboréala en silencio, sin dar gritos de alegría. Es una falta de corrección chocante. Quisiera que fueras menos vulgar; piensa que ya no eres una niña, y que dentro de algunos días serás la Princesa de Witterstein.

—A Dios gracias—se dijo Gertrudis—no oiré más sermones.

—Muéstrate digna de ocupar tan elevada posición. Atiende: nada de exclamaciones alegres por una taza de café; nada de admiraciones intempestivas porque el cielo esté puro... Cuando se tiene la suerte de ser lo que la divina Providencia te ha hecho, no se pasa la vida chapuceando en el agua... ¿Cómo, una tostada más? ¡Te felicito por tu apetito...! Haz el favor de darme mi cesta de labor... ¿Has traído tu crochet...? Sabes que detesto que una muchacha permanezca sin hacer nada. «La ociosidad es la madre de todos los vicios», como decía muy bien el otro día el señor cura... Créeme, hija mía, no estés nunca ociosa... Nada hay tan feo como una mujer que se cruza de brazos en lugar de ocuparse en una bonita labor... Bueno, ya has tomado el café: ahora te permito que veas el correo.

La Condesa dió las cartas á la joven, pero se quedó con un papel.

—¡Ah!—exclamó la pequeña con tono de decepción;—no hay nada para mí, nada de Hans...

La Condesa abrió la mano:

—¿Y esto?

—¡Un parte! ¡Oh, abuela! ¿Por qué no me lo has dado en seguida?

Gertrudis abrió el telegrama y leyó:

«Llegaré mañana martes para pasar un día. Feliz por verla.—Hans.»

La niña se puso encarnada, palideció y dejó caer el papel. ¡Qué sorpresa! En la última carta que el Príncipe fechaba en Moravia anunciaba que no podía abandonar sus propiedades en unos quince días, y he aquí que llegaba al día siguiente...

¡Él, el amado, el tan deseado, el prometido! Ella estuvo á punto de desvanecerse de felicidad, y volvió á caer sin fuerzas en su silla.

—¡Dios mío!—balbuceó conmovida.

—¡Trudy! ¿Qué significa esa actitud teatral...? ¿Qué significa ese aspecto de éxtasis? ¿Hay nada más sencillo ni más natural que tu prometido venga á hacernos una visita? ¿A qué vienen esos suspiros y esos ojos extraviados? Calma, corrección, hija mía. ¿Cuántas veces será preciso repetírtelo? Semejantes escenas desagradarían en absoluto á Witterstein.

La Condesa continuó regañando durante algún tiempo, pero Gertrudis ya no la escuchaba. Mañana, mañana, le volvería á ver; tocaría su mano, le hablaría... ¡Alegría sin nombre...!

—Ahora vete á arreglar, Trudy.

La joven no se lo hizo repetir, impaciente por subir á su habitación y encontrarse sola. Despidió á la doncella que acudió á vestirla, y se sentó ante su pupitre para consignar en su «libro secreto» sus impresiones personales. Escribió con mano rápida:

«¡Mañana, Hans, mañana! ¿Es posible? ¿No destruirá á la tierra un cataclismo de aquí á entonces? ¿Se sucederá tranquilamente mañana á hoy? ¿Será un día del calendario semejante á los demás? Volverte á ver... Casi tengo miedo. Te he amado tanto desde tu marcha... ¿Continúas siendo el que conocí en Viena? ¿Te soy tan querida como entonces...? El exceso de mi amor me hará parecer muy torpe y muy sosa mañana: no sabrás nada de lo que pasa en mi corazón, nada de lo que experimento...»

Y emborronaba páginas y páginas en este tono sentimental. También la Condesa estaba ocupada en escribir, y dirigía invitaciones á toda la vecindad, temerosa de que Witterstein encontrase demasiado aburrida su corta estancia en el castillo de Stoekan.

Llegó el anhelado día siguiente. Ningún cataclismo tuvo

la crueldad de aniquilar el globo terrestre. Sin embargo, la Naturaleza se mostraba bastante inoportuna, ó por lo menos parecía no comprender bien la importancia de aquel memorable día: llovía á cántaros. Witterstein llegó á las cuatro de la tarde. A pesar del mal tiempo, algunas personas habían acudido á la invitación de la Condesa y estaban reunidas en el salón cuando Hans hizo su entrada.

A Gertrudis le había hecho muy poca gracia la idea que había tenido su abuela de llenar su castillo de personas indiferentes; ¿cómo tener en semejantes condiciones una conversación íntima con su futuro? Porque, para colmo de desgracia, el viento y la lluvia hacían imposible todo paseo dos á dos. Hans se encontró también desagradablemente sorprendido al ver todos aquellos rostros desconocidos ante los cuales tenía que desempeñar el papel de un novio rendido y enamorado—papel bastante embarazoso para él, cuyos sentimientos eran tranquilos. Sin embargo, cuando vió á la graciosa niña que estaba al lado de su abuela, experimentó una sensación de grata ternura y sintió deseos de estrecharla entre sus brazos; la presencia de los invitados hacía imposible toda efusión de ese género. Besó la mano de la abuela y de la nieta y dijo á ésta, con tono dulce y penetrante:

—¡Querida, querida Trudy!

La palidez de Gertrudis se trocó en encendido rubor.

—¿No permanece usted más que un día con nosotras?—preguntó la Condesa.

—No es más que una escapatoria, porque mis intereses me retienen en Moravia. Mi tío me inicia en los misterios de la administración. Esa vida de cifras, de cálculos y negocios me es odiosa, y he tenido el deseo de ver á mi prometida... Me he escapado por un día, pero es preciso que regrese mañana.

Después de la comida, como el tiempo había aclarado algo, los invitados pudieron sentarse en el terrado y aspirar el fresco aroma que brotaba del suelo mojado y de las flores saturadas de agua. Los senderos, convertidos en arroyuelos, no per-



mitían ninguna excursión. Gertrudis estaba sentada al lado de su abuela, y Hans, apoyado en un pilar, miraba á las dos mujeres. Los invitados, sentados en círculo alrededor de ellos, escuchaban la narración que hacía el joven de sus aventuras londonenses ó parisienses, por supuesto, de las que podían ser escuchadas por castos oídos.

—¿Sin duda salió usted de París con los Hohenberg?—preguntó la Condesa.

—No. Creo que actualmente están en Trouville; no estoy seguro.

—Hohenberg ha ido á buscar á su mujer para regresar á Austria.

—Ha hecho bien. No me gustan esas prolongadas estancias en el extranjero. Se puede viajar para instruirse, ir de un lado á otro para aprender el mayor número posible de cosas, pero no se debe pasar temporadas enteras fuera de su propio país. No es patriótico ir á gastar así el dinero en el extranjero... Supongo que cuando estén ustedes casados permanecerán cuerdamente en su casa...

—No se lo puedo prometer, Condesa. Es difícil resistir á la atracción de los viajes cuando está uno habituado á ellos.

—¡Oh! yo no pido más que visitar el mundo entero—exclamó Gertrudis entusiasmada.

Los dos jóvenes no pudieron llegar á un coloquio más íntimo. Witterstein, por lo demás, no buscaba la ocasión. Se marchó al día siguiente, después del almuerzo, con los invitados de la Condesa de Simmersburg.

—No tardaré en instalarme en Herrenberg—dijo al despedirse de su prometida.—Entonces estaremos cerca y podremos vernos todos los días hasta nuestra boda. Hasta entonces, mi bonita Trudy. Verdaderamente, querida Condesa, su nieta se ha embellecido más y el aire del campo la sienta á maravilla.

¡Ingrato!... ¡No veía que el amor era lo que daba frescos colores á aquellas mejillas y brillo á aquellos ojos! ¡No sabía

que su presencia había provocado dulces lágrimas! Ignoraba la llama interior que había transfigurado aquella belleza infantil é ingenua...

Hans había regresado á sus tierras; su corta visita había pasado como un sueño. Gertrudis se preguntaba si realmente su novio había estado á su lado, si su mano había tocado la de ella, si sus labios habían depositado en su frente un casto beso... ¡Ah! no se había él dignado penetrar en el misterioso secreto de aquel corazón puro, y la pobre niña no sabía si debía sentirse alegre ó entristecida.

—Trudy, estás inmóvil como la estatua de la Consternación... Tienes ahora los ojos llenos de lágrimas... ¿Cuándo serás, pues, razonable?

—Abuela, ¿crees tú que me quiere?

—¿Qué significa esa pregunta?

—¡Nada, nada! No sé en verdad lo que quería decir, abuelita.

### XIII

Hans no se dirigió directamente á casa de su tío en Moravia, sino que hizo otra breve excursión. Al pasar por Praga supo que los Hohenberg y la Condesa de Thunen se encontraban en Ischl, y se le ocurrió ir á ver á la despiadada Isi.

¡Qué rabia le había ocasionado!... Una rabia tal, que había caído enfermo... Así que saboreaba de antemano la venganza de cantarla los encantos de su novia. Y en efecto, Trudy era deliciosa: una verdadera rosa de Mayo, mucho más bonita que Isi, y tan cándida, tan pura, tan virginal... ¿Pero por qué se interponía siempre entre Gertrudis y él la imagen de Isi cuando pensaba en su próxima boda?...

La temporada de Ischl estaba en su mejor período. La Corte estaba brillantemente representada por un gran número de familias pertenecientes á la más alta nobleza. ¡Qué buen

efecto hacían en los registros de los hoteles aquellos grandes nombres! Su alteza serenísima el Príncipe de Hohenberg con su acompañamiento; su excelencia el barón de X..., intendente de los teatros reales... Todos los Schulze, Muller ó Durand, se regocijaban en inscribirse en las mismas listas...

Los Hohenberg, como no pensaban permanecer más que unos quince días, habían parado en el hotel en lugar de alquilar una *villa*. Witterstein se detuvo por casualidad en el mismo hotel. Llegó á las seis de la tarde, pasó al comedor y mandó que le trajesen el registro de extranjeros; fue para él una sorpresa agradable el encontrar los nombres que buscaba entre los huéspedes de la casa. Preguntó si habían salido, y le dijeron que comían con Sus Majestades.

Hans fué á esperarles en el peristilo, y los vió llegar á las diez.

Cari fue la primera en exclamar alegremente al bajar del carruaje:

—¡Usted aquí, querido Witterstein!

El corazón de Isi palpitó violentamente, pero tomó un aire indiferente y tendió al Príncipe la punta de los dedos, diciendo:

—¡Qué sorpresa tan agradable!

Hohenberg le sacudió fuertemente la mano.

—Ven con nosotros—dijo con cordialidad,—mi mujer te ofrecerá una taza de té.

Hans no se lo hizo repetir, y les siguió al piso superior. Entraron en un salón muy iluminado por la electricidad.

Las dos hermanas se quitaron sus grandes capas de seda obscura, y aparecieron vestidas de blanco, con diamantes en el escote y flores naturales en la cabeza. Estaban admirables de hermosura, y la primera mirada de Isi bastó para fascinar de nuevo á Witterstein.

Cari se dejó caer en una butaca.

—Me encuentro un poco cansada—dijo.

La Condesa de Thunen se acercó á la mesa y se puso á pre-

parar el té; se quitó sus largos guantes de Suecia, y sus brazos desnudos mostraron sus líneas puras bajo los siete aros de su *porte-bonheur*. Llenó las tazas, y ofreció una al joven que estaba de pie ante ella.

—Y ahora, cuente usted—dijo Isi.—He oído decir que cayó usted enfermo en París antes de su marcha. A Cari y á mí nos extrañaba mucho no verle... Estábamos lejos de sospechar...

—Sin lo cual, hubieran ustedes desempeñado cerca de mí el papel de Hermanas de la Caridad.

—Tal vez—respondió la Princesa de Hohenberg;—de todos modos, hubiéramos preguntado por usted. ¿De dónde viene?

—De Stockan, en Bohemia.

Isi se mordió los labios.

—¿Y qué es lo que te trae á Ischl, si no es indiscreción?—preguntó Hohenberg.

—¿A Ischl?... El deseo de ver á todos ustedes...

Un relámpago de triunfo brilló en los ojos de Isi. Lanzó á Hans una tierna mirada, y se volvió.

—Yo en su lugar me hubiera quedado en Stockan—dijo ella.

Entraron algunas personas en el salón: vecinos de hotel, una Condesa húngara con su hija, y un General. Se pusieron á hablar de los acontecimientos políticos de Rusia, de una inundación en el Tirol, y así por el estilo. Esta conversación no interesaba á Isi, que permanecía reclinada en una butaca, estirando y arrugando sus largos guantes de Suecia. Wittersstein se había colocado al lado de ella, y después de un silencio contemplativo, dijo:

—¿Sabe usted la causa de mi enfermedad en París?

—No.

—El billete cruel que me fue entregado á la puerta de los Campos Elíseos.

—¡Supongo que no esperaba usted otra cosa!

—Busqué á usted en los teatros, en los sitios en donde podía usted estar... A las doce de la noche, me puse de guardia

ante la puerta del Gran Hotel; tenía fiebre, estaba transido por la lluvia... Estuve á punto de morirme al día siguiente...

—Lo siento mucho...—Y los guantes se alargaban indefinidamente... La suerte me ha vengado con demasiada dureza, pero la ofensa recibida merecía un castigo ejemplar... Tal vez la fiebre ha sido una pena excesiva...

—Si yo la hubiera ofendido á sabiendas, no me atrevería á presentarme delante de usted... pero, durante aquella inolvidable gira de Versalles... usó usted de una feroz coquetería... Es usted la criatura más odiable y más adorable del mundo.

—¿Viene usted de Stockan?

¿Stockan?... Se había olvidado por completo de lo que se había propuesto al ir á Ischl: excitar los celos de Isi, á fin de vengarse de ella. La joven acaba de recordarle sus designios.

—Sí, vengo de hacer una visita á Simmersburg. He encontrado bellísima á mi prometida... Creo que esa criatura me ama realmente y concluirá por inspirarme una pasión.

#### XIV

Los guantes se alargaron bruscamente. Isi se levantó con un movimiento nervioso y fué á unirse con el otro grupo; dió con viveza su opinión sobre las inundaciones en general y sobre las del Tirol en particular. Durante todo el resto de la velada no favoreció al Príncipe Witterstein ni con una mirada, ni con una palabra, ni con una sonrisa.

Al día siguiente, por la mañana, se marchó él sin despedirse de ella.

\*  
\* \*

*De John Walgrave á Walter Sydney, en Boston.*

«No te he escrito desde mi excursión á Versalles, hace ya más de diez semanas, y te suplico perdones mi negligencia.

Imagínate que he cometido contigo una pequeña infidelidad. ¿Te acuerdas de un Príncipe alemán del que te hablaba en mi última carta, y que asistió á la gira? Parece ser que tal Príncipe ha simpatizado conmigo y me ha convidado á hacerle compañía en un castillo de recreo. He aceptado muy gustoso, y aquí me tienes hace quince días viviendo en un grato retiro.

»Creo que mi huésped trabaja en algún libro y se ha retirado á esta tabaida para terminarle sin que le interrumpen. Pasa las mañanas en su gabinete, que permanece cerrado para todos, incluso para mí; no nos reunimos sino por la tarde para hablar; jugamos al billar ó echamos una partida de ajedrez, después leemos en alta voz algunos capítulos de una obra sobre la que discutimos largamente. Nuestras ideas son siempre parecidas y vivimos en un perfecto acuerdo intelectual. Por la mañana muy temprano, nos paseamos—cada uno por nuestro lado—en los bosques cercanos, y volvemos de excelente humor para hacer honor á un sólido desayuno. El Príncipe posee un excelente cocinero, y comemos *con ánimo*, es decir, con glotonería.

»En seguida mi anfitrión se pone al trabajo y yo lo aprovecho para hacer fructuosas excursiones en la biblioteca. Puedes comprender los renovados goces que produce el comercio asiduo con las obras maestras de la literatura. Las gentes de placer ó de negocios nos contentamos con devorar los periódicos, recorrer las revistas ú hojear la última novela; pero estas lecturas precipitadas son, en comparación de mis atentas lecturas de hoy, lo que un tente en pie tomado á escape en la fonda de una estación al exquisito paladeo de una comida fina...

»Recibo de cuando en cuando noticias de Sofía Timofewna. Se encuentra en las estepas y me envía desde allí informes diversos: los intendentes la roban, el pope solicita fondos para la restauración de la iglesia, un gentilhombre vecino quiere casarse con ella, la maestra de escuela de su aldea da conferencias sociales—económico-políticas— y parece tanto más sospechosa de nihilismo, cuanto que lleva anteojos y cabellos cor-

tos; el médico, un *zapadni*, de ideas muy avanzadas, está en continua disputa con el Juez del distrito, un moscovita de la santa Rusia... Mientras tanto ella siente la nostalgia de su querido París, «el único lugar en donde los pulmones funcionan á gusto». Cuenta con volverme á encontrar allí, pero sin que parezca dar á esto una gran importancia.

»Tanto mejor, porque voy á hacer una excursión por Austria, y volveré á mis penates con mi nuevo amigo que desea conocer América. Creo que proyecta dar la vuelta al mundo. Pero en este caso no seguiremos el mismo camino. Yo no tengo aficiones exóticas, no deseo ni ver bailar á las bayaderas, ni contemplar los hielos del polo; las soledades tropicales ó boreales no me atraen, y no pretendo estudiar á los mongoles, ni á los indios, ni á los tártaros, ni á los salvajes. Estos me aguarían todo el placer que me procura la vista de un pueblo civilizado y me mostrarían lo ineficaz de mis sueños humanitarios...»

Al llegar aquí, Walgrave interrumpió la carta, porque la campana anunciaba la comida. Aunque los únicos comensales fuesen el anfitrión y su invitado, comían siempre de frac: el arte de vivir bien exige que la ceremonia de la comida se verifique con cierta solemnidad. De esta manera se da á la vida ordinaria un tono de cortesía y de corrección.

Se comía á las siete; en seguida echaban la partida de ajedrez. Sin embargo, aquel día el tablero permaneció en su puesto, porque los dos amigos se habían engolfado de sobremesa en una discusión tan animada, que no quisieron interrumpirla; siguieron hablando, sentados ante la chimenea, fumando sus cigarros y saboreando el café.

Hablaban en inglés. El Duque poseía perfectamente aquella lengua, mientras Walgrave era incapaz de conversar en alemán. Corría el mes de Septiembre. El tiempo era todavía bueno; sin embargo, se encendía el fuego todas las noches, no tanto para caldear la habitación como para darla un aspecto íntimo y confortable. Emilio tenía las tenazas y se divertía en

consolidar el edificio de leños. Walgrave tomó de una mesita próxima una copita de licor, y dijo continuando la conversación comenzada:

—Está usted en el error.

Emilio dejó las tenazas en un rincón de la chimenea:

—Me alegro no ser de la opinión de usted. Nuestra conformidad en todos los asuntos comenzaba á ser monótona. ¿Pretende usted que me engaño? Le haré observar, sin embargo, que no soy el primero en declarar que el matrimonio es inútil y perjudicial. Por lo demás, confirmo mi opinión con mis actos. Usted ve en mí un solterón empedernido. Tal vez dentro de seis años se encontrará usted en la misma situación que yo.

—Si me quedase en Europa podría sucederme tal desgracia, pero no temo ese peligro en mi país.

—¿Por qué así? ¿No hay en Europa un número suficiente de muchachas en estado de casarse y dignas de ello?

—Cierto; pero se encuentra al lado de ellas un número harto considerable de mujeres amables... que ya no pueden casarse. En nuestro país, la soltera es la que conquista corazones; *flirtea*, ama y es amada; la muchacha joven, libre, alegre y coqueta, cuyo único pensamiento estriba en terminar su novela de amor con el matrimonio.

—¿Y las casadas? ¿no son ya libres, alegres ó coquetas?

—¿Alegres? sí. ¿Coquetas? para sus maridos únicamente. ¿Libres? en manera alguna. Pertenecen por completo á su hogar. La mujer casada deja de figurar en los coqueteos, mientras que aquí es cuando se encuentra en mejores condiciones.

—¿Aquí? ¿se refiere usted á Alemania?

—No; como vengo de Ultramar, y viajo un poco por todas partes, no me fijo mucho en los límites de países y provincias; para formarme una opinión, establezco una medida proporcional entre todas mis observaciones sobre Europa. En mi calidad de extranjero rico, soy muy bien recibido en la high-life cosmopolita, y en los diferentes ambientes que he recorrido no he observado, desde el punto de vista de la moralidad, no-



tables diferencias. En todos los países en donde gentes ricas y de elevada posición viven entre el lujo y los placeres, la «juventud dorada» comparte sus favores entre las mujeres del *demimonde* y las mujeres casadas del gran mundo... Por lo demás, los «diez mil de la high-life internacional forman entre ellos un grupo de un carácter uniforme...»

—Esa es la teoría que expuse una vez ante usted sobre esos bohemios de lujo... Yo esperaba una discusión, y he aquí que nos encontramos otra vez acordes...

—Dispuesto estoy á la discusión si pretende usted que los célibes están en lo cierto... Repito con insistencia que está usted equivocado. La soledad es una triste cosa. Quiero algún día tener mujer, hijos, nietos, biznietos... Veo llegar el momento en que me enamoraré de una joven bonita y espiritual—alguna de mis compatriotas—en que no podré menos de atraerla á mi corazón, y para obtener la gran felicidad de poseerla, la ofreceré lo que poseo: mi nombre, mi honor, mi porvenir y mi protección, asegurada para toda la vida. En lugar de precipitar á mi compañera en el torbellino de la high-life, elegiré para esconder nuestra dicha una casa apacible frecuentada por algunos amigos.

Emilio tendió la mano á Walgrave:

—Deseo con todo mi corazón, John—le dijo llamándole por primera vez con el nombre de pila,—deseo con todo mi corazón que alcance usted semejante felicidad.

El americano estrechó la mano que Emilio le ofrecía, y respondió con calor:

—Quisiera verle á usted también dichoso. ¿No podría usted llegar á serlo?

Emilio arreglaba los tizones. Respondió al cabo de un momento:

—No soy desgraciado. Mi juventud ha pasado, llevándose los sueños maravillosos de un amor supremo. He elegido una clase de goce del que no tengo que temer ni saciedad ni cansancio: trato de penetrar en los hombres, en los libros, en la

Naturaleza; miro en torno mío, preguntando, escudriñando, examinando, estudiando; á veces se ilumina una cosa oscura, se muestra una cosa oculta, se une á su causa una cosa incoherente... He aquí para mí un manantial de intensos placeres. Preguntaban un día á Virgilio si existía una alegría absoluta, y respondió: se cansa uno de todo, excepto de comprender, *præter intelligere*.

—*Intelligere*— repitió Walgrave con tono pensativo.—Sí; creo que es la función humana más elevada, y que ha de ser en el porvenir la función sagrada; comprender vale más que rezar. La oración no ha evitado nunca las tormentas, pero la consecuencia de las leyes atmosféricas permite calcular y evitar el peligro... Me gustaría esbozar una figura que representase la Inteligencia. Todas las estatuas de Alemania, de Francia, de Baviera, de la ley ó de la libertad, cederían el paso á aquella cuya mirada abarca el espacio, cuyas huellas se extienden por el universo, cuya túnica entraña el Perdón, el Amor, la Felicidad.

## XV

Cari é Isi se desayunaban en el salón del hotel de Ischl. Eran las nueve. El café, las cartas y los periódicos estaban colocados en la mesa.

La vajilla de plata del servicio llevaba las armas de los Hohenberg, porque la Princesa llevaba en sus viajes todos los objetos necesarios á su uso personal, y gracias á esta precaución las habitaciones de alquiler tomaban un aspecto de elegante sencillez. En la alcoba, la cama tenía fundas de almohada y colchas de encajes; en la mesa de noche había un crucifijo de oro, y en el tocador, al lado del espejo, un estuche completo de plata; en la sala había «todo lo necesario para escribir»: frascos, cajas, álbums, cojines bordados, fotografías

en suntuosos marcos, infinidad de *bibelots*. Un ligero perfume de verbena flotaba en el aire y revelaba la presencia de Cari.

Lo que distingue á las grandes damas de las sencillas burguesas es el medio lujoso en el que están habituadas á vivir. Que estén acostadas, que salgan del baño, reciban visitas, almuercen, coman, tomen el té, se paseen á pie ó á caballo, siempre están rodeadas de cosas brillantes, perfumadas, suaves, graciosas, nobles y ricas: abanicos, látigos, espejos, encajes, joyas; por todas partes crugientes sedas, diáfanas telas, terciopelos suntuosos, dorados, flores, diamantes...

Aquella mañana las dos hermanas, sentadas frente á frente en su elegante *deshabillé*, con los pies apoyados en cojines de damasco, formaban un delicioso cuadro de género. Era el día siguiente á la inesperada visita de Witterstein. Isi se encontraba de muy buen humor; la vida le parecía más interesante desde que sabía que Hans estaba cerca. ¿Le amaba ella?... No, ciertamente; le conservaba aún rencor por su conducta pasada, y su boda le parecía el colmo de la audacia. ¡Pensar en ella siendo el prometido de otra!...

—Isi, querida mía — dijo la princesa de Hohenberg, tomando el último sorbo de café, — permíteme que te diga que no haces bien en coquetear con Witterstein.

Isi se puso encarnada.

—Nos habíamos prometido no sermonearnos nunca...

—Y no lo hago... Es hablar nada más... En mi opinión, la coquetería produce siempre complicaciones inútiles, sobre todo con el novio de otra... Tendrás que pasar por momentos duros: la luna de miel del joven matrimonio, su viaje de bodas...

—Me basta hacer una indicación para romper esa boda...

—¿En verdad...? ¡en ese caso estás! ¿Y por qué no haces esa indicación?

—Porque me comprometería á otorgar una compensación que no quiero conceder.

—Eres juiciosa y prudente.

—Pero, querida Cari, ya que has abordado un asunto espinoso, dime á tu vez lo que esperas de Emilio.

Una sonrisa tranquila animó la fisonomía marmórea de la Princesa.

—La pregunta no es indiscreta. Todo el mundo sabe que el duque Emilio forma parte de mi acompañamiento. ¡Estoy asombrada de que no le haya atraído Ischl! Mi marido se queja de su ausencia.

—¿Alguna infidelidad sin duda?

—No me debe ninguna felicidad... Has de saber de una vez para siempre que no tengo asuntos de corazón.

—Y tal vez ni corazón tampoco.

—Si entiendes por la palabra «corazón» la debilidad y el sentimentalismo, evidentemente no tengo corazón, y no te deseo que lo tengas.

—¡Oh! el mío está vacante.

—¿Y Witterstein?

—Witterstein me interesa, nada más. Mi único amor en la vida ha sido Thunen.

—Por fortuna esa pasión ha muerto, y la conducta de tu marido no te hace ya sufrir.

—Por fortuna, sí; en otro caso, todos los días tendría nuevos pesares. Sus relaciones con Lea del teatro Miguel se han hecho públicas. Ha recobrado su libertad.

—Eso es lo que hacen muchos maridos...

—¿No deberíamos tener nosotras los mismos derechos?

—¿Para qué? Lo mejor para una mujer es vivir sin tacha y sin temor... Te lo aconsejo y te doy ejemplo de ello.

—En suma, que Hohenberg no merece una infidelidad semejante.

—¿Mi marido? Echa de menos á Emilio porque ve en él al que consuela mis males legítimos. Pero yo soy sobre todo fiel á mí misma, y no tengo penas que reclamen un confidente. Mi vida tiene un fin...

—Claro, tienes á tus hijos...

—Sí, mis hijos... Son mis guardianes...

La Princesa Cari no había pensado en ellos, ni mucho menos, al decir lo que dijo; pero le desagradaba confesarlo. El amor maternal es en la alta sociedad un sentimiento muy distinguido. Cierto es que á los hijos se les tiene aparte, pero son, sin embargo, considerados como la mayor y más grata alegría de sus padres. Se tienen ciertas virtudes, como la beneficencia, la piedad ó la maternidad, como se poseen las alhajas de familia que duermen en el fondo de los armarios y no salen más que en las grandes ocasiones.

—¿Hay café todavía, señoras?

Era Hohenberg, que entraba en el salón después de haber dado su paseo higiénico de la mañana.

—¡Ah! buenos días, Fernando.

Cari llenó una taza y se la presentó á su marido, que se había sentado cerca de la mesa.

—¿A qué obedece esta visita matutina?—preguntó ella.—Generalmente desayunas fuera de casa.

—Porque me he puesto de muy mal humor—respondió él;—dame otro terrón pequeño.

—¿Cuál es el motivo? ¿Alguna caricatura en los periódicos satíricos de Viena?

—¡Oh, no! Esos señores no me enfadan. Lo que me contraría es la oposición de Cristian Letonegg...

—¿Siempre la política?... Estás aquí para descansar y no para ocuparte en cosas serias. Dame noticias de Witterstein. ¿Come hoy con nosotros?

—¿Witterstein? Se ha marchado esta mañana á las siete.

—¿Marchado? Es imposible.

—Sí; la verdad que es raro venir por la noche para marcharse al día siguiente por la mañana... Por lo demás, pronto tendremos ocasión de volverle á ver, porque va á ir á cazar á Herrenberg y á quedarse allí hasta su boda... Esa Gertrudis Simmersburg hará una bonita Princesa Witterstein. Ese muchacho tiene gusto.

—¿Te prometes, quizás, hacerle la corte este próximo invierno?—dijo Cari en tono de broma.

—¿Yo? ¡Jamás! Mis trabajos parlamentarios me absorben demasiado para perder el tiempo en semejantes fruslerías. Eso es bueno para los desocupados como el duque Emilio. Quisiera saber por qué se esconde de esa manera. ¡Supongo que será de los nuestros en Herrenberg.

—¿Te diriges á mí? Yo no estoy al corriente de sus proyectos.

Y se levantó de su butaca, miró algunos instantes por la ventana, después salió de la habitación sin decir nada.

Hoenberg la miró alejarse con sorpresa.

—¿Qué tiene Isi? ¿Le es acaso desagradable la marcha de Witterstein? Era uno de sus fervientes adoradores... Pero una vez que se casa, no puede tener la pretensión de que permanezca á su lado.

—Isi no piensa en Witterstein.

—Tanto mejor... Es lástima que Thunen permanezca tan obstinadamente alejado. Espero que el mejor día llamará á su mujer á su lado.

—Ella no irá, porque no puede perdonarle su conducta.

—No hace bien... Deberías convencerla...

—¿Me crees muy fuerte en el capítulo de la inocencia conyugal? Tal vez tengas razón... De todos modos, tú y yo tenemos caracteres muy distintos, y Thunen no piensa de ninguna manera en dejar á esa Lea...

—¿Sería imprescindible?

—...Y además, Isi y su amigo no se avienen. Su separación es un verdadero bien para los dos. Si el divorcio estuviera permitido á los católicos...

Hoenberg la interrumpió muy incomodado:

—No faltaba más que esto... ¡el divorcio!... ¿Por qué no también el matrimonio civil? Y las escuelas mixtas, ¿no es verdad?... En suma, ¿qué vas á hacer con todo lo más sagrado de la sociedad: con el matrimonio, la familia, los hijos? El Es-

tado descansa en la familia; la patria en el Estado; el orden social en la patria; la virtud en el orden social; la religión, el bien, el porvenir... ¡Desgraciada! Tú no ves el abismo en el que...

Cari se apresuró á poner un límite á aquella elocuencia desenfrenada:

—¿Pero te crees en la Cámara alta, amigo mío?... Censuro el divorcio y comparto tu respeto hacia el orden moral... Sería verdaderamente triste que la vida de familia, la enseñanza religiosa, los lazos del matrimonio se relajaran... Estas cosas son de capital importancia para el pueblo y la clase media.

—Evidentemente... veo con gusto que mantienes los buenos principios del partido conservador.

## XVI

Los propietarios de Herrenberg, el Príncipe y la Princesa de Kyffausen, no eran ya jóvenes; el amo de la casa tenía ya setenta años y su mujer setenta y cuatro; sus hijas se habían casado hacía ya mucho tiempo, pero su casa continuaba siendo uno de los antros mundanos más frecuentados. En invierno, los bailes del palacio Kyffausen eran tan frecuentes como los de la corte; en otoño, las grandes cacerías de Herrenberg congregaban al cogollo de la sociedad austriaca. Los miembros de la Casa imperial asistían á menudo, y en aquel año era esperado el mismo Príncipe heredero.

Corría el mes de Octubre, y las cacerías habían comenzado desde hacía quince días. El castillo estaba lleno de invitados, entre los cuales se encontraban los Hohenberg; éstos no permanecerían sino pocos días, pues debían ir á sus dominios.

La Condesa de Simmersburg y su nieta habían recibido

BIENHECHOS A LA BIBLIOTECA  
DE LOS REYES HERENBERG

una invitación, y su carruaje acaba de entrar en el patio de honor.

No era la primera vez que Gertrudis iba á Herrenberg; algunas semanas antes, de paso para Marienbad, había visitado el castillo, el parque y los naranjales con su abuela.

Había admirado aquel pequeño Windsor, cuya instalación interior valía millones; los tesoros de arte antiguo y moderno, la galería de cuadros, digna de Belvedera; la iglesia, tan bella como la capilla Sixtina, la sala de fiestas, y todo aquel lujo moderno, unido á aquella magnificencia histórica, la habían entusiasmado; había experimentado una emoción profunda, aumentada aún más por la perspectiva que se ofrecía ante ella de llegar á ser castellana de un dominio semejante...

Pero hoy que llegaba como invitada y no ya como turista, su impresión era en absoluto diferente. En su primera visita, las habitaciones, los jardines, el parque, parecían dormir; ahora todo era viviente y animado; los trenes y los jinetes atravesaban el patio; los servidores iban y venían; damas con amazona esperaban en el vestíbulo; los acordes de un piano sonaban á lo lejos; los balcones, las ventanas, las rejas, estaban adornados con flores. En la gran escalera, con la magnificencia de sus pinturas al fresco, repercutía la bulliciosa alegría de aquel mundo despreocupado y divertido.

—¡Ah, abuela! ¡qué bonito es esto!— exclamó Gertrudis al entrar en el cuarto que le estaba reservado. ¡Qué contenta estoy! ¡Qué feliz soy!

—Calma, hija mía, calma. Esas exclamaciones son inoportunas—gruñó la Condesa quitándose su sombrero.—Vete á arreglar un poco, porque tenemos que ir á saludar á la señora de Kyffausen. Verás qué amable y encantadora es... Es una de mis coetáneas, y hemos ido muchas veces al baile juntas... En aquella época nadie preveía que hubiera de conquistar á Kyffausen; ¡hay suertes tan imprevistas!... Así tú, Trudy... El castillo de Witterstein en Moravia, es casi tan hermoso como éste. El próximo verano iré á él á hacerle una visita...



Fíjate bien en la manera cómo la dueña de esta casa hace los honores aquí, á fin de imitarla más tarde.

—¡Y Hans que llega hoy, abuela!

—Ya lo sé. Observa también las maneras de las Condesas jóvenes y trata de espiarlas. Las señoritas de Dillsky deben estar aquí; aprenderás con su trato; la mayor va á sociedad desde hace doce años; saben presentarse, saludar, conducirse, ser amables, hablar... no como tú, que te metes silenciosa en un rincón... En fin, gracias á Dios estás ya comprometida y no tiene importancia... Sin embargo, no hay que olvidarse de que los matrimonios pueden romperse á última hora... Imagínate que Witterstein te encuentra tonta ó sosa y quisiera retirarse...

—¡Me moriría! me mataría...—exclamó Gertrudis.

—Eres una chiquilla, Trudy. ¿Acaso no tienes religión ni decoro?... ¡Hablar de suicidio! Todas esas frases de novelas ó dramas son de un género lastimoso.

Un cuarto de hora después, las dos Condesas de Simmersburg hicieron su entrada en el salón de la dueña de la casa. Era una vasta habitación dividida en ángulos y rincones por numerosos biombos. La anciana Condesa estaba sentada cerca de la chimenea en medio de un círculo numeroso. Al ver á las que llegaban, se levantó y fué á su encuentro.

—Sea usted bienvenida en Herrenberg, mi querida amiga... ¿Es su nieta esta preciosa criatura? Permítame usted que la abrace, señorita... Su prometido debe llegar esta tarde y le felicito por su elección.

Después siguieron las presentaciones entre las personas presentes y las recién llegadas. A las siete de la tarde, cuando llamaron á comer, la escalera de honor ofreció de nuevo un aspecto fantástico...

Unas quince damas, espléndidamente ataviadas, bajaban con lentitud en dirección al gran salón, arrastrando sus colas por los escalones alfombrados de terciopelo rojo; los grandes espejos reflejaban el brillo de los tocados, el fulgor de los bri-

llantes, la belleza de las señoras del brazo de sus caballeros.

Gertrudis, la más feliz de todas, era conducida por Witterstein; en la mesa, la pareja estuvo también junta. Era la primera vez que la joven asistía á semejante espectáculo: el comedor estaba inundado de luz, que se quebraba en rayos multicolores sobre la cristalería y la plata. Por todas partes se entrelazaban guirnaldas de flores y servían criados con libreas de gala.

La conversación era animada; el rostro de las mujeres rivalizaba en frescura con las flores con que se adornaban, y sus ojos rivalizaban en brillo con los brillantes de sus collares. Los caballeros estaban todos de gran uniforme ó frac, con la gardenia en el ojal, y algunos guapos mozos con la barba rizada y ondulante la cabellera. Pero el más apuesto de todos para Gertrudis era Hans Witterstein. Había dejado hacía dos años el servicio militar é iba de paisano, con lo que resaltaba más la distinción natural de su persona. Experimentaba igualmente cierto placer en mirar á su novia, verdaderamente encantadora, á pesar de la presencia de «las diosas» y de otras bellezas ilustres. Poseía el invencible encanto de la juventud: un óvalo perfecto, facciones puras y ¡unos hoyuelos tan bonitos! La morena Isi veíase obligada á confesar que aquella delicada figura la eclipsaba por completo; experimentó vehementes celos ante la idea de que Witterstein concluiría por enamorarse de aquella niña. Sintió en su corazón la mordedura de la ira mezclada al sentimiento, y resolvió tratar al joven con glacial indiferencia.

Hans, por su parte, estaba muy irritado; encontraba verdaderamente deliciosa á su prometida; pero aquella cuya imagen le perseguía, la que llenaba su corazón y su alma, era aquella Isi de ardiente mirada y cabellos negros. No podía olvidar la felicidad que creyó alcanzar en París y que se presentaba á su mente como la mayor felicidad humana.

Terminada la comida, se abrieron de par en par las puertas del comedor, y los convidados pasaron á los salones. Se

formaron grupos, se poblaron las mesas de juego, dedos ligeros oprimieron las teclas del piano, los hombres maduros se pusieron á hablar de política, mientras que los jóvenes rodeaban á las condesitas que lanzaban al compás de sus abanicos miradas lánguidas y seductoras sonrisas. Un vago murmullo de placer flotaba en el aire, impregnado de perfumes, saturado de aromas embriagadores...

Gertrudis estaba extasiada. La idea de ser pronto llamada, como ama de casa, á hacer los honores de una morada igualmente magnífica, hacía que considerase todo aquello con el vago orgullo de las posesiones futuras. Aquella pobre señora de Kyffausen no representaba ya la juventud, la belleza, el amor, mientras que ella... Verdaderamente su felicidad era sobrehumana.

Witterstein, hay que confesarlo, no estaba á su lado; se había ido á la sala de fumar, dejando á Gertrudis con sus amigas. Había allí una decena de muchachas, bonitas todas, bien educadas, elegantes, teniendo todas entre sí un parecido en su fisonomía y en sus modales: el parecido que da el hábito del mundo. Las cuatro hermanas Dillsky, la mayor de las cuales asistía á los bailes desde hacía doce años, y citada como modelo perfecto por la Condesa de Simmersburg, estaban en el grupo. Gertrudis las había conocido en Viena; las otras formaban parte de la aristocracia de Praga, sociedad más restringida aún que la de la capital.

Una de ellas era novia del titular de un mayorazgo, el pájaro raro codiciado por todas las condesitas. Precisamente este asunto las intrigaba mucho.

—Figúrate que esa Resi Sernetzky ha hecho la conquista de Rudi Schonegg...

—¿Quién es?—preguntó Gertrudis.

—Rudi Schonegg tiene una renta de ciento cincuenta mil florines... Un guapo muchacho, algo mala cabeza, pero muy simpático.

—¡Un bailarín menos!—suspiró otra.

—Sin embargo, esa Resi no tiene nada de particular.

—Es amarilla...

—Fea y fastidiosa...

—Ni siquiera recibida en la corte. La abuela era hija de un panadero, según parece...

—¡Bah! la harán un árbol genealógico.

—¿Cuál es el joven que más te gusta de los que están aquí? preguntó una de las hermanas Dillsky.

—Witterstein; pero ese está ya fuera de cuenta; ¿no es así, Trudy? Tú no permites que el arrogante Hans continúe gustándonos.

—No fastidies á la pobre Trudy. Mirad qué encarnada se ha puesto. No sabe qué responder... Estate tranquila, querida; Hans es tu propiedad por algún tiempo.

—¿Por algún tiempo nada más?

—Sí, porque el hombre recobra su libertad después de algunos años de matrimonio.

—Pero, sin embargo, á vosotras no os interesan más que los solteros.

—Mientras no nos casemos...

—¡Oh! ¡Cómo puedes decir eso?

Witterstein volvió al salón y se acercó á las dos «diosas».

—No he tenido todavía ocasión de saludar á ustedes, señoras, y preguntarles por su estancia en Ischl.

Cari fue la que respondió y continuó la conversación. Un joven oficial que estaba sentado al lado de Isi, se levantó y cedió el puesto á Witterstein.

—¡Qué hermosa está usted siempre!—dijo Hans en voz baja, apoderándose de la butaca vacante.

La Condesa volvió ligeramente la cabeza para mirarle bien de frente y respondió:

—Le prohibo á usted ese género de galanterías.

—Confieso que el cumplido es vulgar, pero el sentido es profundo.

—¿Es así como me obedece usted?... Repito que no quiero

oir nada parecido. ¿Ha sido usted afortunado en la caza?—añadió en voz más alta.

—He llegado por la tarde.

—¿Va usted á estar aquí mucho tiempo?

—Hasta mi... sí, algunas semanas.

—Hasta su boda, quiere usted decir. Le deseo muchas felicidades... Trudy es verdaderamente seductora... tan bonita, tan sencilla, tan graciosa; un verdadero capullo de rosa. Debería usted ir á hablar con ella; su falta de solicitud pudiera ser mal interpretada.

—¿Tiene usted noticias de Thunen?

Witterstein quería con esta pregunta vengarse de Isi, indicándole que tampoco ella era libre.

—¿De mi marido? Hoy he tenido carta suya.

—¿Qué dice?

—Es usted muy curioso. Me dice que va á dejar pronto su puesto de San Petersburgo para volver á Viena.

—¿Y le perdonará usted?—preguntó Hans en voz muy baja.

—No le comprendo á usted.

—No quiere usted comprenderme. Jamás ha querido usted comprender ni adivinar mis sentimientos.

—Debo confesar que si siempre se ha presentado usted como un jeroglífico viviente, jamás me he cansado en descifrarle.

—¿Por qué se ha de burlar usted siempre de mí?

—¿Quiere usted que lo tome por lo trágico?

Isi se levantó y se dirigió al otro extremo del salón, mientras que Witterstein navegaba hacia la isla de las condesitas.

## XVII

Gertrudis estaba cerca de una ventana de la escalera, y miraba al patio de honor. Eran las nueve de la mañana, y el alegre sol de Octubre envolvía con su luz dorada el animado

cuadro de la salida para la caza. Cuatro grandes *breaks* esperaban á los invitados para conducirles al lugar de la cita; los guardas corrían de un lado para otro apresuradamente; los encargados de los perros cuidaban de las traillas, y los mozos de cuadra paseaban á los caballos de la brida.

Un grupo de cazadores salió del castillo y se puso en marcha, después de haber tomado un ligero refrigerio en el comedor. Gertrudis buscaba con los ojos á su amado, y no tardó en descubrir su elegante silueta cerca de tres damas con amazona. Todos los reunidos se alejaron en medio de los gritos, de las risas, de los ladridos de los perros, del chasquido de los látigos y de los toques de silbato. Los coches, los jinetes, la jauría, los cazadores, desaparecieron en un torbellino de polvo, arrastrados por una carrera desenfrenada en el hermoso paisaje otoñal. Gertrudis les siguió con los ojos y saludó á Hans, que la vió antes de salir del patio. Volvió á su habitación, en donde su abuela desayunaba con peinador y cofia.

—Vaya, ¿les has visto marchar, Trudy?

—Sí—respondió la niña sirviéndose una taza de té. ¡Qué lástima no saber montar á caballo! ¡Me gustaría tanto galopar por los campos!

—Tu marido te enseñará equitación, si le parece bien... Quizás te llevará también de caza.

—¡Oh! no tengo ningún deseo. Matar un pobre animal sin defensa...

—Tienes razón en no gustarte la caza; no es una diversión femenina, pero tu compasión sentimental hacia los animales está fuera de lugar, y te aconsejo que no pronuncies frases semejantes delante de los cazadores... Pero repito que tal ejercicio es propio de hombres; en mis tiempos no se hubiera atrevido ninguna mujer á echarse la escopeta á la cara y á calzarse botas de montar. Estas costumbres son de importación inglesa; observa bien que todo lo malo viene del extranjero. Pero hablemos de otra cosa... ¿Por qué se ocupó tan poco de ti ayer noche Witterstein, Trudy?

—No lo sé, abuela.

—Sin duda no eres bastante amable. Sé, pues, alegre, espiritual, divertida...

—¡Eso es muy fácil de aconsejar!

—¿Qué dices? Pierde la costumbre de responder á mis observaciones, es muy impertinente.

Gertrudis se levantó.

—¿A dónde vas?

—Voy á escribir á mi amiga María, abuela; la he prometido una descripción detallada de Herrenberg.

—¡Siempre escribiendo! ¿Qué gusto sacas en emborronar docenas de pliegos?... Además, no creo que puedas continuar tratando á tu amiga María cuando estés casada... Una Baronesa de nada, destinada á casarse con un burgués cualquiera... Pierde, pues, la costumbre...

—¡Ah! querida abuela, el número de costumbres que tendré que perder... ó que adquirir, es incalculable...

—Es verdad, pero debes ser impecable; bastante te sermoneo...

—¡Oh, sí!

La joven se puso á escribir. Al cabo de media hora oyó la voz de su abuela:

—¿Has acabado, Trudy? ¡Lo menos has llenado veinte carrillas! Sin embargo, no puedes tener mucho que decir, pues acabamos de llegar... Deja tu correspondencia para la semana próxima, la describirás las fiestas dadas en honor del Archiduque.

—¿El Archiduque?—preguntó Gertrudis dejando la pluma.

—Sí, durante la estancia del Archiduque se van á organizar toda clase de diversiones, según me ha dicho ayer la señora de Kyffausen: bailes, charadas, tal vez una comedia...

—Es preciso que escriba todo eso á mi amiga—dijo la joven volviendo á empuñar la pluma.

A la una llamaron al almuerzo. Asistieron pocos comensales, pues casi todos estaban de caza. Isi Thunen se sentó en-

frente de Gertrudis y se puso á observarla con cierta benevolencia. Quería ver de cerca á su rival, conocerla, demostrarla simpatía y arrojar de su corazón la imagen que comenzaba á turbarla. Veía claro en su alma. Ahora que su marido volvía, experimentaba una profunda satisfacción al haber sido irreprochable, y poder, desde lo alto de su virtud, echarle en cara sus infidelidades. No pensaba reconciliarse con él, pues sabía que no había de renunciar nunca á sus malas costumbres; pero por lo menos él ignoraría la inclinación de ella hacia el novio de otra. Se acercó, pues, á la joven con el firme propósito de mostrarse indulgente y buena.

Isi esperaba que una mayor intimidad con Gertrudis la afianzaría en su decisión de romper todo lazo con Wittersstein, y la facilitaría la ejecución. No podía evitar completamente el encontrarse con él, pero quería estar bastante segura de sí misma para mirarle con indiferencia y ver en él la inviolable propiedad de otra. Así, durante el almuerzo, dirigió la palabra á Trudy con afabilidad, y no recibió más que breves y tímidas respuestas. Se acercó á la joven al levantarse de la mesa, y cogiéndola del brazo, dijo:

—No podría decir, hija mía, lo simpática que me es usted. Se parece usted á la hermana menor que perdí hace algunos años. Tenía como usted una cabeza de madona.

El ama de la casa se dirigió á sus invitados:

—¿Quién de ustedes, señoras, desea dar un paseo en coche? Voy á mandar enganchar.

—¿Quiere usted venir conmigo al encuentro de los cazadores, Gertrudis? ¿Lo permite usted, Condesa?—preguntó á la de Simmersburg.

—Con mucho gusto, querida Condesa.

Una hora después, Isi y Gertrudis se dirigían en victoria al bosque. El aire, más picante con la rapidez de la carrera, avivaba la frescura de su cutis y las rosas de sus mejillas bajo la gasa de sus velillos. Se miraban ambas con admiración exenta de envidia, como todas las mujeres perfectamente her-



mosas. La amabilidad de la linda mundana encantaba á Gertrudis y la inspiraba un verdadero agradecimiento. Por su parte, Isi hacía todo lo posible para olvidar á Witterstein y ser la amiga de la seductora novia.

—Es un paseo delicioso, ¿no es verdad?

—Delicioso, Condesa.

—¿No querría usted renunciar á darme ese título ceremonioso y tutearme?

—Sí, si me lo permites—dijo Trudy muy encarnada.

Se apretaron tiernamente la mano para sellar su nueva amistad. Isi preguntó después de un momento de silencio:

—Dímelo francamente, Trudy, ¿le amas?

—Sí, con toda mi alma.

—Cuéntame tu noviazgo.

—Se ha deslizado con la rapidez de un relámpago en un cielo sereno... no completamente sereno, había una nubecilla en el horizonte. Desde hacía ocho días me preocupaba Hans, y él también se había fijado en mí á lo que parece... Nos habíamos visto en el Prater, después en la Opera... Él llama la atención, ¿no es verdad?

—Es un buen mozo...

—Algunas malas lenguas se han atrevido á insinuar que en estos últimos tiempos hacía una corte muy asidua á una mujer de nuestra clase... No han querido decirme el nombre... ¿Sabes tú algo?

—¿Yo?... No sé...

—Tengo miedo de ser un poco celosa.

—Será preciso que pierdas esa costumbre, Trudy.

—¡Oh! estás hablando como mi abuela.

—¿Te sermonea también sobre los celos?

—¿Sobre que nó? Has dicho sin saberlo su frase favorita: «Trudy, hay que perder esa costumbre.» Parece que estoy plagada de malas costumbres... El mayor placer que me causa mi boda es que la abuela no podrá, cuando esté casada, hacerme perder ó adquirir tantas costumbres.

—¡Tu marido se encargará de ello!

—¡Oh! no creo que Hans se ocupe en corregir los defectos de todo el mundo.

—Tampoco lo creo yo.

—¿Le conoces desde hace mucho?

—Desde hace unos seis años.

—Me acuerdo que el memorable día en que fui á la Opera, fué él á verte al palco; después, recientemente, os habéis encontrado en París... y ayer, su primer movimiento fue sentarse á tu lado... Isi, sé sincera: ¿no serías tú la hermosa mujer á la que hace la corte?

—¡Loquilla!... Estate tranquila, nada tienes que temer de mí. ¡Te has puesto pálida!

—No me tranquilizo... ¡Eres tan hermosa y es tan natural que te adoren!

—¿Y tú, no eres bonita?... Créeme, querida mía, los celos es el tormento más inútil que pueda una inflingirse á sí misma... y te aconsejo, como tu abuela, que pierdas esa costumbre, Trudy.

## XVIII

*De John Walgrave á Walter Sydney, en Boston.*

«He dejado el tranquilo castillejo de Turingia por una residencia regia—podría decirse casi una corte real,—porque Herrenberg no es un dominio como los demás: su magnificencia, el lujo de sus recepciones, la etiqueta que se observa, la elevada posición de su propietario, la categoría de sus invitados, constituyen una propiedad completamente aparte.

»Mi persona es la única mancha vulgar en el fondo de armíño de esta asamblea escogida. No es mi fortuna la que me ha abierto las puertas de esta aristocrática morada, es la amis-

tad que me demuestra el duque Emilio; goza de gran consideración en la sociedad austriaca, y es muy apreciado. Se sabe que me honra con especial estimación, y esto ha bastado para ser admitido en este cenáculo cerrado. Estoy satisfechísimo de ser recibido en este mundo «selecto» en donde puedo continuar mis estudios sobre esta nobleza «de nacimiento» que falta por completo entre nosotros. No se encuentra más que en Europa, en donde aparece como un resto del pasado, como una institución viviente, floreciente y válida. ¿Quién ha podido decir que no era más que un montón de ruinas?

»Por lo demás, la nobleza austriaca es la menos contaminada por el modernismo; no se recluta como los pares de Inglaterra en la burguesía; aquí los «diez mil» son más bien una casta que una clase; ocupan una posición muy envidiable y se atribuyen todos los honores. La nobleza inglesa me ha parecido altiva, la de Francia vanidosa, pero la de Austria es orgullosa. No es esto una censura; el orgullo es un defecto insoportable, del que no siempre es uno responsable... ¿cómo evitarlo cuando el mundo entero le declara á uno de esencia superior al común de los mortales?... Si yo fuera austriaco y propietario de Herrenberg, mi soberbia no conocería límites, viendo que en cuanto dijera: «Me llamo Kyffausen», las gentes se prosternaban hasta el suelo y me lamían el polvo de las botas. Una residencia como ésta, es propia para mantener y fomentar tal sentimiento. Se ven aquí galerías de retratos de antepasados coronados, salas llenas de armaduras de familia, habitaciones que fueron ocupadas por huéspedes regios, museos de objetos preciosos, pergaminos, archivos, que demuestran el esplendor de la casa.

»Todo habla aquí de poder, de lustre, de gloria; todo acusa la supremacía de la raza, del nacimiento, de la «sangre azul»; todo... desde las almenas en donde ondea la bandera, hasta los sótanos en donde reposan los esqueletos de los abuelos en sarcófagos de piedra... Así comprendo que la nobleza de aquí no gusta de viajar, pues ha de faltarle en el extranjero la at-

mósfera de respeto á que está habituada. ¿No es una ofensa para una Alteza oirse llamar señor ó señora? Además, debe ser penoso mezclarse al movimiento contemporáneo, del que se está voluntariamente apartado; ser arrastrado por la impetuosa marea de las ideas nuevas; ser cogido en un torbellino que aturde y trastorna... Vale más quedarse en su casa; allí, con el manto de Príncipes sobre los hombros, las títulos, las insignias, los cargos son tangibles realidades, mientras que fuera todas esas cosas no parecen más que simbólicas vanidades...

»He encontrado entre los invitados algunas personas conocidas. Las dos hermanas que conocí en una partida de campo, en Versalles, y á las que encontré en Trouville, están aquí con el joven oficial de caballería, que corteja á una de ellas—á la morena—de un modo tan molesto. En esta ocasión el objeto de su ardor es otro, va á casarse con una adorable criatura de diez y siete años, rubia como Venus y que se llama Trudy, abreviatura de Gertrudis. Lo más curioso es que Isi y Trudy—las dos rivales—están siempre juntas, como dos cotorras inseparables en el mismo perchero. Parecen ser muy íntimas, y el futuro marido se muestra muy perplejo ante esa amistad. Creo que prefiere la mujer morena del prójimo á su rubia prometida.

»El duque Emilio ha reanudado las apacibles funciones de Sigisbea cerca de su princesa de cabellos de oro. No he tratado de que me haga confidencias, pero opino que semejantes funciones constituyen una sinecura habitual, la más tranquila, la más platónica del mundo. ¡Hombre feliz! está por encima de todas esas pasiones, de todos los sueños de ambición ó de gloria. No vive más que para su placer favorito, el placer de aprender. Es un espectador; el mundo es para él un teatro, en el cual ocupa siempre su palco de abonado; lo que pasa en la escena le conmueve, le hace reír ó llorar, pero conserva su independencia de crítico ó de aficionado: un verdadero sabio.

»Espero verte muy pronto, porque cuento volver á Amé-

rica en la primavera próxima con el duque; tengo curiosidad de ver la impresión que le producirá esa animación febril, esa vida de trabajo y de negocios, esos armarios altos como casas, esos tejados coronados por una red de hilos telegráficos, esas largas avenidas, esos tranvías, esos trenes. ¿Le agradará todo eso? ¡Oh patria mía de la bandera estrellada, patria grande, activa, fuerte, inteligente! ¿Te apreciará el europeo? ¿No te juzgará desprovista de poesía, porque no tienes ni catedrales, ni castillos feudales, ni Cortes reales? ¿Te despreciará porque te falta la majestad del pasado, y porque no tienes más que tu presente glorioso y tu porvenir lleno de promesas?... Pero observo que caigo en un género de literatura del que abomino, y prefiero no continuar.

BARONESA DE SUTTNER.

*(Se concluirá.)*

# POETAS AMERICANOS

---

## EL TRIUNFO DE LAS CIENCIAS

(III DE «EL CANTO DEL SIGLO»)

El progreso científico: la mayor gloria del Siglo.—El hombre tras de la Verdad.—Idealismo.—Hegel y Krausse.—Positivismo: Comte.—Pesimismo: Schopenhauer.—Nietszche y Tolstoi.—La naturaleza de las cosas.—Laplace.—Faye.—La creación según la Ciencia.—Cuvier evocando el pasado.—Trevirano fijando las leyes biológicas.—Darwin indagando el origen del hombre.—Transformismo.—Spencer.—El hombre ante la Naturaleza.—Psicofisiología.—Bernard y la Anatomía.—Anestésicos y el dolor.—Pasteur: células y microbios.—Brown Sequard: la perpetuidad de la vida.—La muerte según la Ciencia.—La conquista de la Química.—La fotografía.—La carta celeste.—El análisis espectral.—Desde el Cielo á la Tierra.—La conquista del vapor.—El buque á vapor: Fulton.—La locomotora: Stephenson.—Túneles y canales: Lesseps.—El viaje de la idea: telégrafos.—Luz eléctrica: teléfono y transmisión de fuerza motriz.—Telégrafo sin alambres.—Edisson: Fonógrafo y cinematógrafo.—Fotófono y rayos X.—Magnetismo.—El superhombre de la Ciencia.

La vida es un sistema de ecuaciones,  
Con incógnitas mil: por donde quiera  
Problemas debe resolver; y fuera,  
Desde las más fugaces sensaciones  
Hasta los pensamientos más profundos,  
Una red de algebraicas expresiones  
Resueltas sólo en la mortuoria calma,  
Si no viniese á redimir los mundos  
La salvadora hipótesis del alma.

El quijotesco afán que el hombre siente,  
Corriendo en pos de la Verdad, flaquea;  
Porque para el Quijote de la idea  
La Verdad—espejismo de la mente—  
Es como una imposible Dulcinea.  
La Verdad es la X del Destino,  
En que se va á estrellar con un rebote  
La lanza de este loco peregrino:  
El hombre eternamente es un Quijote  
Y las equis son aspas de molino...

¡Ah! qué triunfo mayor para la vana  
Naturaleza humana,  
Que sujetar con músculos de acero  
Una sola verdad, siquiera una,  
Como en su negra noche un prisionero  
Ve en la ventana un rayo de la luna...  
Una sola verdad; porque así sola  
Será en la tempestad del pensamiento,  
Que trata en vano de dormir en calma,  
Piadoso auxilio al que arrastró la ola,  
Cabo de repentino salvamento  
Para todos los náufragos del alma.

¿Quién es aquel que con cerrados ojos  
Lo cree todo ver entre sí mismo?  
¿Quién es aquel que, ante la más obscura  
Antinomia de Kant, arde en antojos  
De perfilar el clásico idealismo,  
Que apenas esbozó la Razón Pura?  
Hegel—como un Colón que se aventura  
A través de las sombras de un abismo,  
Persiguiendo una América soñada—  
Rasga la öla en ímpetu fecundo;  
Y, entre la diestra la invencible espada,

Como el Descubridor del Nuevo Mundo  
Doblando la rodilla sobre el lodo,  
Clama desde su espíritu profundo:  
—¡«Lo racional es real.» La idea es todo!

¿Y aquel que entre las redes de un lenguaje  
Impenetrable al vulgo, á la manera  
Que entre lo más espeso de un bosque,  
Guarece la Verdad como una fiera?  
Krausse envuelve en su límpida mirada  
las más tupidas lobregueces; blande  
Su hacha contra la selva enmarañada;  
Y con pie explorador y paso lento,  
En pos de la verdad, se siente grande,  
Armado de su mismo pensamiento.

Luego, ¡qué cacería! Hirsuta y fiera  
La Verdad hunde en él los claros ojos;  
Y él la acomete. La montaña entera  
Aplaude al vencedor; mas él, que espera  
Verla viva, sólo halla sus despojos...  
Vístese con la piel; y así vestido,  
Tras la «Unidad del Sér», rompe la austera  
Friedad del espíritu dormido:  
Alza una cumbre; y clava una bandera.

Súbito se oye un grito,  
Que parte como un hacha el tronco viejo  
En que abría sus flores lo infinito;  
Y entonces la Verdad ya no es un mito,  
Un prisma de ilusión, sino un espejo.

Comte rompió el ideal, como la nieve  
De una cumbre: la cumbre está debajo;  
Y, antes de resbalar, el que se atreve



Á subir hasta ahí, descarga el tajo.  
Firmes los pies sobre la misma cumbre,  
Pero sobre la cumbre verdadera,  
Ya puede sin cegarse, ver la lumbre  
Que refracta en la nieve y reverbera.  
Cual la nieve también, el idealismo  
Desprendióse del monte á la pradera  
Como sudor de pensadora frente;  
Y lo que estéril en las cumbres era  
Se hizo fecundidad, y fue torrente...

Sano positivismo el del maestro;  
Mas ¡ay! después el corazón roído  
Por el dolor siniestro  
Y el cerebro tal vez obscurecido  
Por el denso vapor de sus locuras,  
Hacen de la materia un dios caído  
Más bajo que sus mismas creaturas.

Schopenhaüer desata sus corceles,  
Que en piafante huracán rompen su fila,  
Hollando los más cándidos verjeles  
En carrera que todo lo aniquila;  
Y la yerba del bien por él tronchada  
Ya no vuelve á crecer: ¡es un Atila  
Que azota á Dios en nombre de la Nada!

El mal es positivo: él es la fuente  
Única de verdad. Quien abre y cierra  
Los ojos y repara brevemente  
En la lid de dos fieras desgarradas,  
Ya sentirá también cómo se aferra  
Esa filosofía á sus miradas;  
Porque en aquella pugna aterradora,  
Podrá encontrar, como en la humana guerra,

Que el mal ahoga al bien, si ha comparado  
Entre el placer que siente el que devora  
Y el dolor de quien muere devorado...

Y Nietzsche tras de él, como si fuera  
El Quijote del mal, va por el mundo,  
Envuelto en el crespón de su bandera,  
Predicando exterminio: se dijera  
Que Luzbel ha salido del profundo  
En pos de filosófico renombre,  
Y, del bíblico Dios á la manera,  
Ha querido también hacerse hombre.

Pero ¡ay! Tolstoi en épico heroísmo  
Cruza sobre las crespas tempestades,  
Enfrenando las iras del abismo,  
Cual si fuese en el mar de Tiberiades;  
Y con su barba patriarcal y el ceño  
De evangélica paz, entre la insana  
Noche de tanto horror, busca su leño,  
Para morir como Jesús risueño  
Por una Eterna Religión Humana.

¡Cuánta inquietud agita  
Al hombre en pos de la Verdad Suprema!  
Sordo á las voces de la fe bendita,  
En vano ansía triunfadoras palmas,  
Embarcándose audaz en el problema  
de la naturaleza de las almas...  
Si rompió con las sombras del pasado,  
Olvide las penumbras misteriosas:  
Baste á su vanidad haber luchado  
Con la naturaleza de las cosas.

Ya no Lucrecio en rumbo vacilante  
La selva cruzará, que está rozada:

Hoy el explorador marcha adelante  
Esparciendo la luz de su mirada.  
Así, irguiéndose el hombre, pudo un día  
Ensanche su horizonte entre sí mismo;  
Y él, que nada sabía  
Del origen del mundo en que vivía,  
Arrancó sus secretos al abismo.

Compareció Laplace ante el espanto  
De la tímida fe; dijo su ciencia;  
Levantó la Verdad, le arrancó el manto  
Y la mostró desnuda á la Conciencia.  
Faye envolvióse con la misma öla  
Que sacudió Laplace entre la bruma;  
Y al ceñirse ambos con la misma aureola,  
¡Uno el ímpetu fue y otro la espuma!

Al principio era el éter animado:  
Como el éter vibró, la luz se hizo;  
Y fue la vida. Entonces ¡qué tormenta  
La que agitó lo eterno, lo increado,  
Cómo hierve entre sueños el hechizo  
De una imaginación calenturienta!

Moléculas que en giros  
De inquietas mariposas,  
Se revuelven como alas de suspiros  
Quemadas en flamantes nebulosas.  
Nebulosas que, en torno  
Girando de sus ejes, siempre esquivas,  
Envuelven en sus hálitos de horno  
Evaporadas nubes pensativas;  
Y en su voluble danza  
Van rasgando su túnica flotante,  
De girón en girón, en mil pedazos,

Tal como flores á los aires lanza  
Con sueltas manos rápida bacante,  
Que por mejor bailar rompe sus lazos...

Así los soles fueron  
Centros de los planetas que engendraron;  
Y si en su propia vida los vivieron,  
Con la luz de su amor los fecundaron.  
Los planetas al Sol por siempre fijos,  
Pedazos de su vida palpitante,  
Lo enamoraron como fieles hijos;  
Y el Sol, girando en ansias fugitivas,  
Era como una virgen delirante  
Que se arrancaba las entrañas vivas...

El Sol, como en las clásicas leyendas  
Nerón, cuando cargado de laureles  
Entraba á las olímpicas contiendas,  
Sujetando á la vez las ocho riendas,  
Era un equitador de ocho corceles...

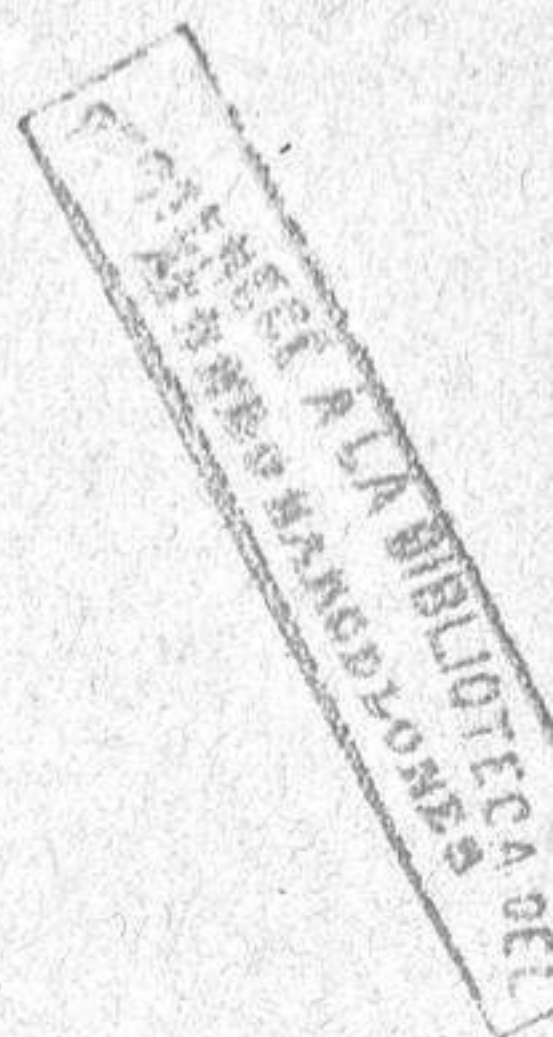
La Tierra fue. Cual brujo del Pasado,  
Que entre el tumulto de osamentas rotas  
Abre el gran libro que el misterio encierra.  
Cuvier ha proyectado  
La luz sobre las épocas remotas,  
Escritas hoy en páginas de tierra...

¡Qué procesión de raros esqueletos,  
Que el polvo de la muerte han sacudido,  
La que va desfilando ante los ojos  
Del sabio escrutador! ¡Cuántos secretos  
Se escapan de las tumbas del olvido,  
En la resurrección de esos despojos!

Ya no como Jesús ante la fosa  
Del discípulo muerto; el sabio altivo  
Se encamina al Pasado que reposa;  
Le dice: Ven á mí, rompe la losa;  
¡Y lo levanta para siempre vivo!...

Fósiles que, en las rocas incrustados,  
Parecen jeroglíficos sombríos  
Y teoremas geométricos; perfiles  
De árboles en la piedra amortajados,  
Como líneas geográficas de ríos;  
Polvillos y cenizas que sutiles  
Se escurren entre láminas de roca,  
Cual se ve en el reloj correr la arena;  
Cavernas que abren desdentada boca,  
Donde el fresco chischás del agua suena;  
Y capas sobre capas, en colores  
De caprichosa y fugitiva escala:  
Ya son vetas de zebra, ya fulgores  
De meteoro vivaz, ya roces de ala,  
Ya pinceladas de brioso empuje,  
Ya arrugas sobre frente pensadora.  
¡Oh tumba inmensa, horrible, aterradora!  
El sabio dice:—¡Ven! Y el fósil cruje,  
La piedra se abre y hasta el agua llora...

De pie sobre esa tumba Trevirano,  
Con la frente inclinada ¿en qué medita?  
Oye la voz no en vano  
De la Naturaleza que le grita;  
Y, entre las osamentas insepultas,  
Va explorando las leyes más ocultas  
Con que la vida universal palpita.



¿En dónde está el principio, el fin en dónde,  
En las leyes biológicas? Acaso  
Va saltando una vida que se esconde,  
A cada nuevo paso  
Al través de la gran Naturaleza;  
Y nadie alcanza, en su ambición altiva  
Y á la luz de su mente exploradora,  
Decir en dónde á transformarse empieza  
La inercia material en masa viva,  
La masa viva en alma pensadora!

¡Ah! ¿quién sabe si es sólo un organismo  
El Universo, inmóvil en esencia,  
Y que, aunque de apariencia en apariencia  
Transformándose va, siempre es el mismo,  
Y quién sabe si Dios es su conciencia?

¿Cuánto organismo bulle en una gota  
De agua, de sangre, de sudor, de llanto?  
¿Cuánta grandeza flota  
En una pequeñez! ¡Oh Vida, cuánto  
Se multiplica tu inmortal reflejo  
Que en cada gota de agua reverbera,  
Como una eucaristía del espejo  
Que en mil pedazos se retrata entera!

¡Dentro de cada vida hay tantas vidas!  
¿Ni quién podría refrenar la ola  
Que en otras nuevas olas se convierte?  
Las chispas de una hoguera, desprendidas,  
Hogueras pueden ser; cada corola  
Es un bosque tal vez; y de esta suerte,  
La vida universal es una sola.

Si hay seres que reposan miles de años,  
Razas muertas y especies olvidadas,

¡Ah! también vencerán en lo futuro  
Otros seres extraños,  
Razas fuertes y especies no soñadas,  
Que surgirán desde el abismo obscuro  
Quizás de un nuevo Sol á las miradas...

Eterna evolución, que marcha lenta,  
Sin despertar en su profundo sueño  
Al germen secular, hace de un grano  
Una montaña enorme que se asienta  
En los abismos, de un embrión pequeño  
Un banco de coral en el océano,  
De una flor otra flor y así un bosque,  
De una luz otra luz y así una aurora,  
De un gusano de seda un amplio traje  
Para la desnudez más tentadora;  
Y cual la griega en su labor de araña,  
Va tejiendo las vidas á su modo,  
Porque, del corazón á la montaña,  
Todo varía y se transforma todo...

¡Ah! mientras la materia se transforme,  
Salud al sabio enorme  
Que eterno brillo como el Sol derrama;  
¡Salud á Darwin, que en probar se empeña  
Y á la asombrada muchedumbre enseña  
Que todo cuanto vive, piensa y ama!

El hombre, cual torrente que quisiera  
Saltar de la ribera,  
Imponer sueña su grandeza vana:  
Y tú, viejo titán de los combates,  
Al sólo peso de tu libro abates  
Todo el orgullo de la especie humana.

La Igualdad, que en la cruz tiende los brazos  
Y el tiránico yugo hace pedazos,  
Su palabra confunde á tu palabra;  
Y así á la vez que nos arrojas lodo,  
Lo purificas, sin quererlo, todo,  
Porque el hierro que lucha también labra.

¡Oh Darwin, duerme en paz sobre tu idea;  
Que, á pesar de su orgullo, tu enemigo  
Eternamente llevará consigo  
La propia humillación de su ralea!...

Spencer con amplísima mirada  
Sigue al hombre en su rumbo de progreso;  
Y el hombre se une al hombre: el trazo mismo  
De eterna evolución, que de la nada  
Hizo surgir al hombre, deja impreso  
En cada sociedad un transformismo.  
La sociedad evoluciona á modo  
De viviente organismo;  
Y en su marcha veloz respeta al fuerte,  
Amortajando en lodo  
A la debilidad, que infunde en todo  
Sus contagiosos hálitos de muerte.

¡Oh la filosofía  
De la Naturaleza!  
El hombre, que es ensayo todavía  
De algo mejor, delira en su grandeza  
Entre una atormentada fantasía:  
Cinco sentidos tiene y atesora  
Cinco modos de ser; pero, ¡quién sabe  
Si la Naturaleza soñadora  
Entre esas cinco cárceles no cabe!



¡Cuánto habrá más allá de los sentidos!  
¡Cuántos mundos le son desconocidos  
Al hombre, que, encerrado tras la reja  
De cinco hierros, se revuelve en vano!  
¡Cuánto dolor ó cuánto gozo deja  
De impresionar al corazón humano!

¡Cuánta sombra obscurece la conciencia!  
¡Cuánto misterio tiembla en cada paso!  
¡Cuánta existencia mézclase al acaso  
Con la humana existencia!  
¡Cuánto suena, en la voz de otras edades,  
La voz que pone sobre toda ciencia  
La eterna vanidad de vanidades!...

Todavía las cinco sensaciones  
Incompletas le son al sér humano;  
Porque al sobrepasar las vibraciones  
Que lo impresionan, su poder es vano.

Lo que es obscuridad para los ojos  
Del hombre, es viva luz para el gusano:  
Lo que es silencio para él profundo,  
Es formidable tempestad de enojos  
Tal vez para la hormiga. ¡Así es el mundo!

¡Cómo se engaña el hombre que en sí fía!  
Cree que mira un astro, allá, á lo lejos;  
Y el astro ha muerto en la región sombría  
Cuando llegan al hombre sus reflejos.  
Cree que escucha un trueno, allá, en la altura;  
Y el trueno para siempre se ha callado,  
Y es el eco el que corre por la anchura.  
... El Presente en el hombre es ya Pasado.

¿Qué razón no adivina  
Que el silencio está sólo en el oído  
Y la sombra está sólo en la retina?  
¡Ah! todo es vibración: luz ó sonido.

También el hombre encierra  
Dentro de sí misterios semejantes  
Á los que halla en su paso por la Tierra:  
Microcosmos al fin, une el abismo  
Con la cumbre y la cumbre con el cielo.  
¡Cuánto anhelo á la vez vibra en su anhelo!  
¡Cuánto organismo alienta en su organismo!  
¡Cuánta profundidad y cuánto vuelo  
Se encierra en el *Conócete á ti mismo!*

Bernard con su escalpelo  
Va rasgando el misterio de la vida,  
Sobre el mudo despojo de la muerte:  
Y arranca con la mano estremecida  
Fibra tras fibra el músculo más fuerte,  
Traza en la piel geográficos perfiles,  
Lamina el corazón, abre las venas,  
Se extravía en los nervios más sutiles,  
Y persigue la vida en las entrañas,  
Como un minero que con manos llenas  
Va robándole su oro á las montañas.

Y como en el cadáver, ya el acero  
Rasga las carnes en el cuerpo vivo  
Sin que salte el dolor. Sueño profundo,  
Con la inmovilidad del postrimero,  
Suele aplacar el nervio sensitivo,  
Apagando el sollozo gemebundo;  
Y así del anestésico, que aduerme  
Los dolores, al hálito de sueño,

Queda en el vivo la materia inerme  
Y el alma boga en el azul risueño.  
Ya no más del herido en el combate  
Ha de escucharse el ¡ay! cuando la ciencia  
Le arranca un nervio que se crispa y late,  
Ya no más el dolor hasta las heces  
Hará apurar la docta indiferencia;  
¡Que, como el corazón, también á veces  
Tiene su caridad la inteligencia!...

El lente de Pasteur triunfa á manera  
De un ojo de titán. Es ley suicida  
Que la vida se nutra con la vida:  
Y así entre cada sér, otro hay que espera,  
Para poder vivir, que aquél se muera.  
Células y microbios en batalla  
Perpetuamente están. ¡Qué sabio Homero  
Cantaría esa cólera que estalla  
Como en las epopeyas del acero!  
¡Qué poema ensalzara el heroísmo  
Con que pugna la célula, ante el fuerte  
Ímpetu del microbio,—alma de abismo!  
¡Qué Iliada más eterna que la Iliada  
En que luchan la Vida con la Muerte,  
El Sér con el No Sér, Dios con su Nada!

Empedernido soñador á veces  
Á fuerza de soñar realiza el sueño.  
Si Brown Sequard soñó, ¡loado sea!  
Tras de apurar la copa hasta las heces  
Nuevamente llenarla. ¡Oh noble empeño  
De darle á todo eternidad de idea!  
El arrancó su jugo misterioso  
Al árbol del amor; él atrevido  
Quiso robar con mano de coloso

El fuego de los dioses, á manera  
De inmortal Promoteo; él ha querido  
Darle á la débil condición humana  
Perpetua juventud de primavera,  
Como un Sol que detiene su carrera  
Y eterniza la luz de la mañana...

Mas ¿qué importa morir? Todo se mueve,  
Todo es sonido y luz, todo palpita;  
Y justo es que la vida se renueve  
En la escala del sér, que es infinita.  
La nube que saliera del oceano,  
Vuelve en agua al oceano cuando muere;  
Y otra vez se hace nube así lo humano.  
El hombre ya no tiembla temeroso  
Ante la tumba: la Verdad es fuerte,  
Así como no hay sombra, ni reposo,  
Ni silencio jamás, tampoco hay muerte...

Buscando otro camino  
Para las viejas Indias orientales,  
Colón, que va con ímpetu fecundo  
Desgarrando la noche del Destino,  
Ve de pronto las costas virginales  
No de las Indias ya, sino de un mundo.  
¡Tal la sabia ambición, que laboriosa  
Ensayar supo, en el crisol ardiente,  
Piedra filosofal que buscó en vano  
La química descubre milagrosa,  
Que es en la ciencia un nuevo continente  
Donde se ensancha el horizonte humano!

Ella ha arrancado de la muerte fría  
Nuevo calor vital. Ella ha rehecho  
El despojo, ha avivado la conciencia

Que extenuada de fósforo yacía,  
Ha infundido el oxígeno en el pecho,  
Ha vuelto á su color la transparencia  
De la anémica faz, ha enriquecido  
De albúmina las venas de la hermosa  
Y de hierro los músculos del fuerte;  
Porque ella el hada redentora ha sido,  
Que de cada hojarasca hace una rosa  
Y una resurrección de cada muerte.

Transformándolo todo, á la manera  
De aquella vara de Moisés que un día  
Arrancó el agua de la estéril roca,  
Sabe también, como la luz ligera,  
Fugaz, sutil, sobre una plancha fría  
Reproducir el Sol que reverbera...

La imagen que escapaba á la más leve  
Etérea vibración, hoy ya perdura:  
Una sola mirada que se atreve  
Roba la luz de la celeste altura.

El fotógrafo encierra,  
De su mirada, bajo el amplio vuelo,  
Todas las pequeñeces en la Tierra  
Y todas las grandezas en el Cielo...

Como un mendigo, que á mirar alcanza  
Desde un triste rincón festín de gloria,  
Y una mirada codiciosa lanza  
Sobre lo que no tiene otra esperanza  
Que la de conservarlo en la memoria,  
El hombre, aquí, en la Tierra, estudia y sabe  
Lo que hay en cada estrella: él la analiza;  
Y en su análisis cabe

Sol ó luna, la hoguera ó la ceniza.  
Engreído tal vez cree ser dueño  
De cuanto analizó; mas ¡ay! su sueño  
Se disipa también al dar un paso  
Y encontrarse sin pan y sin abrigo.  
¡Vanidad de rincón! ¡Como si acaso  
El dueño del festín fuese el mendigo!

Si el hombre con la luz la imagen fija,  
Con el fuego desata el movimiento,  
Ya que alado vapor vuelos le presta.  
No la rienda será la que dirija  
El carro tronador, que á paso lento  
Lleva un corcel por la empinada cuesta,  
Sino el férreo engranaje, que si mueve  
La veloz rueda sobre el riel segura,  
Hace al carro subir con vuelo breve,  
En un suspiro de humo, hasta la altura.  
No dando al viento la insegura vela  
La nave en él ha de seguir confiada,  
Sino al golpe de su hélice que airada  
Con alas de vapor rápida vuela:  
Si antes era la estela una sencilla  
Rúbrica de la quilla, hoy es la quilla  
La que se mueve á impulsos de la estela...

La roca de los montes, traspasada  
Como un gran corazón por una espada,  
Abrióse al tren, que en marcha sin demora  
Voló de un horizonte á otro horizonte;  
Y fue el túnel. La audaz locomotora  
Se hizo un arco triunfal de todo un monte.

Lesseps, cual el Moisés que abrió los mares,  
Para escapar de las infames guerras

En pos de sus ensueños seculares.  
No abrió los mares, pero abrió las tierras;  
Y cuando un día al fin rodó á su paso,  
Fue el Milón de Crotona, que ya en ruina,  
—Él, que abrió tantos robles,—quedó preso  
Entre el partido tronco de una encina...

Túneles y canales, como abiertas  
Válvulas de vapor, diéronle al hombre  
No soñados caminos. Las desiertas  
Extensiones pobláronse; y el nombre  
De Stéphenon escrito sobre el llano  
Fué á reflejarse en altitudes sumas,  
Y el de Fulton fingió sobre el océano  
La primavera de una flor de espumas...

¡Ah, más rápido viaje el de la Idea!

El vapor se hace humo, el humo luego  
Nube, la nube al fin relampaguea;  
Y lo que fuego ha sido es siempre fuego...

Si conquistó el vapor en las entrañas  
De las profundas minas, donde duerme  
El sueño abrumador de las montañas,  
Que en carbón milenario convertidas  
Son monumentos de la vida inerme  
En que yace el recuerdo de otras vidas,  
También el hombre, que atrevido sube,  
Ya que ahonda atrevido, alzó los ojos  
Y, como quien le arranca el haz de enojos  
Al mismo Jove, conquistó la nube.

En la electricidad el pensamiento,  
Por un hilo de alambre, así bucea

En el fondo del líquido elemento  
Como sobre la cúspide chispea,  
Escapa por desiertos infecundos,  
Salta enormes barreras de granito,  
Rasga los antros en el mar profundos,  
Vibra en medio de eternas tempestades  
Y canta con la voz de lo Infinito  
El Himno Universal de las Edades.

Por el alambre eléctrico va el alma  
En fuga tan veloz, que diera espanto,  
Si la apariencia con disfraz de calma  
De la materia no ocultase tanto!  
¡Ah! seguir con los ojos esa fuga,  
Cual la del mismo rayo, cegaría...  
Júpiter fiero el ceño desarruga  
Al saber que, amansado en la porfía,  
Su rayo es como un ave mensajera,  
Que lleva sobre el ala por do quiera  
El nuevo anuncio del Futuro Día...:

Los postes arrancados á la selva,  
Esperando quizás que pronto vuelva  
La Primavera á remozar sus galas,  
Son árboles de invierno desvestidos,  
Donde se oyen también rumores de alas,  
Choques de besos y vibración de nidos...  
Los postes de la selva milenaria  
Son después centinelas del arcano,  
¡Mástiles de una flota imaginaria  
En que navega el pensamiento humano!

Por el alambre vagan en la anchura  
El sonido vivaz, la luz tranquila  
Y el raudo movimiento. Un día acaso



Podrán todas las fuerzas de Natura  
Correr por el alambre; la pupila  
Verá brillar un Sol ya sin ocaso;  
El tímpano oirá la voz profunda  
Con que habla el mismo Dios; la débil mano  
Enfrenará la actividad fecunda  
Que hierve en el volcán y en el oceano;  
Y hasta la idea, haciendo á la corriente  
Cruzar por dos cerebros en un choque,  
Saltará de la cumbre de una frente  
A la profundidad de un alma en bloque...

Mas ¿qué importa el alambre? Ya la Ciencia  
Lo cortó en el telégrafo. El sonido,  
La luz y el movimiento, en la experiencia-  
Presto habrán de seguir. Tal en un vuelo  
Rompe su cable el globo retenido;  
Y, en plena libertad, escapa al cielo...

Edisson, como un buzo, se aventura  
Con sus redes de alambre, y aprisiona  
Entre esas redes misteriosas vidas.  
Él sabe dónde está la fuente pura  
En que el alma á la vida se eslabona,  
Dentro de las penumbras escondidas;  
Y hace del tiempo su triunfal proscenio:  
El sonido y la luz que un tiempo han sido,  
Evocados al golpe de su genio  
Pueden ser otra vez luz y sonido.

El fonógrafo lleva hacia el Futuro  
La voz con que habla el Siglo. ¡Oh claridades  
Las que el cinematógrafo en lo obscuro  
Proyectará á través de las edades!...

Y la luz cantará, porque el oído  
Sabe ya en el fotófono que el rayo  
Se desenvuelve en són. ¡Todo está unido!  
El rayo X penetra de soslayo  
Hasta las más compactas solideces,  
Para fijar la imagen resguardada  
En el fondo del sér. ¡Quién sabe á veces  
Donde más se buscó no se halle nada!...

¡Quién sabe si otra fuerza misteriosa  
Hoy para el hombre inédita reposa!  
¡Quién sabe si en el mismo  
Apenas esbozado magnetismo,  
Duerme una nueva ciencia milagrosa!  
¡Quién sabe si la bíblica serpiente  
No ha logrado mentir; y así el Destino,  
Antes quizás de doblegar la frente,  
Verá, con una póstera mirada,  
Descender al Espíritu Divino  
Sobre la Humanidad transfigurada!...

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

## CONQUISTADORES ANTIGUOS Y MODERNOS <sup>(1)</sup>

---

*Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

Al recibir en la soledad del retiro á que pertinaz dolencia me tiene confinado, la fausta nueva de que acababa de aparecer bellamente impresa una obra histórica del Sr. Licenciado D. Jenaro García, llamada, en el sentir de mi informante, á producir honda conmoción entre los que se dedican á este género de estudios, sentí inmenso júbilo. Porque la publicación de un libro de ese linaje, es una señal de que hay todavía en Méjico quien se dedique á graves y educativas disquisiciones históricas, y es consolador saberlo en los días que corren, de apartamiento y desdén hacia lo que no conduzca derechamente á obtener, en vez de brillantes palmas de gloria, grandezas materiales, y por su medio el respeto y los halagos que aparejados trae consigo la riqueza. La publicación de una obra extensa, desprendida de toda ambición innoble, la juzgué desde luego como una prueba palmaria de que *la fiebre de los negocios* permite á las veces la ejecución de trabajos que demandan un espíritu sereno, libre de las preocupaciones que absorben por completo á los que no conocen los apacibles y tranquilos goces de que las letras son inagotable manantial.

---

(1) Publicamos este estudio para dar á conocer entre nosotros un escritor americano, que recuerda á los prosistas españoles del siglo de oro. (N. del D.)

Ardí desde aquel momento en deseos por obtener el nuevo libro, y antes de mirarlos satisfechos, llegó á mis manos el entusiástico ó, para decir toda la verdad, el fervoroso elogio que del autor y de la obra hizo en las columnas de un diario otro joven escritor, á quien las letras patrias son deudoras de muchas y muy interesantes lucubraciones también históricas: el Sr. D. Luis González Obregón.

La lectura de ese elogio vino á llenarme de tristeza, decirlo debo con toda sinceridad. Y no se crea que despertó en mí tal sentimiento por lo que en honra del Sr. García allí se expone—que ajeno soy á rastrera envidia,—sino porque me pareció oír algo así como un toque de atención, como un anticipo de las impresiones que la obra me había de causar, toda vez que mis particulares ideas, que lo que podría llamar mi credo en materias históricas, está en absoluta discrepancia con el credo del Sr. García, como lo está con el del Sr. González Obregón.

Aunque prevenido así mi ánimo, consagréme á la lectura de la flamante producción con detenimiento tan grande, que más bien que lectura fue estudio el que de ella me propuse hacer. Fruto de ese estudio es la disertación que hoy ofrezco al público lector, temeroso, no debo ocultarlo, de que provoque torcidas interpretaciones.

Como quiera que sea, debo comenzar y comienzo por hacer una declaración previa, y es: que en la análisis y crítica de la obra del Sr. García no entra por modo alguno el deseo de amenguar el alcance de los elogios que otros le tributan, ó de rebajar la gloria á que noblemente aspira quien, como él, se lanza á las arriscadas lides de la inteligencia en filas que cada día se aclaran más y más, y se merman en Méjico. No obedecen, ciertamente, á tales propósitos, las observaciones que trato de hacer, dicho quede desde ahora; para que ni él ni nadie, me tengan por adepto de la escuela lapidadora de reputaciones, ó por ministro de esa especie de iglesia que sólo tiene anatemas para los que en ella no comulgan. Porque ¿quién lo

ignora? Suele entre nosotros, cada vez que aparece un nuevo libro, desencadenarse una tempestad de dicterios y diatribas capaces de infundir al autor sobre el que esa tempestad descarga su furia, incurable tedio y enervador desaliento; suelen recogerse amargos frutos en vez de paladear la dulcísima satisfacción que se experimenta al oír juicios imparciales, de recta intención, que si bien es cierto son en ocasiones desfavorables, revelan siempre que no ha pasado inadvertida la obra, y que por lo mismo que no se la encuentra baladí se la estudia y se la discute.

Antipatías personalísimas y espontáneas, emulaciones ruines, intransigencias de sectarios, fanatismos de escuela, en apretado ayuntamiento se conjuran para socavar los cimientos que pone el escritor para asentar en modesto pedestal su nombre. Diríase que las pasiones innobles, á semejanza de aquellos insectos parasitarios que se amontonan sobre las ramas florecidas de algunos vegetales para secarlos é impedir que lleguen á dar sazonados y deleitosos frutos, se asocian é hincan el diente envenenado en el publicista que sólo alentaba la aspiración generosa de ofrecer á sus compatriotas el panal elaborado tras largos y penosos desvelos con lo que de mejor había en su cerebro, ó con la miel recogida en las flores de otros intelectos.

El recuerdo en este lugar y en el actual momento, de ese linaje de obstáculos, no es inoportuno, por mucho que maraville á los que piensan, porque no están al corriente de lo que pasa entre nosotros, que la avanzada ilustración que sin cesar se pregona ha hecho ya desaparecer esos obstáculos. No, los antiguos procedimientos están aún en uso, á pesar del modernismo imperante en ciertos géneros literarios.

Vea, pues, el Sr. García en lo que voy á decir, no la censura enconosa ni el apasionado ataque, sino la expresión franca y sincera de mis convicciones, sin presuntuosos dogmatismos ni pujos de magisterio ridículo. Al manifestar lo que siento y pienso después de estudiar detenidamente su libro, no presu-

mo, por más que dicte mis razonamientos el amor purísimo á la verdad, que ese sentir y ese pensar lo hayan compenetrado de tal modo, que mis observaciones y reparos constituyan algo que sea irrefutable, algo que se imponga incontrastablemente. Mas tiempo es ya de entrar en materia.

Lo primero que se debe de cuidar cuando se trata de refutar una tesis, es no interpretarla maliciosamente, sino exponerla con la mayor fidelidad. Procediendo así, el autor de ella no puede acusar á su impugnador de atribuirle ideas que no son las suyas ó de tergiversar aquellas cuya paternidad reconoce.

Obedeciendo este precepto fundamental de toda crítica sana y justiciera, comenzaré por dar á conocer—á quienes no hayan leído el libro del Sr. García—el asunto en que se ocupa, el propósito que persigue y el procedimiento empleado para deducir las conclusiones que de su obra se desprenden. Y como deseo alejar de antemano toda sospecha de prejuicios ó apasionamientos, voy á valerme de la síntesis hecha, no por otro crítico, sino por un panegirista devoto de la nueva producción, que con ella comulga, y á quien por tales motivos no podrá tachar el Sr. García. Refiérome al Sr. D. Luis González Obregón, que es—como no sin razón asienta el autor del *Carácter de la Conquista española en América*—un joven que ocupa muy distinguido puesto entre nuestros historiadores más autorizados, tanto por su vasta y sólida erudición cuanto por su juicio claro y sereno.

Dice, pues, el Sr. González Obregón:

«En el libro primero de esta importante obra, el autor estudia los antecedentes indispensables á la materia en que se ocupa, á saber: al pueblo español desde la época de la dominación romana hasta la de Felipe II; pueblo que odia á los infieles por fanático, que comete con ellos crímenes que horrorizan por cruel, y que les arrebató sus riquezas por avaro. Estudia también la índole de los españoles venidos á América, deteniéndose en considerar aparte á los seglares y á los eclesiásticos: los

primeros de la peor ralea, presidiarios, condenados al último suplicio; aventureros por lo menos, que emigraban en busca de fabulosas riquezas; los segundos, avaros y codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres.

»Con estos antecedentes, que reseña hábilmente á grandes rasgos el Lic. García, los hechos que informan el libro segundo de su obra se explican fácilmente; pero el ánimo más sereno é imparcial se subleva contra aquella serie de iniquidades que los castellanos cometieron con los vencidos. Rapiñas las más groseras, crueldades las más salvajes; incendios los más injustos, violaciones las más repugnantes, son los rasgos generales y continuos que, acompañados del más grosero fanatismo, caracterizan la Conquista española en América, la cual encharca los pueblos en sangre, despoja de tierras y fortuna á sus habitantes, y á pretexto de evangelizarlos los embrutece y esclaviza.

»Cuadro tan desolador, sólo tiene una grandiosa figura, que crece con los siglos, el P. Las Casas, y un grupo de contados y venerables varones, los misioneros, que á ejemplo de aquél abogaron por la más justa de las causas, y fueron de los poquísimos que consolaron á los indios en sus infortunios.

»Especial capítulo consagra el autor á la conquista de Méjico, y sin temor de pecar por lisonjero, juzgo que es un cuadro completo y fiel de ese período histórico de nuestros anales, que además contiene nuevas é importantes investigaciones que habían escapado á la erudición de los contemporáneos.

»En el libro tercero y último de la obra, el autor se ocupa en estudiar los «Resultados de la Conquista», como fueron las guerras de invasión, la conducta posterior de los castellanos, la población indígena precolombina, la despoblación general de América y la degeneración de los naturales. Consigna un dato el autor en este último libro, que es el resumen, la mejor síntesis de cómo se hizo la Conquista y los resultados de ella para los vencidos; dato de un español, del Cronista Mayor de las Indias, D. Antonio de Herrera, quien dijo que «se falla

que faltan en sesenta e ocho años muertos á nuestras manos, «quarenta millones en todas las Indias»; e de solo cargar los ombres, «quinze millones».

Como se ve, evitó cuidadosamente el Sr. García apuntar siquiera un solo hecho digno de loor en los conquistadores; no dejó ni el más débil intersticio por el cual pudiese penetrar un rayo de luz que contrastara con la densísima tiniebla; cubrió la tierra toda de sangre y de cadáveres, evocó espectros pavorosos, hizo resonar de nuevo los ayes de las víctimas; pobló el aire de maldiciones, recogió los desahogos más virulentos de los censores coetáneos de Cortés, y terminó por exclamar con santa indignación: He ahí á los conquistadores de América hundidos hoy por mi brazo vengador en noche eterna; execradlos sin tregua ni descanso; de su obra impía no se han derivado sino desgracias; las generaciones que tienen principio y raíz en los conquistadores, llevan la mancha indeleble de este nuevo *pecado original*.

Ciertamente que el Sr. García no ha estampado estas mismas palabras, no; lejos de mí el calumniarle; pero aun sin leer su libro, con leer no más la síntesis que acabamos de copiar, debida al Sr. González Obregón, cualquiera comprende que no peco de exagerado al imaginar que pudo concebir esa idea, ya que no expresarla.

Y bien, ¿es esta la manera de escribir la historia? ¿Este es el concepto que los más ilustres publicistas tienen formulado sobre la magna y educadora empresa de evocar el pasado? ¿Tal es, en el sentir del Sr. García, el fruto ópimo de la modernísima ciencia de la filosofía de la historia?

Si las disquisiciones de esta índole no han de tener más objeto que acumular testimonios desfavorables á los hombres de otros siglos, espigando al efecto aquí y allí, en determinadas obras que legaron á la posteridad algunos varones austeros y generosos que no compartieron los errores, los vicios y los crímenes que informaban la conducta de los soldados y aventureros de su época, y que, por haber sabido sobreponerse al in-



flujo de las ideas entonces comunes y corrientes, las encontraron no sólo absurdas, sino perniciosas, y las condenaron con viril entereza; si el sociólogo de nuestros días debiera manejar no la pluma, sino el escalpelo, y su tarea se redujera á destrozar en la plancha del anfiteatro osamentas, que no cadáveres, por el solo placer de proclamar que los guerreros de pasados siglos fueron un receptáculo de todo lo deforme, de todo lo nauseabundo, de todo lo que por infame inspira odio, entonces no hay objeción ni reparo alguno que hacer á la ingrata labor emprendida por D. Jenaro García, y de la que es fruto el libro que acaba de dar á la estampa. Pero como por muy distintos senderos discurren los pensadores que encauzan las corrientes intelectuales en los días que alcanzamos, inquiriendo la verdad por el solo hecho de ser digno de espíritus esforzados para ponerla al servicio de la humana especie, maravilla y entristece que un joven empapado en las teorías modernas, cultivador ferviente de los estudios sociológicos, admirador devoto de Spencer, emplee largos días en la busca pacientísima de cuanto puede conducir á demostrar que los conquistadores del siglo XVI que al Nuevo Mundo llegaron, fueron nada más que *españoles de la peor ralea, presidiarios, condenados al último suplicio si seculares, y si eclesiásticos, avaros y codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres.*

El Sr. García, tan apacible, tan equilibrado como le habíamos conocido, se nos presenta inesperadamente en su nuevo trabajo rencoroso, agresivo, vehemente, encarnizado, implacable; y esa transformación se debe á que se hundió en el mar lleno de sirtes de las viejas crónicas, no para extraer perlas de magnífico oriente—pocas que fueran, pero siempre valiosas y dignas de imperial diadema,—sino las negras conchas de moluscos viscosos abandonadas en el fondo del Océano; sucias envolturas de cadáveres que, por dicha, no despiden ya miasmas deletéreos, porque los siglos, como las aguas saturadas de cloruro de sodio, destruyen los gérmenes de descomposición. ¡Buzo infortunado en verdad!

El Sr. García ha enhebrado sus descubrimientos en un hilo que si no fuera tan negro, apenas si sería perceptible, y que de ese color se le buscó precisamente para que no hubiera solución de continuidad entre sus comentarios y los pasajes de los cronistas adversos á los conquistadores.

Yo comprendo á Taine hacinando en sus *Orígenes de la Francia contemporánea* iguales ó mayores y mas espantables crímenes que los que hace desfilas ante nuestros ojos en procesión siniestra el Sr. García; porque Taine desafi6 así, con audacia pocas veces superada, las iras de no escasa porción de un pueblo que todavía se ufana proclamando las doctrinas de los hombres del 93; porque Taine asestaba sus tiros á los sectarios de una pseudo-religión disolvente, capaz de conmover los fundamentos en que descansa, no la sociedad francesa nada más, sino todas las sociedades cuyo acerbo civilizador es la Francia. No sólo le comprendo, sino que le admiro, cuando medito en la generosidad y grandeza de su anhelo por destruir ídolos cuyo culto tiene feroces ministros, para lograr saludable regeneración; y cuando le veo procurar reducir á sus naturales proporciones con la poderosa masa de su personal criterio figuras que aún están de pie sobre altos pedestales, no le supongo poseído de un furor iconoclasta irreflexivo y ciego, sino que le reconozco como insigne revelador de verdades, para que su patria y la humanidad, cuyos son los senderos que trata de iluminar, no caminen desatentados á precipitarse en pavorosos abismos. ¿Pero ocurre nada de esto en la obra del Sr. García? Lejos, muy lejos de ser así, nadie tributa, aquí ni en ninguna parte, culto á los conquistadores de América en el siglo XVI; nadie, ni los más retrógrados, los enaltece y presenta como modelos dignos de ser imitados; ninguno los ha llamado impecables, sin mácula; ninguno suspira por el régimen que fue la consecuencia indeclinable de la conquista. El credo republicano hoy no es una mera idea especulativa; la democracia es un dogma; cada uno de los mejicanos está dispuesto á ofrecer su sangre y su vida misma en aras de su pa-

tria libre, de su patria independiente, de su patria grande y próspera, bajo la tricolor bandera que es su lábaro sacro.

Esto de una parte; de otra, la nación progenitora ni nos acecha ni amenaza; antes por el contrario, ambiciona estrechar los lazos de amistad que se crearon una vez muertos los odios y rencores á que diera sér la lucha que á nosotros nos hizo independientes y á ella mermó sus dominios. Por eso no veo fin práctico y útil en la labor llevada á cabo con energías dignas de mejor causa por el Sr. García; por eso creo que viene fuera de sazón ó tiempo oportuno. Demás de esto, no es generoso, no es hidalgo en los momentos actuales acribillar á un pueblo desangrado por enemigo potentísimo, desposeído de las colonias ultramarinas que conservaba todavía en el último lustro del siglo XIX; á un pueblo que pugna por regenerarse y que, con la mirada fija en lo porvenir, no ha de querer ni poder emplear el tiempo en vindicarse de lo pasado y en reivindicar sus antiguas glorias. Y aun suponiendo que los españoles de hoy fueran nuestros enemigos, todo ataque ó provocación es censurable. La España de 1901 es un herido al que cobija una tienda, sobre la cual ondea la humanitaria enseña de la Cruz Roja.

Demos por sentado, en abono del Sr. García, que no trató de encararse con la España de nuestros días, y que al reconstruir á su modo la historia de la Conquista de América, persiguió únicamente el esclarecimiento de la verdad. Pues bien; ni aun concediendo que así haya sido, se justifica la virulencia de sus afirmaciones ó juicios, y su sed insaciable de noticias desfavorables á los españoles del siglo XVI, para presentárnoslas.

Que al servicio de tal empeño pusieran sus conocimientos los que prepararon el movimiento insurreccional de 1810 para romper las ligaduras que la nación dominadora forjó y mantuvo durante tres siglos, bien se comprende y explica. Porque entonces era necesario, de toda necesidad, derramar á torrentes la luz sobre las oscuras conciencias de las incultas masas

del pueblo: porque en aquella sazón hasta las exageraciones más estupendas tenían razón de ser, toda vez que, mientras mayor fuera el odio que inspiraran los dominadores á quienes se quería derrocar, mayor también sería el número de prosélitos que seguiría á los apóstoles de la doctrina libertadora. Que mientras no estuvo consolidada la obra de Hidalgo se haya procurado traer á la memoria del pueblo, en los grandes aniversarios, el pasado con sus exacciones desapoderadas, con sus inquisitoriales torturas para subyugar con esos recuerdos el ánimo de las muchedumbres que se arremolinan junto á la tribuna cívica, nadie podrá extrañarlo, porque esos eran los medios necesarios para sugestionar á los nuevos ciudadanos; porque para hacer que todos amen á los héroes que realizan los grandes hechos que cambian el modo de ser de las naciones, nada tan eficaz como la exhibición del cuadro en que aparecen la brillante luz del presente en contraposición con las densas sombras del pasado. Pero todo debe hacerse en el lugar y tiempo oportunos.

El orador que se dirige á las turbas indoctas no se expresa de igual manera que el orador de las academias científicas; como el periodista de combate es distinto del historiador docto y reposado. Por eso no aplaudo los recursos de que el Sr. García se vale para historiar hoy la conquista y hacer que perdure el odio á los que la realizaron. Hierven en su libro rencores que podría llamar yo retrospectivos; saña que no se amengua ni ante las tumbas cubiertas por el polvo de los siglos; y esos rencores y esa saña me parecen, por modo absoluto, impropios en un escritor sesudo que trata de infundir su criterio, y creo que en vez de conseguirlo, desautoriza su tesis desde el momento en que da lugar, él mismo, á que el lector se pregunte á qué obedece en la época actual la exhumación de un proceso fallado sin apelación, tiempo ha, por el tribunal augusto de la conciencia humana.

Ya no sólo en las obras sobre historia patria, escritas para la enseñanza de las nuevas generaciones, en los discursos pa-

trióticos de los que se dirigen á las masas populares anualmente, el 16 de Septiembre, son bien distintos los procedimientos que los pensadores emplean desde hace algunos años. Tanto es así, que no se ha dejado oír una sola protesta cuando un orador ha expresado en la tribuna cívica, en 1886, los conceptos que siguen:

«Serenos ya el ánimo tras las perturbaciones consiguientes á las grandes crisis que conmueven á los pueblos al verificarse una evolución social, como se conmueve la Naturaleza en los momentos de un gran fenómeno físico; ilustrada la razón por el estudio de las causas y consecuencias de la insurrección de 1810, vemos que los tres siglos que antes llamáramos solamente de odiosa servidumbre no fueron sino una de las etapas que habíamos de recorrer para llegar á inscribir el nombre de nuestra patria entre los de las naciones autónomas, y que, durante ese período histórico, tuvieron origen y desenvolvimiento las ideas y los demás elementos constitutivos de la nacionalidad mejicana.

»Obedeciendo á la incontrastable ley del progreso, un pueblo formado con la fusión de dos razas valerosas y abnegadas hasta el sacrificio conquistó su independencia, revelando al mundo la alteza de sus miras, lo heroico de su valor y lo singular de su constancia.

»No era posible que la nación dominadora se resignase á mirar impasible la pérdida de uno de los más ricos florones de su corona, ni era posible tampoco que los descendientes de Cuauhtemoc, una vez iniciada la lucha, cesasen en sus propósitos. De aquí la tenacidad y la grandeza de esa lucha, y de aquí también que sea más glorioso el vencimiento alcanzado por los mejicanos.

»Restañada la sangre, cicatrizadas las heridas, disipado el humo y el fragor de los combates, y muertos los rencores de los contendientes, sucedió lo que no podía menos de suceder: vimos que la conquista española había sido un bien, toda vez que, merced á ella, trocóse la sangrienta religión azteca por

las dulces y consoladoras creencias cristianas; vimos que España, de cuanto á la sazón poseía, nos había hecho partícipes, y que su habla rica y sonora, su escritura fonética, sus artes, sus hidalgos sentimientos, su valor indomable, todo nos lo habíamos asimilado; comprendimos que podíamos gloriarnos de que en nuestras venas circulase, mezclada con la sangre mejicana, la sangre de aquella raza que tanto ha contribuido al humano progreso; y al encontrarnos desligados de la nación que fue nuestra dominadora, nos enorgullecimos de ser libres, pero sin renegar de nuestro origen, y resueltos á no desmentir jamás con nuestros hechos las virtudes que habíamos heredado.»

¿Pero, qué mucho? Ayer, en el último aniversario del fallecimiento del más ilustre prócer mejicano, del indio de Guelatao, arrebató hasta el delirio á innúmeros oyentes un joven, inspirado tribuno, al proclamar en frase brillantísima, que «hemos perdido la fe en las quimeras del jacobinismo, pero la tenemos cada vez mayor en las verdades de la ciencia; que ya no nos exalta la raudalosa elocuencia dantoniana arrastrando en su furia mantos desgarrados y cetros rotos, pero nos entusiasma la serena voz de la filosofía que deposita limo fecundo en las almas y jamás desborda cóleras destructoras de su profundo cauce; que nos burlamos un poco de las disertaciones incoloras y pedantescas de Robespierre y estudiamos en Rousseau un caso patológico; que los reyes, los frailes y los nobles, que habían perdido la fisonomía humana con los corrosivos de la literatura demagógica que los llamaba y los llama, hidras, vampiros, endriagos, nos parecen en la historia científica, con sus facciones normales, como hombres semejantes á los demás hombres, algunas veces liberales, complacientes, artistas; que analizamos y que nos explicamos, sin odiarlas *á priori*, las etapas más infaustas de la crónica humana; que ya no creemos que la regeneración universal brote de un discurso epiléptico de encrucijada, aplaudido por el populacho ébrio que deserta de las escuelas y de los talleres, y armado de formidables pi-

cas levanta en triunfo á Marat, grotesco y patibulario, sobre los bonetes rojos; que no creemos en la utópica democracia del «Contrato Social», idealmente bella, como un diálogo platónico, trazada á maravilla con la armonía matemática de los silogismos, pero falsa de toda falsedad; que, por último, hoy vemos evaporarse en el horizonte las últimas humaredas de la Convención».

Eso dijo el Sr. Urueta, que es el orador á que aludimos, precisamente en un día del propio mes de Julio en que fue puesto á la circulación el libro del Sr. García. La juventud que llena actualmente las aulas, los legisladores, los estadistas, los representantes de las clases obreras, los de las academias científicas, el pueblo todo, cuantos con ardentísimo entusiasmo significaron al Sr. Urueta con no interrumpido aplauso que compartía sus ideas, ¿compartirán también las del señor García, que son, en los albores del siglo xx, la antítesis más perfecta del concepto de la modernísima ciencia de la filosofía de la historia?

Pasemos á otro género de consideraciones. Enamorado, y con razón, el Sr. García de la altísima figura del venerable Fray Bartolomé de las Casas, el santo apóstol de la caridad cristiana, noble y heroico defensor de los indios, su protector más eximio, *Padre de los americanos*, como decía la antigua inscripción grabada en el Colegio de San Gregorio, no se concreta á tributarle el culto de su admiración acendrada, y á la que es, no me cansaré de repetirlo, acreedor por indiscutible derecho, sino que tómale por modelo al constituirse hoy en el acusador implacable de los conquistadores, y emplea el método seguido por su maestro amado, de hacinar horrores, nada más que horrores, de no admitir atenuante alguna, como por ejemplo ésta: la esclavitud no sólo estaba aceptada en siglo xvi aun por los Pontífices y por los más cristianos varones, sino por el mismo Fray Bartolomé de las Casas, que se hizo reo de ese delito, puesto que tuvo esclavos á su servicio. ¿Quién lo ignora?

Para conocer hasta dónde llega en sus extravíos la pasión del Sr. García, á quien el Sr. González Obregón califica de historiador sin prejuicios ni apasionamientos, y para dar á sus afirmaciones su justo precio, basta fijarse en las locuciones que emplea cuando trata de deprimir, á quien quiera que sea, si no es de su devoción.

En la página 379 de su libro encontramos los párrafos que van á continuación: «Varios testimonios fehacientes podríamos aducir aún sin trabajo alguno en comprobación de los asertos anteriores, pero de intento vamos á limitarnos al del P. Motolinia, *el émulo más procaz* que tuvo nuestro intachable don fray Bartolomé de las Casas.»—Llena á seguida tres nutridas páginas con las tremendas acusaciones que Motolinia hizo con espíritu justiciero, y agrega: «Son sin duda contundentes las confesiones hechas por el mismo *fraile*, que á la vez que con mayor exaltación *osaba atacar al sublime defensor de los indios don fray Bartolomé de las Casas* llamándole vago, bullicioso y falto de sosiego, embustero y torcido, prodigaba en cambio alabanzas serviles á los conquistadores, pues fue el propio Motolinia quien afirmó que ninguno como Cortés «amó y defendió á los indios en este mundo nuevo».

Las Casas, para el Sr. García era don, es decir, señor; era intachable y sublime, era Bartolomé *de las*, es decir, noble; Fray Toribio de Benavente era simplemente Toribio, sin *don*; *fraile* (en tono despectivo) procaz y osado. No importa que sea uno de los historiadores primitivos, no importa que en su *Historia de los indios de Nueva España* condene los crímenes y desmanes de los conquistadores, y que haya merecido por eso que copiase muchas páginas de él el Sr. García en apoyo de su tesis, no; la gratitud imperecedera se debe al que en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* y en la *Historia de las Indias* dejó al autor del *Carácter de la Conquista española en América* la mayor suma de informaciones, como diría hoy un reporter. A don fray Bartolomé de las Casas, autor de esas obras, y sobre todo por la segunda, corresponde todo



honor, porque, en opinión del Sr. García, *ninguna otra tiene más autoridad respecto de Colón y de los primeros años de la dominación española en América*. Si esto fuera rigurosamente exacto, el autor á quien refutamos podía, muy bien haber limitado su tarea á reimprimir la *Historia de las Indias*, poniéndole como prólogo el mismo que aparece en el *Carácter*, y como epílogo el capítulo intitulado «Resultados de la Conquista.»

Tamaña injusticia demanda una reparación. Para obtenerla, llevemos al Sr. García al *terreno* de la historia.

Las Casas y Motolinia son dos personalidades dignas ambas de inmortal memoria, aunque completamente dispares. De la primera no necesitamos hacer extenso panegírico; ya el Sr. García agotó los epítetos del léxico español en loor del defensor de los indios, y hasta le llamó *irreparable* (pág. 7) cuando de su pérdida podría decirse, mas no del sujeto. De la segunda personalidad, es decir, de la de Motolinia, tan impiamente ultrajada, sí es necesario hacer meritísimo recuerdo, vindicación debida.

Fray Toribio de Benavente vino á Anáhuac antes que Fray Bartolomé de las Casas, formando parte de aquella *Custodia* presidida por Fray Martín Valencia, y de la cual uno de los más grandes pensadores de nuestra época ha dicho: «Trece frailes, un verdadero apostolado de fe, de humildad, de pobreza, de fervor; hombres en quienes había tornado al mundo el espíritu angélico del fundador; toda la ternura, toda la dulzura de la religión de Francisco de Asís era necesaria para mostrar al mundo, en aquella época, españoles que no fueran duros, que no fueran crueles; los frailes de la custodia sólo lo fueron con ellos mismos. El indio fué hijo suyo desde aquel instante; la consagración al estudio de las lenguas fue la ocupación principal de los frailes, etc., etc.»

Fray Toribio fué, lo repetimos, uno de esos apóstoles, y su obra fué *más práctica*, dados los días en que á ella se consagró por modo absoluto, que la obra de don fray Bartolomé de las Casas, toda vez que las penalidades del misionero

en el siglo xvi, sufridas en bien de los indios, significaban más entonces, que cruzar siete veces el Océano, como Las Casas lo hizo para no ser escuchado sino por la posteridad, y escribir dos libros llenos de invectivas y recriminaciones. Seguramente por eso los indios amaron y reverenciaron á Fray Toribio, le demostraron gratitud mientras vivió y le lloraron después de muerto. Los indios fueron los que al verle con el hábito raído le dijeron *Motolinia*, es decir, *pobreza*, y como esa voz nahuatl traducía sus votos, *Motolinia* quiso llamarse, y con ese nombre ha llegado hasta nosotros. Las Casas debió al soberano español el título de *Defensor de los indios*, como le debió la mitra de Chiapas. A *Motolinia* le titularon los indios, y el soberano español no ciñó con una mitra la frente del *pobre* misionero!

Sucede al Sr. García con el P. Las Casas, lo que á los lectores que sólo tienen un autor predilecto; lo que á los amantes con su primera novia: fuera del uno ó de la otra, no ven jamás cualidades supremas: no hay talento, no hay verdad, no hay belleza, no hay virtud posibles. Lea el Sr. García lo que don Fernando Ramírez y lo que Icazbalceta han escrito acerca de *Motolinia*, y comprenderá cuán injusto ha sido al calificarle de *fraile procaz*.

Las Casas y *Motolinia* perseguían un mismo fin; solamente que, para alcanzarlo, empleaban distintos procedimientos: el uno, creía que las mayores vehemencias eran pocas, tratándose de defender á los indígenas; el otro, juzgaba necesarias la moderación y la templanza para no irritar á los conquistadores, si se deseaba, en bien de aquéllos, dominar la fiereza de éstos. Esa moderación ponía fuera de sí á Las Casas; aquellas exaltaciones eran propias, en concepto de *Motolinia*, para agravar los padecimientos en vez de curarlos. De ahí el inevitable choque. Tercos ambos, persistían en sus medios de acción y se acriminaban recíprocamente, pues hombres eran, y aunque seres superiores desde otros puntos de vista, vulgares en las luchas del amor propio: *Inde iræ*.

Lea el Sr. García con detenimiento el admirable trabajo de D. Fernando Ramírez, autor nada sospechoso para él—ó sean las *Noticias de la vida y escritos de Fray Toribio de Motolinia*,—y verá en éste «al misionero infatigable, al caritativo y animoso defensor de las razas conquistadas, al ardiente propagador de la civilización cristiana»; verá que él fue el *último* de los doce misioneros, que pagó tributo á la tierra que había fecundado con su doctrina, edificado con su virtud é ilustrado con sus apostólicos afanes, tan dilatados como útiles y meritorios, y verá por último que Motolinia, considerado en otro teatro, no menos interesante para la civilización que para su propia gloria—en el de las letras—«ocupa y ocupará siempre un lugar distinguido, como fuente abundante y pura de las tradiciones primitivas de la civilización cristiana, y de otras muchas, preciosas, de la historia antigua del país». En ese estudio del Sr. Ramírez, que puede colocarse junto á los mejores de su género, debidos á plumas que el universo todo ensalza y admira, D. Jenaro García hallará cuanto ha menester para borrar la despectiva frase que empleó irreflexivamente, de que Motolinia era un *fraile procaz*, y todo esto lo hallará el Sr. García mezclado con elogios de altísimo precio al reverendo P. D. Fray Bartolomé de las Casas, á quien nadie pretende arrebatár su merecida gloria ni disminuir en un ápice los indubitables merecimientos.

Si me he permitido recomendar al Sr. García que abarque en un estudio serio y profundo la personalidad entera de Motolinia, es porque creo, con un gran escritor, que no se aman los detalles, los fragmentos de verdades y de cosas; que para conocer éstas y amarlas, es necesario verlas enteras, vivas, en el enlace ordinario con toda la realidad, y esto sólo se consigue á partir de una idea unitaria, un concepto del mundo, mejor: una visión, una intuición, una creencia.

Esa visión, esa intuición, esa creencia, se echan de menos en el *Carácter de la conquista española en América*, porque su autor ha amado los detalles, los fragmentos de la historia de

la Conquista, como al referirse á Motolinia le ha condenado tan sólo porque no compartió los ideales y procedimientos de Las Casas y con él luchó como ninguno.

Por lo que á mí respecta, no he querido ni con mucho establecer un paralelo entre ambos contrincantes; porque, fundándome en autoridad grave y sesuda, creo que el sistema de comparaciones es malo cuando se convierte en parangón, y yo no quisiera caer en el defecto de echar luz sobre lo que prefiero, á costa de acumular sombras en otra parte; deficiencia crítica muy generalizada, que siempre evito, siguiendo las doctrinas de los maestros en el arte de escribir vidas é historias.

Restablecer la verdad en lo que á Motolinia atañe, juzgué-lo no solamente justo, sino oportuno; porque mejor testimonio no cabe para demostrar que el Sr. García se deja arrebatar por la pasión al formular sus sentencias, que el testimonio que proporciona la breve frase en que condena á un defensor de los indígenas, tan ilustre como lo es Motolinia. Y pues se trata de vindicaciones, hay otra que también nos solicita: la de la memoria de Bernal Díaz del Castillo.

Tan grande es la inquina del Sr. García contra los conquistadores del siglo XVI, que cuando á alguno de ellos no puede denigrarle, se conforma con callar sus mejores títulos, con desdeñarle. Vemos así que, á pesar de ser historiador primitivo de los más frecuentemente citados por el Sr. García, como autoridad, en la Tabla bibliográfica se limitó á unas cuantas líneas biográficas en las cuales cuidó de suprimir el menor elogio.

Si D. Jenaro García hubiere querido ser justiciero, poco ó ningún trabajo le habría costado extractar algunas frases de las que D. Luis González Obregón dejó estampadas en uno de sus mejores libros, que se intitula así: *El Capitán Bernal Díaz del Castillo, Conquistador y Cronista de Nueva España*.

Como el Sr. García tiene, y con razón, formado el mejor concepto de los trabajos históricos del autor de *México Viejo*,

elogios desapasionados del Sr. González Obregón á Bernal Díaz del Castillo serán los que recordemos en este lugar.

Famoso capitán é inimitable cronista, hijo de familia distinguida, que desde muy joven se lanzó á la azarosa existencia de aventurero y conquistador, impulsado por el espíritu que animaba á sus coetáneos, por ardor caballeresco ó por afán de lograr fortuna; con debilidades que deben disculpársele por ser comunes á todos sus contemporáneos, ese fue Bernal Díaz del Castillo, al decir del Sr. González Obregón. De su única obra histórica, afirma que es una inestimable crónica que, á pesar de todos sus defectos de estilo y de fondo, *es el documento más auténtico y veraz que tenemos, junto con las Cartas de Hernán Cortés*, para escribir la historia de la conquista; porque Bernal Díaz en su obra, ruda pero pintoresca, nos transporta á aquellos tiempos; presenciamos con él todos los sucesos; conocemos con sus retratos, faltos de arte, mas llenos de vida y de colorido, á todos los *héroes*, á todos los conquistadores, desde el último soldado hasta el audaz conquistador, jefe de la atrevida empresa; que esa obra nunca se cansa uno de leerla y de consultarla; que en ella se refleja el hombre, rudo y franco, y el verdadero cronista, desaliñado, pero sincero.

¿Por qué escribió Bernal Díaz su crónica? El Sr. González Obregón nos lo dice: «Preñada su mente de recuerdos, sintiendo el dolor de sus heridas, más en el alma que en el cuerpo, por la ingratitud que había olvidado sus hazañas; más con el objeto de presentar á la posteridad los GLORIOSOS HECHOS DE SUS COMPAÑEROS DE ARMAS que los suyos propios, aunque sin callar éstos, y, en fin, con el noble deseo de rectificar errores de mal informados cronistas, empuñó la pluma como antes la espada, para legarnos ese libro inimitable, mezcla de memorias personales con hechos extraños, embrión de historia, pero crónica sincera, verídica, pletórica de datos y episodios, rica en anécdotas, no pobre en reflexiones atinadas, severa en juicios, y aunque burda y desaliñada en la forma, de amena y deleitosa lectura.»

Díganos con lealtad el Sr. García si después de leer el libro del Sr. González Obregón sobre Bernal Díaz y su obra, queda en pie la afirmación de que ninguna otra, después de la de Fray Bartolomé de Las Casas, tiene más autoridad respecto de Colón y de los primeros años de la dominación española en América, y díganos á su vez el Sr. González Obregón cuándo fue justiciero: si al tejer hace ocho años la corona magnífica de laurel para el conquistador cronista, ó recientemente al medir con el mismo rasero á todos los conquistadores de Méjico, llamándoles escapados de presidio y de la peor ralea, juicio que no se conforma con el reconocimiento de que hubo héroes inspirados por el ardor caballeresco, que realizaron hechos gloriosos, y cuyas debilidades deben disculparse por haber sido comunes á todos sus contemporáneos.

Hay otro cargo que formular. El Sr. García pretende aparecer como el primero y el único que se ha atrevido á presentar en toda su horrible desnudez la imagen de los conquistadores de América. «Preciso es—dice en el prólogo de su obra—que alguna voz, siquiera sea en las postrimerías del siglo XIX, rinda tributo á la verdad y á la justicia, al mismo tiempo que á la memoria ultrajada de los infortunados indígenas de América.»

Cualquiera, al escuchar estas palabras, creería que, nuevo Las Casas, es el Sr. García el historiador justiciero por excelencia, el solo paladín de la verdad, el único valiente acusador de los conquistadores. Y no es exacto; y si no conociera yo la modestia del autor del *Carácter de la Conquista española en América*, diría que sus palabras poco ha transcritas son un signo de presunción y de soberbia, y que con refinada malicia calla los nombres de muchos y muy imparciales historiadores que le han precedido. Porque aparte de que las mismas autoridades en las que cree encontrar apoyo y documentación para la tesis que sustenta, es decir, los historiadores primitivos, españoles con ligerísimas excepciones, prueban que otros han amado también la verdad y han revelado humanitarios senti-

mientos y viril entereza para no enmudecer cuando era peligroso oponerse á las corrientes de la opinión; aparte de esas autoridades, digo, están otras modernísimas, españolas y americanas, bien conocidas del Sr. García, aunque, á lo que parece, no estimadas ni respetables para él.

Podría yo aducir aquí, para fundar mejor esta observación, innumerables testimonios ó recordar sencillamente los títulos de las obras á que aludo; pero no es necesario, porque, como he dicho, las conoce y posee el Sr. García, y porque esa noticia bibliográfica daría desmesuradas proporciones á esta disertación. Bastará á mi intento un solo nombre, el del más egregio de nuestros modernos historiadores, D. Manuel Orozco y Berra, sin que me retraiga de hacerlo el pobrísimo concepto en que tiene tal nombre el Sr. García.

Digo esto, no por mera suposición, sino en vista del desdén olímpico con que de la magna y monumental *Historia antigua y de la conquista de Méjico*, se expresa el Sr. García en la TABLA BIBLIOGRÁFICA de los autores y ediciones que citó en su obra, cuando al llegar al Sr. Orozco y Berra, dice que su *Historia está minuciosamente documentada* y que *el autor ha sido uno de nuestros historiadores que más se han distinguido por su constante labor*. ¿Nada más que esto? ¿En tan incoloras frases está contenido el juicio que le merece una de las más puras glorias mejicanas? Pues qué—y sin pretender yo rebajar los meritísimos trabajos de otros autores—¿cabe calificar así la producción histórica más extensa, más documentada, más filosófica y más desapasionada que se ha debido á autor nacional, cuando se llama el más eminente de nuestros bibliófilos é historiadores á D. Fernando Ramírez y se dice, no sin razón, que sus notas y esclarecimientos á la *Historia de Prescott* aventajan frecuentemente, en erudición y crítica, á la obra anotada?

Séame concedido volver por los fueros de la verdad y de la justicia, tan inicuamente violados por el Sr. García con dos rasgos de su pluma.

Principiaré por ponerme bajo la egida de un autor nada sospechoso para el del *Carácter de la conquista española en América*:

«Orozco y Berra—dice D. Alfredo Chavero en la Introducción á la *Historia antigua de Méjico*, publicada hace pocos años, pero con posterioridad á la que trato de defender—Orozco y Berra, amigo, discípulo podemos decir del Sr. Ramírez, se inspiró en sus ideas y en sus enseñanzas, y aprovechando la rica biblioteca de aquél, cuando pasó á nuestra propiedad, realizó al fin el deseado proyecto de escribir la verdadera historia antigua de Méjico. Fruto de estudios *de toda la vida* y de más de quince años de incesantes trabajos, su obra ES UN VERDADERO MONUMENTO. No hubo crónica que no estudiase el señor Orozco ni manuscrito que no conociese, ni jeroglífico ni monumento que no interpretase. Escritor de conciencia ante todo, tenía temor á las innovaciones y apoyaba todos sus dichos en el monumento, pintura ó escritor citados. Así, su obra vino á ser, como ha dicho el Sr. Icazbalceta, la crónica de las crónicas. Nada se sabe que en ella no exista, y todo tiene allí su verdadero carácter nacional, despojado de preocupaciones y de prevenciones de sistema.»

En 1879, años antes de que el Sr. Chavero se expresara con tan merecido encomio del Sr. Orozco y Berra, había yo vertido, viviendo éste, conceptos muy semejantes en un folleto escrito y publicado con el fin de que no resultasen estériles las gestiones encaminadas á obtener del Gobierno que costeara la publicación de la *Historia antigua y de la Conquista de Méjico*. Voy á reproducir algunos de los pasajes de ese folleto, á riesgo de que se me censure porque me repito—feo pecado en un escritor.—Pero tal reproducción es pertinente ahora, porque ella mejor que nuevas lucubraciones, demostrará que no de hoy ni por contraponerlo al Sr. García, venero el nombre del modesto historiador, y que no de hoy aplaudo á los que, como él, saben hacer entera justicia y saben rendir culto á la verdad.



«Es Orozco y Berra—decía yo, pues, en 1879—por los vastos y profundos conocimientos que de la historia patria posee, lo que puede llamarse con toda propiedad un mejicanista insigne. La mayor parte de sus años la ha empleado en el estudio de lo que á la historia de Méjico atañe, y sin temor de equivocarnos, diremos que ninguno como él ha llegado á adquirir tan gran suma de erudición en la materia.

»No hay historia, crónica, relación ni manuscrito que él no hubiese leído y vuelto á leer muchas veces con inaudito interés, ni antiguo jeroglífico en cuya descifración no hubiese puesto vivísimo empeño. Dotado de claro talento, de juicio recto y reposado y de gran memoria, sus investigaciones son siempre útiles. No aventura hipótesis sin fundamento ni se deja arrebatar, como sucedía con frecuencia al célebre americanista Brasseur de Bourboug, por el entusiasmo que conduce muchas veces á traspasar los límites de lo probable y á entrar al mundo de las ilusiones, que la ciencia se encarga después de desvanecer. Cuando Orozco y Berra afirma alguna idea, puede asegurarse que ella descansa en algún documento digno de crédito y que se había escapado á los más diligentes.»

A seguida enumeré todas y cada una de sus obras, sus eruditísimas disertaciones, y consigné cuantos datos han servido después de su muerte para enaltecer su personalidad, para conocer su inmensa labor, tan estimada por los sabios de ambos mundos como hoy menospreciada por el Sr. García, y, por último, resumí en los siguientes párrafos el juicio que ya había formado de la última de sus obras, inédita todavía, pero de la cual había yo leído los manuscritos, merced á la inagotable bondad con que el sabio autor se dignaba honrarme:

«Tocan á su término estas noticias biográficas, que habrá de ampliar más tarde persona más competente que nosotros; pero antes creemos útil y aun indispensable hablar de la obra última de Orozco y Berra, obra que es un verdadero monumento literario que perpetuará la fama de su autor.

E. M.—Abril 1902.

»Intitúlase *Historia antigua de Méjico*, y está dividida en cuatro partes: primera, Civilización; segunda, El hombre primitivo; tercera, Historia antigua, y cuarta, Conquista.

»Fruto es esta obra de largos años de investigaciones y profundo estudio; concéntranse en ella, por decirlo así, el tesoro de ciencia acumulada por su autor en los mejores días de su vida. ¿Por qué, se nos dirá acaso, por qué existiendo al presente numerosos libros en que se pueden estudiar las materias que abraza la última producción de Orozco y Berra, éste no acometió otra empresa cuya originalidad fuese el primer aliciente para desear conocerla? ¿Vino á revelar sucesos no comprendidos en los escritos de sus antecesores? ¿Pretendió hacer la luz en el caos de la historia mejicana, porque se sentía superior á los que le precedieron? No: el sabio mejicanista, lo hemos dicho ya, es más que modesto, humilde, y aunque pudo gloriarse de haber dado cima á una tarea de aquellas que sólo acometen los hombres superiores, carece de toda pretensión. En el plan de su *Historia antigua* consiste lo original del trabajo; en el feliz desenvolvimiento de ese plan estriba su mérito sobresaliente.

»Hasta hoy, cuanto se ha escrito sobre los orígenes de la sociedad en que vivimos, adolece del gravísimo defecto de considerar los hechos desde un solo punto de vista. Unos á otros han venido los autores copiándose, permítasenos decirlo de este modo, y de aquí ha resultado que, aunque no escasean los libros que de nuestra historia antigua tratan, encamínanse con mayor ó menor sinceridad á un solo punto, á pregonar la grandeza de los conquistadores, su heroico brío y las ventajas de la nueva civilización por ellos implantada, atenuando, si es que los confiesan, los crímenes aquí perpetrados por los guerreros españoles, apoyándose en autoridades á ellos propicias, y no haciendo sino rarísima vez mención de los escritores indígenas, cuyo testimonio, á pesar de su validez, no se ha querido tomar en cuenta. Fácil es comprender que de semejante criterio no podía desprenderse en toda su desnudez

la verdad histórica, cuyo esclarecimiento parece que debía haber sido el solo norte de esos autores.

»Reconociendo ese error, Orozco y Berra se trazó una nueva vía, conforme á los principios de la ciencia moderna, y escritor concienzudo, llamó en su apoyo lo mismo al ibero que al azteca, buscando la verdad en los escritos de éste, confirmada por ciertas preciosas confesiones de aquél.

»El colorido de los cuadros que Orozco y Berra ha trazado no puede ser más verdadero. Ha restaurado otros á su primitiva y pura luz, y lo ha hecho con tal acierto, que bien puede decirse, por avanzada que parezca esta opinión, que ha pronunciado la última palabra acerca de la antigua historia de Méjico, reuniendo en un solo cuerpo de obra cuanto se encuentra esparcido en gran número de volúmenes que sólo poseen ciertos y muy contados bibliófilos eruditos, y cuanto se ha descubierto en estos últimos años en manuscritos de cuya existencia no tuvieron noticias sus predecesores.

»Brillantísima, y sobre todo completa, es la parte que de la civilización azteca trata. Allí se tiene cabal idea de la grandeza moral de aquel pueblo cuyos conocimientos científicos eran superiores, y con mucho, á cuanto podía esperarse de él, atendida su total incomunicación con el antiguo mundo. Allí está fielmente trazado el cuadro de sus adelantos artísticos, y, en una palabra, allí se encuentra todo lo que puede ambicionarse saber para juzgar con exactitud de la verdadera grandeza del imperio destruído por las armas castellanas.

»Para dar una idea de la segunda parte, en que trata del hombre prehistórico, habríamos menester algunas páginas. La ciencia moderna ha hecho de la paleontología un auxiliar poderoso de la historia, y por lo mismo, su aplicación á la nuestra era, puede decirse, la base de que tenían que partir los estudios de Orozco y Berra. Así lo hizo, con notable supremacía respecto á los que antes se han dedicado á escribir sobre nuestras cosas, y de luminoso califican los entendidos en la materia el trabajo realizado por él.

»Lo que en otro lugar dejamos dicho sobre la dedicación de Orozco y Berra desde su juventud al estudio de cuantas obras se han escrito sobre la historia antigua de Méjico, nos ahorra aquí de entrar á hacer nuevas consideraciones con relación á la tercera parte del libro.

»La última demandaba el más recto criterio filosófico. La conquista ha tenido muchos historiadores, y para no caer en los mismos errores de que adolecen las obras de aquéllos, era necesario proceder conforme á distinto plan. El de Orozco y Berra ha consistido en depurar la verdad á costa de laboriosísimas investigaciones, y si pudiera decirse que alguna parte de su «Historia» es superior á las demás, acaso concederíamos la preeminencia á la última. Tan acabada es así; tanta luz derrama; tan evidente demostración alcanzan en ella los puntos más controvertidos; tan imparcial y justiciero se descubre á Orozco y Berra en aquellas páginas.»

Así juzgaba yo, hace veintidós años, la labor histórica de Orozco y Berra. Pues bien; lejos de que las flamantes disquisiciones posteriores á las suyas, hayan venido á modificar ese concepto, á desvirtuar los elogios que entonces le consagré, ni á pagar mis aplausos, creo, hoy mismo, que ese concepto es equitativo, que no son inmerecidos esos elogios, que es debido hacer resonar una vez más y siempre esos aplausos. Porque la *crónica de las crónicas*, que dijera Icazbalceta, es y perdurará siendo el acervo y la fuente inexhausta en que historiadores y filósofos sociólogos saciarán el hambre y la sed de conocimientos que los devore, puesto que Orozco y Berra es á manera de sapientísimo geólogo que ha explorado las cumbres y los abismos, los valles deleitosos y las obscuras entrañas de nuestra historia, para señalar á los que pretendan explotar áureos tesoros en donde están los filones del codiciado metal y en donde sólo se encuentra el de baja ley.

Todo lo analizó científicamente; y con el catálogo por él formado, con esa especie de inventario de nuestras riquezas históricas, es decir, con las citaciones bibliográficas, con los

nombres de los autores por él estudiados, el gran mejicanista trazó un sendero libre de asperezas y obstáculos á los que más tarde habían de ir en busca de documentos y autoridades.

Tanto es así, que si se exceptúan unas cuantas publicaciones hechas posteriormente á los años en que Orozco y Berra desempeñó su pacientísima labor, no hay escritor primitivo ni autor contemporáneo de los que figuran en la *Tabla bibliográfica* del Sr. García que no hubiese pasado antes por el crisol del criterio de Orozco y Berra, á quien creo por eso digno de ser llamado el más diligente y el más sagaz de los exploradores, y al propio tiempo el más cauto, el más escrupuloso en sus análisis.

No es, por lo mismo, sólo censurable injusticia ó ligereza, sino negra ingratitud, escatimar á un sabio tan ilustre la gloria que por legítimo derecho le corresponde, y colocar su nombre debajo del de otros que por eminentes que hayan sido y por mucho que ilustraran nuestros anales, no hicieron tanto como él, ó porque les faltó tiempo ó porque vivieron envueltos en el torbellino de los negocios públicos y en puestos encumbrados á que nunca llegó el modesto Orozco y Berra, que se encontraba más á sus anchas en el humilde hogar, rodeado de viejas crónicas, de empolvados manuscritos, de intrincados jeroglíficos y de ídolos de piedra y de cacharros de la alfarería pre-colombina, mejor que en las poltronas de un ministerio de Estado ó en la presencia de Presidentes y Emperadores. Merced á esta fidelidad dantesca de Orozco y Berra á la Beatriz de la historia, ¡cuántos desvelos y cuántas penosas fatigas se han ahorrado los que gustan de los estudios del género por él cultivado! Lo mismo el que acomete empresa de largo aliento como la del Sr. García, que el rebuscador de noticias simplemente curiosas sobre nuestros monumentos públicos, todos deben reconocer en conciencia que contaron, por las obras que Orozco y Berra nos legó, con la *materia prima* que necesitaban, ó, por mejor, con la decir te la en que ellos habían de

bordar sus pensamientos. Tenían ya andada la mitad y la más difícil parte del camino.

Pero acaso me objete el Sr. García que no están á discusión ni la personalidad ni las obras del Sr. Orozco y Berra, que divago, que son declamatorias y no documentadas afirmaciones las mías y que no le demuestro con ellas que otro antes que él rindió tributo á la verdad y á la justicia al mismo tiempo que á la memoria ultrajada de los indígenas de América. Procuraré desvanecer esa objeción recorriendo las setecientas páginas del tomo IV y último de la *Historia antigua y de la Conquista de Méjico* de Orozco y Berra, sin aludir á los tomos anteriores, porque no tratan de la Conquista; pero haciendo sí observar, de paso, que en esos tres volúmenes está trazado con los más brillantes colores el cuadro de la civilización azteca, sin omitir un solo toque, una sola pincelada de aquellas que reproducen la luz en todo su esplendor para iluminar feéricamente el cuadro de las pasadas grandezas de una raza vencida por las leyes fatales de forzada evolución, más que por el brío de los conquistadores y la superioridad de sus armas.

En las primeras páginas del citado tomo IV, comienza Orozco á contradecir á los incondicionales panegiristas de Cortés y á conceder fe á los juicios del P. Las Casas. «Tal es—dice en la página 14, refiriéndose á las diferencias entre Velázquez y Cortés—la versión de Gomara, no sólo admitida, sino abultada con gran exceso por el autor anónimo *De rebus gestis*. Oigamos ahora á un testigo presencial de los hechos, al VERÍDICO Casas», y después de copiar *in extenso* lo que éste afirma, agrega el imparcial comentador: «En nuestra opinión particular, satisface más á la razón, va en mejor acuerdo con los sucesos posteriores, la opinión de Casas que la de Gomara.»

Continúa narrando los sucesos, animado del mismo espíritu, y cuando (pág. 23) llega á ocuparse en el paso de los conquistadores por Yucatán, se expresa así: «Como se advierte, Yucatán fue la primera parte de nuestro territorio invadido

por los españoles; los mayas, si conservaban el recuerdo de las profecías de Kukulcán, sabían ya á qué atenerse respecto á los castellanos; así, cuando aparecieron en la Península los hombres blancos y barbudos, *en lugar de recibirlos como á dioses los combatieron como á hombres, etc.*» ¿No quiere decir esto que el Sr. Orozco y Berra sabía dar á cada uno lo que es suyo, colocando á los mayas por cima de los supersticiosos mejicanos?

No es Orozco y Berra panegirista de Cortés, como Solís y Prescott que tanto irritan al Sr. García.

Véase cómo lo retrata (pág. 82): «En lo moral le hemos visto pasar por varias transformaciones, como en todos los hombres acontece á medida que cambian de posición social ó de fortuna. Según se muestra en el período que vamos examinando, era de constitución nerviosa y sanguínea, lo cual explica su constante y viva inclinación por las mujeres y su carácter turbulento; *codicioso en demasia, lleno de ambición y poco escrupuloso en los medios para medrar, falaz, cruel en muchos casos.* Estos graves defectos estaban contrapesados con grandes cualidades. Voluntad firme é inflexible, valor á toda prueba, recordando en sus empresas á los antiguos paladines de la Mesa redonda; ingenio pronto y fácil en expedientes; profunda sagacidad para entender lo que delante se le presentaba y sacar partido de las menores circunstancias; sereno en los reveses, tranquilo en la desgracia; poseía el arte de seducir y de mandar: ninguno como él tenía dotes para ser capitán de aquel ejército compuesto de algunos hidalgos de reconocidas prendas, *más de una multitud de gente muy animosa, es verdad, pero ignorante, codiciosa, acostumbrada en las islas á la expoliación, indisciplinada y licenciosa.*»

Y no se detuvo ahí, sino que desentrañando lo cierto, como verdadero historiador filósofo, explica las causas ú origen así de los vicios como de las virtudes de los conquistadores. «El soldado tuvo que afectar—habla Orozco y Berra, en la página 84—el porte del misionero; mezcla que resultó extravagante»

te, siendo imposible hermanar la rapiña y la matanza con las santas doctrinas del Evangelio. Predicar un Dios santo con la palabra y dar el ejemplo de malas pasiones. Incendiar y destruir el teocalli; derrocar y quebrar los ídolos; pero guardar cuidadosamente el oro consagrado al culto odioso. Era horror, estaba prohibido por leyes divinas y humanas el acceso á la mujer infiel; desaparecía el crimen haciéndola bautizar sin convertirla, y el escrúpulo de conciencia se borraba ante la profanación del Sacramento.»

«Para honra de la humanidad y alivio de los indios (página 93), no todos pensaban de igual modo; sobre el trono había existido la excelente Reina Doña Isabel, cuyo bondadoso influjo se prolongó aun después de su muerte; las doctrinas humanitarias tenían un acérrimo defensor en el docto y vehemente Fray Bartolomé de Las Casas, no faltando religiosos que siguieran animosos la defensa de los calumniados.»

Las ideas dominantes en aquella época en punto á religión y á la licitud de los actos cometidos para combatir y sujetar á los idólatras á dura esclavitud, son aducidos por Orozco y Berra, quien no calla los excesos que de allí brotaron, y que le hacen decir con la serena majestad del filósofo: «De esto que corresponde (pág. 94) á la parte brutal de los hombres, nacieron también muchos crímenes; pero de ellos es responsable la guerra: la guerra, ese derecho injusto que las naciones fuertes *de todas las edades* se han reservado para aplicarla según su antojo á naciones débiles; la guerra, aberración de la humanidad, que los mismos males derrama por causa santa y buena, que por aborrecible é inmotivada. Sobraba con esto para hacer cruel y expoliatoria la conquista; que todas las conquistas son crueles y expoliatorias. Deben aún ponerse á cuenta las malas pasiones individuales que tanto recrecen los padecimientos de los vencidos; de ellos son exclusivamente reos los hombres perversos de dañado corazón, que las ejecutan por instintos bárbaros, saliendo de los lindes marcados por la conciencia y el deber.» Y termina el capítulo IV con estas inspi-



radas líneas: «De las dos civilizaciones que se ponían en presencia, la menos adelantada debía sucumbir: es la ley providencial. Por una circunstancia excepcional, el principio religioso que los aztecas profesaban los empujaba á los pies del invasor. La creencia de Quetzalcoatl, venida por Oriente, salía al encuentro de los blancos de Oriente, entregando ya sometidos á los sectarios de la antigua fe. Ningún remedio había. Las naciones de Anáhuac debieron entonar las lamentaciones de su canto fúnebre, resignados á sufrir la sentencia de Breno; ¡Ay del vencido!»

Escribo una disertación, y debo ceñirme á lo substancial y pertinente nada más, porque de no proceder así, me extendería mucho y multiplicaría, hasta parecer cansado, citas que no caben sino en una obra extensa. No trato de oponer á un libro otro libro, y bastarán, por lo tanto, los pasajes arriba citados para dar idea del concepto de Orozco y Berra sobre el carácter de la conquista española en América.

Veamos ahora cómo por muy distintos senderos de los que nos marca el Sr. García, nos conduce Orozco y Berra al conocimiento de la manera con que fue llevada á cabo la empresa de Cortés.

Que Orozco y Berra no siguió las huellas de los historiadores que le habían precedido y con los cuales se le quiere hoy confundir sin el menor asomo de justificación, sino que estimó y respetó la opinión de los autores indígenas, quedará comprobado por el siguiente pasaje que tomo de las páginas 125 y 126 del volumen IV de su «Historia».

«Los escritores de la conquista de Méjico—dice—han olvidado por completo ó parado muy poco las mientes en las relaciones de los naturales, dando absoluta preferencia á los hechos y dichos de los blancos; contentáronse con ellos para tejer su narración, dejando relegadas al olvido, cual cosas despreciables, las tradiciones conservadas por los indios. Estos, en su propia y antigua escritura, mantuvieron los recuerdos de la destrucción del Imperio; después de que aprendieron á

escribir con el abecedario fonético, redactaron en su habla copiosas relaciones, no escasas de mérito algunas, supuesto que de las que tenía en su poder Torquemada, dice: «y tengo tanta envidia al lenguaje y estilo con que están escritas, que me holgaré saberlas traducir en castellano con la elegancia y gracia que en su lengua mejicana se dicen: y por ser historia pura y verdadera, la sigo en todo; y si á los que la leyeren parecieren novedades, digo que no lo son, sino la pura verdad sucedida; pero que no se ha escrito hasta ahora, porque los pocos que han escrito los sucesos de las Indias no los supieron, ni hubo quien se los dijese.» «Recogieron la tradición méjica —prosigue Orozco y Berra— el P. Sahagún, de quien tomó el P. Torquemada, y andando el tiempo, Ixtilxochitl y Tezozomoc; quedaron, además, pinturas y relaciones disfrutadas por aquellos escritores, algunas de las cuales han podido llegar hasta nosotros. Las auténticas merecen tanta fe, son de tan indisputable autoridad, como los escritores europeos: si presentan diferencias y contradicciones, esas diferencias y contradicciones son del género de las observadas en las historias impresas de origen español.»

Depurando, pues, la verdad con escrupulosa conciencia, va narrando los hechos de los conquistadores, flagelándolos si cometen excesos y felonías, execrando lo que es digno de execración, admirando lo que admiración amerita, y nótelo bien el Sr. García, citando de continuo al P. Las Casas, *de santa memoria*, como dice en la pág. 253, *y heroico y filantrópico defensor de los indios*. Cuando refiere la primera caída de Tenoxtitlán en poder de los españoles, no atribuye á éstos la gloria del vencimiento, enumera las causas del suceso, y termina así: «No puede caber la menor duda, atestiguándolo los mismos conquistadores: el sentimiento religioso, la creencia en las predicciones de Quetzalcoalt, la más estúpida de las supersticiones, arrojó al imbécil monarca (Moctezuma) á los pies del invasor, y pusieron al Imperio, sin combatir, bajo el yugo castellano» (pág. 275).

Ninguno de los hechos punibles que el Sr. García se goza en recordar con el fin preconcebido de que se perpetúe por los siglos de los siglos el odio á la conquista española, pasó inadvertido por Orozco y Berra, ni lo encubrió, ni mucho menos lo defendió. De la matanza de Cholollan (Cholula hoy), dice después de estudiar todos sus antecedentes, que fue *inhumanidad y no valentía* (pág. 253); y de la hecatombe del templo mayor de Tenochtitlán, se expresa así en la página 417: «La bárbara matanza del templo mayor debe cargarse á la cuenta personal de Pedro de Alvarado, *del capitán más rapaz y desapiadado que vino á la conquista*. Bajo cualquier aspecto que se mire aquella acción, *fue un horrible atentado*. Si se supone por móvil la codicia, *es un acto de escandaloso bandolerismo*. Admitiendo el deseo de aterrar á los indios para prevenir una insurrección, *es un asesinato premeditado, alevoso y con ventaja*. Ante esta matanza queda pálida la de Cholollan. Fue un desafuero que puso el colmo al sufrimiento de los pacientes indios; *inmotivado, injusto, impolítico, calculado y dirigido por un instinto sanguinario*; dió principio á esa larga serie de calamidades inútiles que tan crudamente cargaron sobre vencedores y vencidos.»

Antes, al referir la prisión de Moctezuma, dejó consignados estos conceptos en la pág. 316: «Motecutzoma había dejado de ser rey; salía de su palacio para no tornar. El orgulloso, el déspota, el semidiós, se había transformado en cautivo de los barbudos teules. De la encumbrada altura que ocupaba, había descendido á arrastrarse por el cieno, de cobarde apego á una vida que ya tenía perdida al entregarse á los blancos. Ningún rey, de los victoriosos de Méjico, se habría dejado aprisionar impunemente en su palacio, y en idénticas circunstancias preferiría salir despedazado á dejarse llevar por sus enemigos. Motecutzoma *es una figura innoble*. Repetidas veces, por medio de los embajadores, prometiéndoles Cortés pagarle sus favores «con buenas obras», y con creces le cumplió su palabra. Si como hombre y caballero hubiera faltado en sus

tratos con un europeo, *D. Hernando se hubiera avergonzado de sí propio*; pero se trataba de un idólatra, de un bárbaro, de un indio, y tanta *superchería* la aceptaba como agudezas del ingenio. *La prisión de Motecutzoma, como rasgo de audacia, asombra; como hecho pérfido, irrita.*»

Cuando Orozco y Berra da cuenta de la muerte del monarca destronado, termina diciendo: «Al ver su trágico y lastimero fin, el corazón se siente conmovido, sin que la compasión deje lugar á la ira que despierta su fatal conducta. Le flagela el azote de la historia: la tierra le sea leve.»

Las frases deprimentes, despectivas, que á Orozco y Berra arranca la conducta del que debió ser el más ardido paladín de su patria y de su raza, y en vez de esto fue el que hizo fácil la destrucción de una y otra, lejos de significar que nuestro historiador ha honrado y enaltecido á los conquistadores con mengua y desdoro de los indios, revela bien á las claras que se sublevaba cuanto en él había de patriota, al recordar al apocado Motecutzoma que fue indigno de ceñir la imperial diadema, toda vez que no supo conducir á su pueblo á la victoria.

Tanto es así, que en los capítulos destinados á los reinados de los emperadores héroes Cuitlahuac y Cuauhtemoc, elévase á las sublimes regiones de los inspirados, y, sin dejar de ser verídico y severo como Tácito, nos parece que resuena en sus páginas las inmortales estrofas de Homero y que las trae á nuestro oído en alas de su poderoso aliento moderno cantor á quien cupo la gloriosa herencia del caracol sagrado con que Cuauhtemoc convocaba á los que debían morir por su patria y por sus dioses.

No son estas frases vana palabrería enderezada á hacer la apología de Orozco y Berra. Citemos algunos pasajes suyos para demostrarlo.

He aquí cómo condensa la obra de Cuitlahuac (págs. 493 y 494): «Con desprecio de armas poderosas que causaban inmenso estrago, combatió, y combatió en primera fila hasta

arrojarlos (á los españoles) de Tenoxtitlán, desbaratándolos en los puentes; cautivó á los castellanos retraídos en el cuartel y lanzó la multitud de los escuadrones á los campos de Otompan, en donde, más por la fortuna que por la armas, fue vencido. Buscó sin fruto la alianza de sus enemigos y procuró estrechar los vínculos entre los elementos del imperio, cosa imposible ya desde los pusilánimes desaciertos de Motecutzoma. Peleó sin descanso, poniendo en movimiento las guarniciones, oponiéndolas por todas partes al paso de los invasores; casi siempre era derrotado, y sin embargo volvía á la carga: estas derrotas eran necesarias, pues el invasor no estaba solo, teniendo á su lado la muchedumbre de los traidores á la patria. *La fama no ha sabido tejer un cumplido elogio de este monarca azteca; proviene el olvido de haber pertenecido á los vencidos y de haberse atraído el odio de los vencedores. Un lisonjero (Solís) se atrevió á estampar estas palabras: «Vivió pocos días, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicación dejase poco menos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre.» No dictaron estas frases la justicia ni la buena fe; si los blancos le despreciaron como á bárbaro, su memoria durará mientras exista el recuerdo de la Noche Triste.»*

Llegamos ahora al reinado del *águila que descende*, del nunca bien loado Cuauhtemoc, que subió al trono en los días de mayor angustia para su patria.

Desmoronábase el imperio por la traición de sus hijos y la espada del conquistador (dice Orozco y Berra, pág. 496); subir entonces á rey, no era para gozar las lisonjas de palacio, sino para arrostrar los peligros del campamento; bajo el manto real se cobijaba la destrucción y la muerte. El joven patriota, amador del combate, aborrecedor de los conquistadores, sabía su destino al aceptar el mando. Fue el primero que se rebeló contra el embrutecido Moctezuma; el primero que alzó la voz y la mano para escarnecer y herir al mal ciudadano; identificó su suerte con la de la patria, resuelto á pelear hasta el último trance. La peste diezmaba la ciudad, arrancándole

sus mejores ornamentos; no importaba, los vivos sabrían seguir el ejemplo de los muertos.»

El gran historiador nos transporta á aquellos luctuosos días, y en más de cien páginas de admirable colorido nos hace ver, evocando recuerdos dolorosos, cómo el joven emperador prepara con esfuerzos sobrehumanos la defensa de la capital; nos hace conocer los prodigios de energía, de actividad, de sublime heroísmo, desplegados por el guerrero azteca, que por sus proezas, por sus personales prendas y por su muerte lastimosa, no tienen rival en las páginas de la historia mejicana. Le vemos defender palmo á palmo la ciudad; concentrarse en Tlaltelolco cuando se pierde la parte meridional, y hacer frente allí, por largo tiempo, á los rigores del hambre, á la peste, al número de sus enemigos y á la superioridad de la táctica europea, rechazando cuantas proposiciones de paz se le hicieron.

«La defensa de la ciudad por los tenohca—dice Orozco y Berra—es un hecho asombroso digno de ponerse en parangón con la de Jerusalén, con la de Sagunto y de Numancia, con la de Zaragoza. Los guerreros, casi desnudos, con armas débiles, entregados á sus propias fuerzas, combatían contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos del acero y del fuego, apoyados por un sinnúmero de aliados. Casi siempre derrotados, volvían á la pelea sin faltarles nunca el ánimo, aunque convencidos de que les esperaba una muerte segura que preferían á perder la libertad. Acabados los mantenimientos, comieron las sabandijas del agua, los insectos del suelo, las hierbas, las hojas y las cortezas de los árboles, escarbaron la tierra para sacar las raíces. Los insepultos cadáveres tomaban los fosos, obstruían las calles, llenaban las casas; la corrupción envenenó el aire y la peste pavorosa sobrevino. Arrasados los edificios hasta los cimientos, luchaban sobre los escombros, refugiándose después á lo que en pie quedaba: vendidos por sus amigos, abandonados por sus aliados, puestos sus traidores súbditos en abierta insurrección, hicieron frente á todos, y además

á los hombres blancos y barbudos, á los dioses á quien el antiguo profeta daba el dominio de la tierra. Combatieron, y combatieron sin tregua ni descanso; nadie habló de rendirse, no obstante haber sido solicitados frecuentemente con la paz: cayó la ciudad en poder del enemigo cuando no era más que ruinas: cuando los hombres estaban muy mermados y hambrientos, débiles, cansados y ni tenían armas, y quedábales sólo el macuahuitl, que con dificultad podían blandir, cuando el contagio hacía inútil todo esfuerzo, cuando estaban desamparados hasta de sus mentidos y cobardes dioses, pródigos en prometimientos, avaros á la hora de cumplirlos. Admira la defensa, asombra aquella tribu indómita, *INSPIRA RESPETO Y ENTUSIASMO LA NOBLE FIGURA DEL REY CUAUHTEMOC* (pág. 642).

Así es como Orozco y Berra se hizo merecedor al desdén de D. Jenaro García, que le incluye en el número de los historiadores que, según él, «han seguido haciendo de la Conquista, quizá inconscientemente, un cuadro engañoso en que las figuras de los aventureros españoles, aunque un tanto rebajadas, aparecen colosales todavía, tan altas, *que es preciso alzar los ojos (para verlas)*, mientras que las de nuestros indígenas, cuando no se manifiestan aniquiladas por la cólera del cielo, véanse tan pequeñas y mezquinas, que casi pasan inadvertidas.»

¿Pequeñas y mezquinas las figuras de Cuitlahuac y Cuauhtemoc en el cuadro de Orozco y Berra? ¿Inadvertidas? ¡Ah! no, y mil veces no; ya lo hemos demostrado.

La verdad en este caso, así lo pensamos y sentimos, es que no se han recogido por el Sr. García las opiniones del Sr. Orozco y Berra, porque, de hacerlo, quedaba destruída la afirmación de que ningún historiador había, antes que él, sabido rendir tributo á la verdad y á la justicia, ni reparar los ultrajes hechos á los indígenas de América. Reconocerlo, era lo mismo que confesar que la novísima historia no viene á llenar un vacío, y dar lugar á que se sospechara que á otros móviles obedece la pacientísima labor. Porque, entre nosotros los me-

jicanos, al menos, ninguno se atrevería á dudar que la modestia es una de las cualidades que más avaloran la personalidad del Sr. García, y de inmodestia se le acusaría si alguien dijera que escribió su obra porque se creía llamado á mejorar la de su ilustre predecesor.

Presa de una obsesión que corre parejas con la que ciega á los que predicán la llamada CRUZADA DE DESESPAÑOLIZACIÓN en las Repúblicas latinoamericanas, para acelerar el advenimiento de una era de asombroso progreso, debido á la raza anglo sajona, de cuya supremacía, para ellos incuestionable, hay que esperar todo bien; el Sr. García, otras veces sereno, imparcial, aprovechado discípulo de los apóstoles de la filosofía positiva, presa hoy, decimos, de esa obsesión, no logró franquear el hondo abismo que por simple diversidad de criterio existe entre Orozco y Berra y él, llegando á tal punto que, cosa bien ajena á sus rectos procederes, mutiló un pensamiento de su contrario para empequeñecerlo. Porque esa frase que echan en rostro á Orozco y Berra, tanto el Sr. García como su entusiasta panegirista el Sr. González Obregón, de que para contemplar la figura de Cortés *necesitaba alzar los ojos*, aislada como la presentan, parece, en efecto, inspirada por la admiración más adulatora; pero reconstruido el período en que fue colocada, copiado íntegramente ese período, nadie, á no ser un hispanóforo, dejará de conocer la verdad. Oigamos á Orozco y Berra (pág. 644):

«Vencidos y vencedores fueron grandes. La admiración, empero, no debe ofuscar la verdad. La Conquista de Méjico no es obra exclusiva de las armas españolas; débese en su mayor parte á las naciones indígenas. Sin éstas, los castellanos hubieran sucumbido, cual sucumbieron en la Noche Triste, cuando eran más pujantes: más tiempo, mayores elementos habrían sido indispensables. D. Hernando supo aprovecharse de las pasiones dominantes, darles dirección, emplearlas para su provecho; se sometió á los indios con los indios: al retirarse los victoriosos aliados de la arrasada Méjico, no se imagi-



naban que bajo los escombros dejaban sepultados su libertad, el nombre de su raza y la autonomía de su pueblo. *Figura colossal es la de D. Hernando que la parcialidad ha adulado, abultando sus virtudes y callando sus defectos: hombre era compuesto de bien y de mal. Poseía relevantes cualidades y muy graves defectos; publicándolo todo, la figura un tanto se rebaja; sin embargo, queda siempre la alta, que es preciso alzar los ojos para verle al rostro.»*

Este paraje de Orózco y Berra trae á mi memoria otro, de Alfonso de Lamartine, que ojalá hubiera á su vez recordado el Sr. García, al emprender la redacción de su obra, porque entonces no habría desbordado su inquina hasta cubrir con sus sedimentos á la diosa intangible de la Verdad y de la Justicia: á la Historia.

«El personaje cuya biografía nos proponemos referir es inglés—dice Lamartine al comenzar la de Nelson,—y alcanzó los triunfos más memorables de la época moderna, sobre las armas de la Francia y de sus aliados; pero no influirá esa circunstancia en nuestro ánimo para dejar de hacer estricta justicia en todo, á su heroísmo y á sus hechos tan grandes como famosos: que si el historiador tiene patriotismo, no así la historia, pues precisamente por serlo, debe ser equitativa en la retribución de mérito y gloria que los hombres célebres de todos los pueblos han logrado conquistar al través de los siglos. Y como no adopta causa, ni alcurnia, ni patria, sino heroísmo, ingenio y virtud; como se escribe para el mayor bien é ilustración de la humanidad entera, y estima por grandeza de la civilización cuanto es parte á elevar la especie humana donde quiera que sea, las rivalidades entre razas y pueblos desaparecen y se borran á su vista, desde la inconmensurable altura donde coloca su asiento y contempla los sucesos y los personajes.»

Antes de proseguir la análisis crítica de la obra del señor García, considerándola desde varios otros puntos de vista, debo refutar en este sitio la acusación gratuita que envuelve

la parte final del artículo dedicado por el Sr. González Obregón á encomiar la misma obra. Dice así:

«Estoy seguro, y el autor debe estarlo también, que su obra irritará pasiones conservadoras é irreflexivas. Que la turba común de lectores que han estudiado, si es que han estudiado, la historia de la América española en panegíricos como la obra de Solís, ó en poemas de prosa épica, como la de Prescott, pondrán el grito en el cielo, y que saldrán á relucir las enmohecidas armaduras y las embotadas lanzas con que siempre se ha defendido á la Conquista: la heroicidad de unos cuantos castellanos, la evangelización de los indios, la raza, la lengua, el común origen...»

No importa, la verdad ha quedado ya consignada, y por ello merece sincero aplauso el autor del *Carácter de la Conquista española en América y en Méjico*.

Por lo que á mí atañe, puedo afirmar al Sr. González Obregón, y quien lea estas observaciones mías podrá sentenciar con pleno conocimiento de causa, que ni pongo el grito en el cielo ni saco á relucir armas enmohecidas para defender la Conquista, pues no tengo pasiones conservadoras é irreflexivas, ni encontraría yo cuerdo desempeñar el papel de un abogado que desglosara de las *Causas célebres* un antiquísimo proceso fallado á su tiempo, y se empleara en formular una abrumadora sentencia ó una defensa por todo extremo hábil, pero estériles, inútiles en el actual momento. No; he creído que el libro del Sr. García debía ser rectificado por lo mismo que no es uno de tantos sin valor ni trascendencia, y he ensayado rectificar sus afirmaciones y decir que su manera de escribir historia no se ajusta al concepto filosófico que de ese arte tienen los que son maestros aceptados universalmente.

Rechazada esa imputación, reanudo la tarea. A juicio del Sr. García, el móvil primordial de la Conquista fué el de exterminar indígenas, por cuanto que eran idólatras, y por esa sola circunstancia no sólo quedaban justificados los más negros crímenes que en América se cometieron, sino que se con-

sumaba una empresa meritísima. Se necesita para afirmar eso tan rotundamente suponer destituídos á los lectores que habrá de tener el libro de los más elementales conocimientos históricos, ignaros en la acepción más lata del vocablo; porque á la altura en que se encuentra hoy la enseñanza de la historia, no es ya un misterio para nadie, que si bien entró por mucho en la Conquista la idea religiosa dominante á la sazón en España, no fue sino la codicia la eficaz instigadora de los aventureros que se lanzaron á arrostrar los mayores peligros por hallar en el Nuevo Mundo la fortuna que en su tierra nativa no les fue asequible. Cortés y sus compañeros no fueron reclutados y expensados por su soberano para que viniesen á extirpar la idolatría y exterminar á los indígenas idólatras; la Conquista no fue una causa nacional para los españoles, por más que compatriotas suyos fuesen los que habían abandonado sus hogares, desde que la noticia del descubrimiento de América por Colón despertó, ó mejor dicho, enardeció su genial codicia. Cortés no soñó jamás en reproducir las hazañas de Godofredo de Boullón, ni equiparar su empresa á la conquista de Granada. Entre sus numerosos ardides, la predicación del Evangelio fue uno de ellos. El verdadero apostolado no comenzó sino cuando vinieron, tres años después de vencidos los naturales, aquellos varones eminentísimos cuyos nombres pronuncian con veneración aún los jacobinos más empedernidos. Es más todavía: Colón mismo, á quien fanáticos admiradores han pretendido colocar en los altares, no embarcó en sus famosas carabelas, al lanzarse á mares desconocidos, un sólo capellán de tropa!

Es preciso no ver en los conquistadores sino agentes, instrumentos de que se valió el destino ó la Providencia para realizar una de las más grandes revoluciones de la historia; como es preciso no ver en la cruenta guerra que fue su obra, sino el inevitable y pavoroso choque entre dos civilizaciones. Podremos dolernos, pero no maravillarnos, de lo que ocurrió en ese duelo á muerte entre aztecas y españoles. ¿Cuáles fueron

sus consecuencias? No es tiempo aún de señalarlas, porque todavía no llegamos á examinar el libro tercero y último de la obra del Sr. García; el que destinó á la exposición su criterio sobre los resultados de la Conquista.

FRANCISCO SOSA.

*(Se continuará.)*



## EL DUCADO DE CÁNOVAS

---

Cuando leí en *La Epoca* del 16 de Enero último el notable artículo del Sr. Bethencourt acerca de la necesidad de reformar nuestra legislación sobre títulos nobiliarios, y en que de paso se ocupaba del Ducado de Cánovas, me decidí á escribir unas cuartillas sobre este último asunto, no como impugnación de lo que se decía en el expresado artículo, sino como censura del abuso cometido en el caso de dicho Ducado y otros, de utilizar en la denominación de ese género de mercedes el apellido de personas ó familias en quienes la sucesión no ha de recaer. Terminado el modesto trabajo á que me refiero, desistí de su publicación por estimar que no merecía semejante asunto, por su carácter en cierto modo privado, hacerlo objeto de discusión en la prensa; mas recientemente, ó sea en el último número de la interesante revista titulada *Gente Vieja*, «Sección bibliográfica», me encontré con otro razonadísimo artículo que atribuyo á su inteligente Director el Sr. D. Juan Valero de Tornos, y esto me hizo cambiar de parecer.

En efecto, después de elogiarse en el mismo con suma benevolencia, la obra que di á luz á fines del año pasado sobre el juicio que mereció mi hermano á sus contemporáneos, especie de recopilación íntegra ó en extracto de mucha parte de lo escrito y publicado por la prensa nacional y extranjera con

motivo de su muerte, se trata de un modo magistral—de lo que ofreceré alguna muestra después—la cuestión del Ducado de Cánovas; y aunque mi trabajo resulte muy inferior al mismo, no vacilo ya en publicarlo.

Helo aquí:

\*  
\* \*

En la *Gaceta* del 8 de Septiembre de 1897, ó sea al mes justo de la muerte en Santa Agueda del que llaman inolvidable D. Antonio Cánovas del Castillo, y ha sido, sin embargo, olvidado hasta por muchos de los que fueron sus amigos, lo que no ha sido obstáculo para que su nombre resuene á menudo, con elogio, en las Cortes y en la prensa (1), se publicó, con fecha 4, un Real decreto acordado en Consejo de Ministros, por el cual se concedía á su viuda D.<sup>a</sup> Joaquina de Osma y Zavala el título, con Grandeza de España, de *Duque de Cánovas del Castillo* para sí y sus sucesores, autorizándola para designar éste (textual) si lo estimase conveniente.

En la exposición de motivos de esta merced se decía lo siguiente:

«El asesinato perpetrado en la persona ilustre del Presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Cánovas del Castillo, ha sumido en el más profundo dolor á la nación española.»

«El Gobierno dejaría de ser en la ocasión presente el eco fiel del sentimiento nacional, si no propusiera á V. M. público

---

(1) Recordamos con este motivo un artículo de *La Epoca* publicado en Agosto de 1897 bajo el epigrafe *La última noche*, aludiendo á la en que estuvo en la *Huerta* el cadáver de Cánovas, en que decía: «¡A cuántos protegió! ¡Cuántos beneficios derramaron sus manos! ¡Cuántos quedan huérfanos!»

Entre unos y otros, aquellos que más le debían son los que peor se han portado con su memoria, no dando la menor muestra de agradecer el bien que les hizo. Así es el mundo, con pocas excepciones, desde lo más alto á lo más bajo.

testimonio de la gratitud de la patria que *honre la memoria del español esclarecido* arrebatado á la vida por defender con perseverancia enérgica los sagrados fundamentos del orden social.»

«Sin descendencia directa sobrevive al Sr. Cánovas del Castillo la que fue amante compañera de su vida (1). *Nadie como ella tan merecedora de perpetuar enaltecido el nombre glorioso del varón esforzado* que consagró durante una larga vida todos los esfuerzos de su elevada inteligencia al servicio de la patria y al sostenimiento de la Monarquía.»

«Fundado en estas consideraciones, el Ministro de Gracia y Justicia, de acuerdo con el Consejo de Ministros, tiene la honra de proponer á V. M. el siguiente proyecto de decreto:»

\*  
\* \*

De la exposición de motivos que antecede se deduce, sin género de duda, que, con el Ducado de que se trata, se quisieron recompensar en la viuda de Cánovas los grandes servicios del mismo—fundamento sin el cual no hubiera podido ser otorgado conforme á lo dispuesto en el art. 1.º del Real Decreto de 11 de Junio de 1883 (2)—enalteciendo en dicha señora y su familia, aunque esto último sea inconcebible, pues no otra cosa significan ó pueden significar en relación con

---

(1) Sólo de parte. En primeras nupcias estuvo casado con la señora D.<sup>a</sup> Concepción Espinosa y Rodrigo de Villamayor, hija del Barón del Solar de Espinosa y nieta del Teniente General del mismo título, Ministro que fue de la Guerra. Después pasó muchos años viudo.

(2) «La concesión de Grandezas de España y de Títulos del Reino se hará por relevantes méritos y servicios no premiados antes y con arreglo á lo dispuesto en el núm. 5.º, art. 45 de la Ley de 17 de Agosto de 1860 sobre organización y atribuciones del Consejo de Estado.»

Según el texto de dicho artículo y número, el Consejo de Estado será oído necesariamente en pleno, sobre las mercedes de Grandezas y Títulos, á no estar acordadas en Consejo de Ministros, como sucedió en este caso.

el título las palabras *para sí y sus sucesores*, el nombre glorioso de aquél, según el preámbulo del Decreto, «que había sido arrebatado á la vida por defender los sagrados fundamentos del orden social».

Nadie se explicó entonces, ni ha podido explicarse después, esa manera de perpetuar en una familia extraña, aunque distinguida, el apellido de Cánovas del Castillo, máxime sobreviviendo al mismo un hermano y doce sobrinos carnales, pues aunque, como dice el articulista de *Gente Vieja*, «honrarse debía, ante todo, en la altísima personalidad de D.<sup>a</sup> Joaquina de Osma, digna esposa de D. Antonio Cánovas del Castillo, la memoria de éste, no ofreciendo duda que la primer Duquesa debió ser ella; como no se trataba de perpetuar la memoria ni el apellido de la misma, sino el de su marido, al desaparecer ella sin descendientes directos, á los representantes del apellido que se quería perpetuar debía llevarse el timbre hidalgo creado para perpetuarlo, que ha sido siempre el criterio que ha presidido á la concesión de dignidades nobiliarias, y que es lo que dictan la lógica y la razón».

Se concebiría, no obstante, y hasta sería indiscutible, añadiríamos por nuestra parte, el honor dispensado á D.<sup>a</sup> Joaquina de Osma si el Ducado se le hubiera concedido con otra denominación, ó ya que lo fuese con la del apellido de su difunto esposo, con carácter vitalicio ó mediante la obligación que se deduce del razonado artículo á que nos referimos, de transmitirlo á la familia del hombre público cuyos hechos habían servido de fundamento á la gracia otorgada, con facultad de designar dentro de ella el sucesor; «pero tratar de que se perpetúe un nombre glorioso, como dice el ilustrado articulista de *Gente Vieja*, tan glorioso que al título nobiliario se le dá el nombre mismo del causante, y *à priori* desviar aquel alto honor llevándolo á ajena familia (que por su gran altura tampoco lo necesitaba) existiendo sucesores directos del ilustre prócer que se quiso honrar, es una *cogida* cancelleresca que sólo puede ocurrir en estos tiempos de ligereza y de ignorancia».



El resultado ha correspondido, como era de esperar, á esa falta de lógica, viéndose favorecida, como queda dicho, una familia extraña, que ningún derecho tenía á personificar los merecimientos de D. Antonio Cánovas del Castillo, y lastimados, sin razón ni justicia, los inmediatos parientes del mismo, de quienes hubo de prescindirse en absoluto, á pesar de utilizarse su apellido, sin tener en cuenta para nada que en el único acto propio y espontáneo de la voluntad del mismo, conocido por alguno de los que fueron Ministros con él, ó sea en el testamento que otorgó el Sr. Cánovas á raíz de su matrimonio con D.<sup>a</sup> Joaquina de Osma y Zavala, instituyó por herederos universales y únicos á sus sobrinos carnales, hijos de sus tres hermanos, el autor de estas observaciones, que inmediatamente le seguía, el Conde del Castillo de Cuba y el General de división D. Máximo Cánovas, sin hacer, nótese esto bien, la menor manda ó legado en favor de otras personas.

\*  
\* \*

Aun siendo tan evidente en la concesión de que se trata, la preterición de la familia Cánovas, no es lo que más ha molestado á ésta que el Ducado, á que no aspiraba, haya venido á recaer, por la forma de su concesión, en persona, aunque digna, como queda dicho, no ligada por vínculo alguno de sangre con aquel por quien se otorgó la merced, sino la denominación dada al título, utilizando el apellido Cánovas sin autorización del único que á la sazón podía darla, ó sea del que esto escribe, ya que en el orden del dominio y de la posesión no hay por su naturaleza nada de carácter más patrimonial que el nombre con que se distingue, según el diccionario de la Academia Española, á los que forman la familia, cuyos derechos consagran los arts. 114 y 127 del Código civil. Y no sirve decir, como nuestro amigo el distinguido escritor Sr. Bethancourt, en el artículo ya citado que publicó en *La Epoca*, por vía de justificación de la forma en que se

concedió el Ducado que nos ocupa, que este caso no es el único en que se haya dado á una dama un título del Reino, con el apellido de su esposo, estando nuestra sociedad llena de casos semejantes; pues los malos precedentes, y en España abundan, por desgracia en casi todo, no pueden invocarse en pugna con el derecho de las familias. En efecto; sin poner en duda en la potestad de gracia á que se refiere el pár. 3.º, art. 54 de la Constitución, la facultad de conceder títulos y grandezas con el nombre de hechos gloriosos, de ciudades, villas y pueblos, no cabe admitir que alcance ó se extienda á los apellidos fuera del caso en que recaigan ó hayan de recaer, como se ha expresado, en las familias á que los mismos pertenezcan.

Tan obvio é indiscutible es esto, á nuestro juicio, que si los sobrinos de D. Antonio Cánovas del Castillo, llamados Cánovas y Vallejo, Cánovas y Tejada y Cánovas y Varona necesitaron para usar el apellido de su tío, y del autor de estas observaciones, de autorización Real, tras una no corta información en el Juzgado municipal correspondiente, según lo dispuesto en el capítulo IX del Reglamento del Registro civil de 19 de Diciembre de 1870, con mayor razón debían exigirse análogas formalidades para utilizar el nombre ó apellido de una persona ó familia, en casos como el de que se trata.

Fundado en lo expuesto, que podrá ser, no lo dudamos, como todo discutible, pero que tiene á su favor la razón, el buen sentido, el derecho, y casi pudiéramos añadir el voto unánime de la opinión, no bien el autor de estas líneas tuvo noticia de que se había solicitado la sucesión en el Ducado de Cánovas, sin censurar semejante pretensión, ni mucho menos oponerse á ella, dados los términos de la concesión, presentó una sencilla instancia en el Ministerio de Gracia y Justicia, pidiendo que, de accederse á lo solicitado, ó de mandarse expedir la carta de sucesión en el referido Ducado, lo fuese con denominación distinta á la de Cánovas, forma razonable de reconocer un derecho, sin herir ó lastimar otro no menos atendible; pero la desgracia que acompaña á ciertos asuntos desde su origen, por

no atribuirlo á la ingerencia de extrañas influencias ó á la falta de estudio con que suelen resolverse, cuando salen algo, como en este caso, de la esfera de lo común ú ordinario, fueron contrarias á la sencilla pretensión del autor de estas líneas, único que, por su propio derecho, se llamaba Cánovas del Castillo; mandándose expedir la Real carta de sucesión en el Ducado de que se trata, á favor de la persona que la había solicitado, sin anunciar la vacante, según lo mandado, y en este caso no cumplido, en el Reglamento de 17 de Abril de 1890 sobre procedimiento administrativo en el Ministerio de Gracia y Justicia (1).

No huelga decir que tampoco fue notificada esa resolución al autor del escrito con manifiesta infracción de lo dispuesto en el art. 56 del citado Reglamento (2), acaso por creer que bastaba al interesado la noticia de los periódicos; mas pasando esto por alto, porque no hemos de detenernos en pequeñeces, lo peor es que no se diese satisfacción, como se podía, al derecho hollado, cambiando la denominación del Ducado; pues si el Real decreto de 14 de Noviembre de 1885, refrendado, como Ministro de Gracia y Justicia, por D. Francisco Silvela, prohibió otorgar grandezas y títulos nuevos con la denominación

---

(1) Art. 136. Al ocurrir la vacante de un título nobiliario, se anunciará de oficio por seis meses en la *Gaceta de Madrid* y *Boletín Oficial* de la provincia del domicilio del último poseedor, dentro de cuyo plazo habrá de solicitarlo el inmediato sucesor; si éste no se presentara, caducará su derecho y se publicará por otros seis meses, citando al segundo, etc., etc.

(2) Como así lo dispone el art. 56: «Las providencias y demás actuaciones gubernativas de sustanciación ó trámite no serán notificadas á los interesados.»

«Las que resuelvan la pretensión dictada en primera ó segunda instancia serán notificadas á aquellos ó sus representantes, dándoles copia literal de la providencia, y haciendo constar, á continuación, el recurso de alzada que en su caso puedan utilizar, término concedido para interponerlo, autoridad ante quien han de presentarlo y dependencia por la que haya de tramitarse la apelación.»

de los caducados ó extinguidos, disponiendo que si se concediesen podría en cualquier tiempo ser anulada y revocada la concesión, *cambiándose la denominación del otorgado por otra diferente*, con mayor razón procedía esto último en un caso como el de que se trata, en que la merced no podía recaer en personas del apellido utilizado para la denominación del título. Pudiera el que suscribe, fundado en ese criterio legal, haber insistido en su reclamación, ó dado á ésta otros giros, utilizando los medios de que dispone; pero ha preferido guardar silencio y trazar estas breves líneas, haciéndose solidario de la opinión sustentada por el Sr. Bethencourt en su citado artículo, que reproduce en otro reciente y eruditísimo publicado también en *La Época*, acerca de la necesidad de reformar la legislación sobre títulos nobiliarios. Si esa obra se acomete, aunque parezca á algunos de interés secundario en relación con los problemas de carácter social planteados ó próximos á plantearse, no se olvide que, ante todo, debe prohibirse de un modo absoluto y terminante la concesión de tales mercedes con el nombre de personas ó familias en quienes de presente ó en lo futuro no hayan de recaer, disponiéndose al mismo tiempo que cuando dichas dignidades se otorguen, no por méritos de aquellos á quienes se confieran, según lo mandado en el Real decreto de 11 de Junio de 1883, sino por los de otras personas, faltas de sucesión directa, ó se concedan con carácter vitalicio, ó se llame á la herencia á los parientes de ellas por el orden establecido en las leyes. Claro es que de acometerse esa reforma, podrían tenerse en cuenta á la vez las atinadas observaciones del Sr. D. Cristobal Botella acerca del uso por los esposos de las señoras tituladas, de las distinciones honoríficas correspondientes á las mismas y las que aduce en su brillante contestación el Sr. Bethencourt, pues, á decir verdad, semejante práctica, según mis noticias, casi sólo está ya en uso en España.

E. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

# CUÁNDO Y QUIÉN FUE EL FUNDADOR

## DEL PERIODISMO EN ESPAÑA

---

ANDRÉS ALMANSA DE MENDOZA

No cabe duda de que en España la fatal manía de no estudiar nada de prima fuente en nuestros archivos y de no admitir para parto del pensamiento otras nociones que las que nos vienen de fuera, hace que se desconozca el papel verdadero que en todas las esferas de la vida hemos representado ante la historia. Risa merece cuando en libros y enciclopedias que se escriben donde se pretende poseer la eterna tutela de la educación intelectual de los pueblos llamados latinos, donde existe un acto admirable para asimilarse las ideas que se hurtan á todas las literaturas para darlas por originales y propias y donde siempre hay un nombre, de ordinario supuesto, para colocarlo al frente de toda nueva labor ó de todo progreso humano, se nos habla, y esto se traduce en los libros y en las enciclopedias de España, de la invención del periodismo, como de una idea primaria parecida á la de Colón para descubrir la América, la de Guttenberg para descubrir la imprenta y la de Fulton para descubrir las aplicaciones dinámicas del vapor. ¡La invención del periodismo! ¡La leyenda de Theofrasto Renaudot! Esta es una de esas ridiculeces tan enteramente francesa, como la del famoso y fabuloso navegante de Dieppe, su-

puesto antecesor y revelador de la primera navegación al Nuevo Mundo, ante quien, como se puede ver en la *Enciclopedia española-americana* de Simón y Montaner, Colón con sus marineros españoles no son más que unos falsarios, y el primero casi un ladrón de ideas ajenas.

La historia, así en su conjunto como en sus detalles, es una suma de hechos racionales y de hechos materiales, sin cuya estrecha resultante no pueden referirse sino fábulas y leyendas. Prescindamos de que, sin la invención de la imprenta, no hay posibilidad siquiera de la invención del periodismo. Pero si se han de unir estas dos ideas en una suprema síntesis, es necesario indagar á la vez la conjunción de hechos que determinan las necesidades imperiosas de donde había de surgir el descubrimiento de un medio generalizador que creara un nuevo orden de comunicaciones continuas, ó casi continuas, entre los pueblos de un mismo origen ó entre sí relacionados por grandes vínculos de intereses. Si los italianos nos hablan de que antes de Guttenberg sus mercaderes de Génova y Venecia, en sus expediciones mediterráneas hasta el extremo Oriente, se comunicaron avisos manuscritos con las noticias de los sucesos políticos y sociales, cuyos efectos generales podían influir en los precios de los cambios y de las mercancías según las seguridades con que podían verificarse las operaciones del tráfico, el hecho es tan racional que lleva en sí mismo las seguridades de su verosimilitud; los holandeses tienen entre sí esta misma tradición. Pero ante hecho material que queda admitido, aunque no textificado, por las condiciones de su probabilidad, nosotros los españoles, pensando en español y con la misma lógica, podemos atribuir la coexistencia de este mismo medio político de comunicación entre nuestros comerciantes marítimos de Cataluña, cuyas naves, cargadas de los opulentos productos de su industria, frecuentaron las más lejanas riberas de toda la costa de Levante á par de las genovesas y venecianas en el Mediterráneo y las neerlandesas en el mar del Norte. Mas ¿pueden considerarse estos avisos, que debie-

ron tener un carácter privado, aunque sus efectos se reflejaran en sus Lonjas de Comercio, como los gérmenes espermáticos del periodismo? Admitámoslos sin debate. No obstante, el periodismo no arguye sólo comunicación, sino generalización dentro de los límites del tiempo, y para esta generalización era indispensable como elemento sustantivo la imprenta. De modo que hasta que ésta apareció no pudo haber gérmenes de periodismo.

La relación de los sucesos y su generalización por medio de la publicidad, tampoco se limita á la satisfacción de la curiosidad ó del conocimiento sin objeto, sino á la ilustración del público interés: por manera que no es racional que fuera susceptible de despertarse este elemento continuo de comunicación, donde este interés supremo no existiera ó no lo promoviese. Así, para que el periodismo se produjera como obra eficaz del interés humano, fue preciso que con la invención de la imprenta coincidiese el establecimiento y la determinación de las modernas nacionalidades de Europa, las conquistas de la Geografía en África por los portugueses y en América por los españoles, las luchas del equilibrio y los primeros asomos del derecho de gentes, que no surge, como quieren Wheaton y otros tratadistas, de la paz de Westphalia y el principio de la preponderancia francesa en el continente, sino de las guerras de los Reyes de la casa de Aragón en Italia contra las dilataciones del poder de los de Francia, de la aproximación de los pueblos más distantes bajo soberanías comunes como el de España, que con la posesión de Nápoles y Sicilia y la administración de los feudos patrimoniales de Holanda y Flandes quedó sometida con toda Alemania á un mismo imperio, y, por último, del mantenimiento de grandes y lejanas colonias y de grandes y movibles ejércitos extraterritoriales, como la encarnación de la Soberanía Imperial en el Monarca de España y el establecimiento de grandes Imperios cristianos en el Nuevo Mundo, lo que hizo sentir la necesidad irresistible de estas comunicaciones periódicas y frecuentes entre

los diversos súbditos de nuestra Corona que guarnecían todas las fronteras de África, desde el Estrecho de Hércules hasta los linderos de Egipto, dominaban enteramente las dos penínsulas más importantes del Mediterráneo, abrían los ignotos caminos del Océano para civilizar un mundo nuevo, salvaje y virgen, descubrían el mar del Sur y el paso estrecho y tormentoso que con él se comunica, y, surcando la solitaria extensión de sus aguas agitadas, remontaban hasta los últimos términos del mar de la China y se engolfaban en los dispersos archipiélagos del mar boreal. ¿Qué nación de Europa podía sentir la urgente necesidad de un instrumento generalizador de comunicación universal y frecuente con que sostener la armonía de los sucesos humanos, como la España del siglo XVI, que los agitó y los dirigió todos, teniendo para ello diseminados tantos millones de sus hijos, miembros desgarrados del tronco de otras tantas familias españolas, por la extraordinaria extensión de territorios en todos los términos del planeta donde dominaba nuestro cetro, combatía nuestra espada y llevaba en sus alas nuestro pensamiento el impulso vital de todo el movimiento de la civilización?

Si el periodismo se incubó en manifestaciones parciales y progresivas de los elementos que hoy lo constituyen en la varia y suprema plenitud de sus facultades, fuerza es confesar que ninguna nación, como España, pudo ser y fue, en efecto, la primera impulsora de aquel instrumento que se dibujaba en el horizonte de su cuna, lleno de la vitalidad que posterior y consecutivamente fue adquiriendo y que adquiere cada día sin límites ni descanso.

No es este lugar oportuno para entrar en estos aledaños de la erudición, y por eso no hay necesidad aquí de demostrar los documentos de comprobación que se pudiera. Son tantos los que poseemos, que con ellos, si tal fuese el objeto de este estudio, se podría ir detallando y marcando las sucesivas evoluciones con que, de mera relación, carta ó extracto de algún caso público particular, siquiera estos casos fueran las con-



quistas de Málaga y de Granada, los asaltos de Orán y de Trípoli, las victorias de Colón sobre el Océano desconocido ó las de Hernán Cortés sobre el imperio de los Motezumas, las entrevistas de Fernando el Católico de Aragón con Luis XII de Francia en Saona y la proclamación de Carlos V en Sevilla, la prisión de Francisco I en Pavía y el asalto y saqueo de Roma por los imperiales del Duque de Borbón, la derrota definitiva de la media-luna otomana en Lepanto y la victoria sobre los ingleses y el Atlántico en las Azores, el periodismo español en su cuna, sin que ninguno otro se le antepusiese, generalizó en los dominios de la publicidad tales acontecimientos, á la vez que en instrumentos análogos dirigidos á la conciencia de la opinión, ya de España, ya del mundo, fue por escalones abarcando los primeros términos de la legislatura y de la administración de los Estados, describiendo las campañas alternativas de la espada y del derecho, y consignando las conquistas de la civilización hasta en las costumbres de los pueblos, con sus reseñas ostentosas de espectáculos y fiestas, con sus certámenes de la inteligencia, con sus efemérides de los fenómenos naturales y con la exposición de todo dogma religioso, filosófico ó político, hasta que logró sistematizar todos estos elementos para reducirlos, dentro de su fondo y de su forma, á la actual armonía y universalidad del conjunto. Pero entiéndase bien, para los que tenemos el deber imperioso de investigar, de estudiar, de pensar y discernir en español, que, á pesar de las contradictorias vicisitudes del tiempo, en la vanguardia de toda esta conquista hay que colocar gloriosamente el combatido y olvidado nombre de España; porque el periodismo nació cuando España lo era todo en medio del mundo posternado, cuando España no era solo la espada que dominaba pueblos vencidos, sino que España, con su altivo pensamiento, era la suprema generatriz y la suprema directora de la humana civilización.

Si se quieren olvidar en el terreno de los hechos materiales nuestras conquistas territoriales en alas de la suma cien-

cia, podemos trasladarnos á Trento. Trento fue la expresión suprema del saber del siglo que fue nuestro: y lo que la España científica de Carlos V y de Felipe II pensaba en Trento, se formuló en dogmas de fe y de disciplina que aún subsisten, por encima de las conquistas posteriores de la civilización y de las transformaciones políticas de los pueblos. Es verdad que de allí brotó la controversia, y que lo que la razón rebelde envenenó, tuvo la espada que debatirlo durante más de dos siglos. En aquella lucha tan porfiada en que empezamos mereciendo los honores del triunfo, tuvimos al cabo que sucumbir extenuados, aunque sobre la arena del combate. ¿Pero esto, acaso, puede negarlo la Historia? Aquellas fueron luchas de la civilización y aquellos dos siglos nos pertenecen en los dominios de la inteligencia. Aquellos dos siglos son nuestros, enteramente españoles, enteramente nuestros en todos los ámbitos del mundo, y nosotros, pensando como españoles, no debemos permitir se nos merme la menor parte de aquella gloria. En aquellos dos siglos se verifica toda la laboriosa y lenta gestación del periodismo.

Por desgracia, cuando el periodismo aspiró á métodos de publicación y á formas definitivas, el pensamiento español había entrado en el rudo período de la conservación por la resistencia. Ya no éramos invasores, ya no éramos conquistadores, ya no éramos anexionistas, ya ni la espada ni el pensamiento español movían el eje del universo. Había muerto Felipe II, que lo sustentó inviolable hasta el último suspiro de su vida, tan calumniada. El débil reinado de Felipe III no sólo nos había enervado en las viles disipaciones de la opulencia y el ocio, sino que había convertido las virtudes históricas en egoísmo y la imposición del mérito en favor, y se inició nuestra acelerada decadencia. Todo este movimiento de enervación que sufrió el espíritu nacional, la historia lo condensa en un nombre. El Rey había descargado el peso de la autoridad que le incumbía, y al declinar los atributos soberanos del gobierno supremo en un valido, éste, la mayor sin

duda de las torpes y decoradas medianías del favor y la fortuna, encarnó en su nombre y en su ministerio toda la responsabilidad histórica de aquel lamentable cambio que experimentaron bajo su poder los destinos nacionales. La ambición del poder siempre ha producido más Augústulos que Augustos, y han sido poquísimos los hombres que han temblado y aun retrocedido ante las tremendas responsabilidades que su aceptación impone. Las improvisaciones y los acasos de la suerte nunca tiemblan y á todo se atreven, y el Duque de Lerma fue una de estas improvisaciones y uno de estos aciagos acasos. Ni el Rey, que delegaba en él su poder, ni él, que lo tomaba fatuamente, procedieron en su conducta consultando el interés público, sino su propia conveniencia, y el omnipotente Ministro, apoderado de la confianza del Monarca, fue uno, y tal vez el modelo, de aquellos caracteres á quienes la arbitrariedad de sus facultades llega á envilecer. Él dispuso del patrimonio de la Monarquía como de su propio patrimonio, y en la distribución de los cargos de república sólo trató del beneficio de los que constituyó en familia y en pandilla. Al hacer la selección de los hombres, no decía: *Este es apto para servir á la patria*; sino *éste puede servirme á mí*. Juzgaba de las aptitudes por la sumisión con que se le adulaba y convirtió el mérito en servidumbre.—*Yo no busco, decía, quienes compartan el poder conmigo, sino quienes me rindan una servil obediencia*. E imponía la disciplina á su autoridad, hasta cuando pagaba con los premios del Estado las deudas de sus servicios comunes y particulares. Así fue que, sin que en los veinte largos años de su ministerio se perdiese un solo palmo de los vastos territorios que formaban el grandioso edificio de nuestro imperio, antes bien, habiéndole añadido algunos descubrimientos y conquistas en el Nuevo Mundo, en los archipiélagos filipinos y en las colonias asiáticas de Portugal, la situación de la Monarquía era tal, que visiblemente por todas partes se la veía desmoronarse. No estrechó entre la metrópoli y las diversas partes de que se componía tan dilatado

imperio, á pesar de la paz que disfrutó con las treguas que Felipe II dejó concertadas con Holanda, más vínculos que los del sable y la toga, y en vez de haber creado el nudo íntimo de los intereses recíprocos que afirman todo dominio en los brazos de la prosperidad, sólo agobió las provincias próximas y las provincias lejanas con la explotación humillante del tributo y la gravitación humillante de la espada, mientras que en la Península, casi despoblada á fuerza de distribuir millones de sus hijos, en tantos dominios lucrativos, la vida se redujo á subsistir de las mercedes que de todas partes venían en corrientes de metales preciosos arrancados por la rapacidad y el despotismo. La población se consumía; la agricultura había sido casi abandonada; se habían perdido los últimos restos de toda industria generosa, y la misma paz en que se vegetaba cerraba los portillos de aquella industria militar, en que había caído la antigua formación de nuestros ejércitos, atentos todos al lucro, al premio, al crecimiento del rango y de la posición personal, más que á los deberes del honor y de la disciplina. Aquel estado social, sólo fustigado por algunas sátiras clandestinas y algunas quejas anónimas, exigía una urgente reacción, que, más que por la caída del inhábil Ministro, se produjo por la muerte temprana del Rey. En efecto, un nuevo reinado impuso una situación nueva, y entonces el patriotismo dióse á meditar aquellos caminos de regeneración que en sus propias fuerzas puede abrir siempre á vastos horizontes el impulso colectivo de los pueblos.

El joven Príncipe que heredó la corona, aunque dotado de extremada vivacidad de espíritu y de indubitable talento, luchaba con las insuficiencias de la edad y los escollos de la inexperiencia, y arrojóse en brazos de otro valido temerario. No obstante, entre la figura del Duque de Lerma y la del Conde-Duque de Olivares, la historia no ha podido dejar de hacer una distinción marcada, así por sus aptitudes personales como por sus respectivas inclinaciones. Lerma poseía sólo la ilustración

común á los que entonces nacían en la cuna de las casas grandes. Todo su talento se reducía á la más refinada astucia y á la más refinada intriga. Todos sus objetivos se limitaban á henchir y hacer henchir á los suyos á expensas de una Monarquía tan opulenta. D. Gaspar de Guzmán era otro hombre. Educado como segundogénito de su casa para obispar y algo más, su juventud, enteramente académica, fue profundamente estudiosa é ilustrada. Sevilla le vió figurar en la falanje de sus grandes hombres de letras y en sus literarias Academias, de donde cuando la fortuna le ahupó, así en el círculo interior de su casa por muerte de su hermano primogénito, como en su iniciación en los cargos palatinos dentro de la Cámara del Príncipe heredero, trajo á sus ya para siempre colaboradores de sus pensamientos reconstructivos las personalidades más salientes de la última generación sabia y activa de la capital andaluza. Si él no hubiera ocupado la posición pública culminante que le ofreció el valimiento, los frutos de su capacidad le habrían colocado, en cualquiera otra esfera de la inteligencia, en cúspide suprema. Respecto á la amplitud de sus miras como Ministro y estadista, ningún hombre de su tiempo le igualó, ni su decantado rival Richelieu, á quien la posteridad no ha juzgado sino bajo el laurel de su fortuna. Los escritores políticos franceses de su tiempo, todos han escrito: «¡Oh, si Francia tuviera un Conde-Duque de Olivares!» Nosotros, recibiendo las nociones de la historia que esos mismos franceses han escrito después, y educándonos con ellas durante más de dos siglos, hemos adquirido el hábito de ultrajar la memoria del gran Ministro de Felipe IV, la primera figura política de Europa durante el siglo xvii. Como á Richelieu el juicio póstumo no lo ha avalorado sino por sus últimos éxitos, á don Gaspar de Guzmán el juicio póstumo no lo ha juzgado sino por sus últimos infortunios. Hoy que hemos sido testigos de infortunios semejantes, después de haber alcanzado los gloriosos éxitos de otro hombre también superior, hoy podemos ya mirar bien la figura histórica de D. Gaspar de Guzmán,

pensando en español, por un prisma transparente, bajo el luminoso limbo del hombre y su genio.

Todo el espíritu de reacción que palpitaba en la Monarquía española contra el desquiciado Gobierno de Felipe III y del Duque de Lerma se encarnó en este hombre superior en los primeros años de su Ministerio. Desde que estuvo éste en sus manos procedió sin descanso á hacer el inventario de las fuerzas reestructivas con que la nación contaba, y habiéndolas hallado aun proporcionadas á la magnitud de su empresa, acudió inmediatamente á los resortes de la publicidad para hacer de ellos una impresionante ostentación. En el número de los ingenios, llenos de ilustración y talentos, que de Sevilla trajo para que fueran auxiliares íntimos de su obra, había venido un D. ANDRÉS DE ALMANSA Y MENDOZA, que aunque en el teatro político de su tiempo no jugó papel tan saliente como el de sus conterráneos el Duque de Alcalá y el Conde de la Roca, ni en el literario el de D. Francisco de Rioja y el de D. Juan de Jáuregui, todos hechura de Olivares, ni en el artístico el de Pacheco y su yerno Velázquez de Silva, nuestro siglo reparador le ha venido á discernir con la autoridad de Gayangos, Fuensanta del Valle y Sancho Rayón, el primer lugar en el periodismo de España. Estos insignes apologistas suyos, sin embargo, no pudieron dar muchos informes sobre aquel hombre, de quien sólo conocieron algunas cartas impresas de noticias; y algunas, no todas, sus relaciones de los casos particulares y ninguna de sus obras autógrafas que guarda nuestra Academia de la Historia en el Archivo de Salazar y entre los papeles de los Jesuítas. Mas del conjunto de todas estas obras que nos restan, se deducen los hechos principales de su vida, desde 1615 hasta 1626, en cuyo año cerró, entre el universal aplauso, el primer período brillante del Ministerio de D. Gaspar de Guzmán.

Antes de la muerte de Felipe III ya había comenzado ANDRÉS DE ALMANSA Y MENDOZA su intensa labor periodística. Tengo yo para mí que, ya en 1615, pudieron ser suyas la pri-

mera, segunda y tercera *Relación de los felicísimos casamientos de los Reyes y Príncipes de España y Francia* (Luis XIII con la Infanta Doña Ana, y Felipe IV con la Princesa Doña Isabel de Borbón), que, escritas en Madrid, se dieron en Sevilla á las prensas de Francisco de Leyra y de Alonso Rodríguez Guerra; pero no estando estas *relaciones* suscritas por el autor, sólo puedo apoyar mi parecer en abonables conjeturas. El primer documento literario de ALMANSA Y MENDOZA de que, no cabe duda, es el *Discurso (de Andrés de Mendoza) contrapuesto al de Pedro Mantuano sobre la jornada de Francia, dado á los Consejos Reales de Estado y Gobierno*, que con firma autógrafa del autor se halla en el Archivo de Salazar, y del que existe otra copia entre los manuscritos españoles del *Museo Británico*. La estrecha relación que guarda este papel de MENDOZA con las *Relaciones* de 1615, es una de las bases de mis conjeturas acerca de su paternidad sobre aquéllas. Con todo, la impugnación á Pedro Mantuano no pudo hacerse hasta 1618, pues hasta dicha fecha el libro de los *Casamientos de España y Francia*, escrito por orden del Consejo, no se dió á luz.

¿Fue ya la impugnación del sevillano MENDOZA al fatuo malagueño Pedro Mantuano el primer dardo que se disparaba contra el altar de los dioses que se trataba de derrocar? También abrigo mis sospechas afirmativas. Mantuano era un erudito pedante, cuya audacia y cuya mordacidad halló amparo en 1611, siendo él muy joven, en aquel Condestable de Castilla, Juan Fernández de Velasco, entendimiento muy culto, pero muy maligno, que con el pseudónimo de *Prete Jacopin* y atribuyéndose la defensa de la escuela poética de Garcilaso, había acometido en fina sátira contra la escuela poética de Sevilla en la cabeza de su *divino* Fernando de Herrera. Bajo este patrocinio, y habiéndole llevado de Secretario al Gobierno de Milán, aquel joven inexperto de veintiséis años se había atrevido á las respetables canas y al acreditado saber del R. Padre Juan de Mariana, corrigiéndole puntos de su *Historia general de España*, en la que él se jactaba de haber encontrado

muchos errores. De las manos del Condestable de Castilla pasó á las del Conde de Lemus, que persuadido de su ignorancia y de su osadía, se apresuró á despedirlo de su servicio, y por último fué á refugiarse á la sombra de D. Francisco Calderón y Vargas, Conde de la Oliva, hijo del Marqués de Siete Iglesias, la hechura predilecta de Lerma, por cuyo conducto y por cuyo favor Mantuano recibió la comisión del Consejo para escribir el libro de los *Casamientos*. MENDOZA, en su impugnación á Mantuano, le trató con poca piedad: le motejó de no tratar con el respeto que debía á los que no eran sus favorecedores, arguyéndole de que *dar honra es tenerla*, y le tachó de poco político con detrimento de la dignidad de nuestra patria, de haber suprimido noticias importantes que le fueron comunicadas por D. Lorenzo Ramírez de Prado, del Consejo de S. M., de haber mostrado escasísimo espíritu nacional, y de haber hecho una obra de la que cierto curioso decía «*que era como verdad del Diablo, que siempre se guarnece de mentiras.*» Entre los nombres preteridos en el libro de Mantuano, citaba MENDOZA al Duque de Pastrana, á los Marqueses de Peñafiel, Flores-Dávila, Velada, Tovar y Laguna, al Conde de la Monclova, y entre otros de varios estados, al Patriarca D. Diego de Guzmán, que además de lo que se le debía por sus servicios, puestos, virtud y calidad, había sido el maestro de la Reina.

En todos los nombres que juegan, así en el libro de Pedro Mantuano como en la impugnación de ANDRÉS DE MENDOZA, se deja notar al golpe la división de dos partidos cuya lucha se había de acentuar de día en día, hasta las dos fechas ya citadas del movimiento de la reacción: la de la caída del Duque de Lerma y la de la sucesión de Felipe III. Pero desde 1618 hasta el 13 de Abril de 1621, fecha de la primera de las diez y siete cartas periódicas de noticias que hasta ahora se han publicado de ANDRÉS DE MENDOZA en la *Colección de libros raros y curiosos*, ¿no quedan otros testimonios de su labor periodística? Yo no titubeo en adjudicarle algunas relaciones de la



jornada á Portugal en 1619 á la jura del Príncipe y otras del regreso por Sevilla de 1620; pero estos papeles no llevan firma, y la exposición de las razones en que me apoyo para atribuir-las á MENDOZA, que en mi sentir ya se hallaba incluído en el servicio familiar del Príncipe Felipe IV, me distraería demasiado del tema esencial á que me ajusto. Sancho Rayón y el Marqués de la Fuensanta del Valle sólo se limitaron á dar á conocer las *cartas de novedades políticas de la corte y avisos recibidos de otras partes* que desde 1621 á 1626 dirigió Mendoza á un sujeto de Sevilla, que siendo denominado de *meramente amigo* en las primeras y tratado con la cortesía común entre amigos de aquel tiempo, va creciendo en dignidades hasta que llega á las más elevadas jerarquías eclesiásticas, y no es necesario hacer prodigios de sutileza para ver en este correspondiente á aquel D. Alonso Pérez de Guzmán y de Silva, hijo del Duque de Medina-Sidonia, D. Alonso y hermano del Duque D. Manuel Alonso, á quien se dió, bajo el influjo de Olivares, su deudo, el Arzobispado de Tyro y más tarde el Patriarcado de las Indias, juntamente con los cargos palatinos de limosnero mayor y capellán mayor de Felipe IV.

Sin hallarse en la íntima comunicación de la corte, era imposible poder beber la abundancia de noticias que en estas cartas se derrama, y que hasta que volvían á Madrid, después de impresas en Sevilla, escapaban en su mayor parte al fino olfato de los noticieros de las cavachuelas y de las gradas de San Felipe. Las cartas de MENDOZA se dividen en dos grupos: el de las que comunicaba á D. Alonso de Guzmán y que éste facilitaba para su publicación, y el de las que enviaba al colegio de los PP. Jesuítas de Sevilla, en cabeza del P. Fabián López, y de las que nos quedan dos inéditas: la autógrafa, que consta entre los papeles de los Jesuítas en la Academia de la Historia, y otra que cita D. Genaro Alenda en sus *Solemidades y fiestas públicas de España*. Aunque las cartas al que fue Arzobispo de Tyro parece que no eran sino fruto de la amistad, interrumpidas en 1624 cuando MENDOZA acompañó

á la corte á Andalucía á las grandes cacerías que el Duque de Medina ofreció á Felipe IV y á Olivares en su famoso bosque de Doña Ana, allí mismo volvió á recibir encargo de continuarlas, como se expresa dos años más tarde cuando con la corte pasó también á Barcelona, á las paces con Francia, en que á nombre del Papa Urbano VIII intervino el Cardenal Barberini; mas por la carta al P. Fabián López, de la Compañía de Jesús, que se conserva en la Academia de la Historia, se atestigua que por estos servicios llevaba la debida retribución; pues en otra particular que antecede á la de las noticias políticas, Mendoza reclamaba el pago de sus honorarios algo atrasados, y que necesitaba por lo cara que ya era la vida en Madrid. A pesar de este dato, yo me ratifico en mi opinión de que ANDRÉS DE MENDOZA debía ejercer algún oficio en la servidumbre de la Real Cámara y familia, pues sólo á este título se justifica su constante concurrencia desde 1617 en todas las jornadas de la corte.

Aunque por la continuidad de su aparición periódica de 1621 á 1626 las cartas de Mendoza son las únicas que se han considerado por Gayangos, Sancho Rayón y Fuensanta del Valle como documentos del periodismo español, yo conceptúo en la misma categoría sus *Relaciones* de sucesos particulares, equivalentes á nuestras *hojas sueltas* y números extraordinarios ó *suplementos*, en el actual mecanismo de la prensa. Sancho Rayón y Fuensanta del Valle parecen coincidir con mi parecer, pues entre las *Cartas de Novedades* que publicaron incluyeron algunas de estas *Relaciones*. Lo que tiene es que, á pesar de la exquisita diligencia de coleccionadores y bibliófilos tan distinguidos, no tuvieron la fortuna de conocer el número extenso de las de que ya se tiene noticia. Estas *Relaciones*, sin embargo, son de tal importancia, que puede decirse que, por los hechos á que refieren, son las que mejor fotografían el fin y la dirección de la política del Conde-Duque de Olivares, en el corto tiempo de su largo ministerio que abrazan. En ellas se refleja toda la vida social y toda la vida polí-

tica de 1621 á 1626, con la exposición brillante de los elementos nacionales con que D. Gaspar de Guzmán se proponía reconstruir el edificio del imperio que por todas partes se hallaba acribillado de goteras. ALMANSA DE MENDOZA era de los partidarios más ardientes de la alianza de España con Inglaterra, cuando el hijo de Jacobo I, acompañado del Duque de Buckingham, vino á Madrid á merecer la mano de nuestra hermosa Infanta Doña María de Austria: y no puede atribuirse esta inclinación que respiran las numerosas *Cartas y Relaciones* que escribió con motivo de aquellos intentados matrimonios á los 3.000 escudos con que la mano generosa del mismo Príncipe de Gales retribuyó la *Relación* de unas fiestas de toros hechas en su obsequio y que Mendoza dedicó al Duque, su Ministro, sino á que estas eran las corrientes que dominaron sobre este asunto en los círculos íntimos del palacio Real y del valido español, hasta que las influencias de Roma y de Bruselas y las intrigas de París lograron deshacer las negociaciones para aquella alianza. Y como este fue el error capital del reinado de Felipe IV y de las condescendencias de Olivares, importa que esta nota quede siempre bien asentada para los juicios definitivos, en que la Historia está todavía muy lejos de haber dicho la última palabra sobre aquellos hechos tan importantes como mal estudiados hasta de presente.

Desde la llegada de Carlos I de Inglaterra á Madrid en 1623 hasta la llegada del Cardenal Francisco Barberini, sobrino de Urbano VIII, á Barcelona en 1626, de cuyo último suceso MENDOZA, no solamente escribió cinco cartas de *Relaciones*, sino que llevó un *Diario*, no hay asunto de interés supremo en la política en general y en la sociedad española que no tenga su determinación particular en esta especie de *artículos de fondo y crónicas del día* del ilustre periodista. Todos los accidentes de la estancia de los Príncipes británicos en nuestra corte y todo el curso de las negociaciones; el nacimiento y bautizo de la Infanta Doña Margarita; nuestras victorias contra los turcos en el mar; nuestras operaciones militares en Bélgica, en Sui-

za, en Italia, en las fronteras de Francia y en las márgenes del Rhin; un auto de Fe en Madrid; la muerte de personas de gran viso, como el beato fray Simón de Rojas, la Duquesa de Medina y uno de los hijos del Conde de Benavente; los desposorios de la hija única del Conde-Duque de Olivares y la boda del Condestable de Castilla; la elevación del Duque de Arcos al Consejo de Estado; las fiestas de Aragón y Cataluña en la jornada de Felipe IV á Barcelona á los tratados en que intervino el Legado-nípote de Su Santidad, son otros tantos sucesos de tal fausto, magnificencia y resonancia, que ellos bastan para trazar el cuadro espléndido de lo que era á la sazón la Monarquía española que el Conde-Duque de Olivares procuraba reconstruir en todas las esferas de sus pasadas empresas é iniciativas. Como para sus *Cartas de novedades políticas* tuvo MENDOZA por correspondientes á los Duques de Medina-Sidonia y de Béjar, al Arzobispo de Tyro y al P. Fabián López, de la Compañía de Jesús, para cada una de sus *Relaciones* particulares tuvo sus amigos ó sus Mecenas, y en este número se contaron el mismo Rey Felipe IV y su Ministro Olivares, el mismo Príncipe de Gales y su Ministro Buckingham, y entre las damas de alto rango la Condesa-Duquesa D.<sup>a</sup> Inés de Zúñiga, la mujer del Almirante de Castilla D.<sup>a</sup> Victoria Colonna y la señora D.<sup>a</sup> María Paulina de Chaves, esposa de su propio deudo D. Juan de Chaves y Mendoza, el Obispo de Elna D. Pedro de Magarola, la insigne é imperial villa de Madrid, los Oidores del Principado de Cataluña, los Condes de Gondomar y de Benavente y el Sr. de Porras, D. Antonio Neli de Rivadeneyra, su amigo en Valladolid.

La acción periodística de ANDRÉS ALMANSA DE MENDOZA concluyó con la jornada á la capital del Principado de Cataluña para la negociación de aquellas paces, que aunque cantadas en Aragón por el Licenciado Martín Miguel Navarro, que se titulaba el continuador de la escuela poética de los Argensolas, y en Castilla por D. Gabriel de Solórzano Paniagua y Trejo, más jurista que poeta, y aunque consideradas en los

primeros momentos como un gran triunfo de nuestra política exterior, el tiempo se encargó de demostrar que ni fueron paces ni fueron acierto diplomático de ningún género por nuestra parte. ¡Ojalá que, como desde entonces desaparece para siempre el nombre de MENDOZA de los archivos de la vida y de la historia, para no alcanzar jamás otra noticia de él, con aquel suceso, en que intervino la autoridad de Urbano VIII, también hubiera desaparecido del estadio de la política, como lo pretendió el Conde-Duque de Olivares! Ya había éste cometido los dos errores cardinales de su política, la ruptura de las alianzas con Inglaterra por medio del matrimonio de la Infanta Doña María con el Príncipe de Gales y aquellas paces hipócritas que suscribió la Francia. En el eje de estos dos grandes errores habían de girar en lo sucesivo todos los acontecimientos que en definitiva minaron para siempre la supremacía militar y política de España en Europa. Pero en el primer instante no se habían así penetrado los arcanos ni las previsiones del porvenir, y en la política general el Conde-Duque de Olivares había realizado tales maravillas en la reconstrucción de nuestra situación económica, en la reorganización de nuestros ejércitos, en la improvisación de un nuevo y considerable poder naval, en el reparo de defensas de costas, fronteras y colonias, y sobre todo en la selecta admisión de capacidades insignes para todos los cargos de administración, representación, política, gobierno y guerra, que si al morir prematuramente en 1626 su única hija la Marquesa de Liche, D.<sup>a</sup> María de Guzmán, hubiera alcanzado de Felipe IV el retiro que porfiadamente le pidió, su nombre habría pasado á la posteridad iluminado por todos los fulgores del éxito y del acierto. Con la ruptura con Inglaterra se conquistó para muchos siglos contra España un enemigo tenaz é implacable, motor principal de todas nuestras caídas; con las paces con Francia entregó á la pérfida y astuta política de este país las llaves del baluarte de nuestra seguridad en Europa, pues perdida la fe en la superioridad que desde Fernando el Católico

España había ostentado ante el mundo sobre nuestro eterno vecino y nuestro eterno rival, los mismos poderes que fueron los aliados preciosos de Carlos V y de Felipe II, hasta el mismo Pontificado y hasta el mismo Imperio, que aún vivían de nuestra sangre, fueron en lo sucesivo los aliados de Francia y los que con ella tramaron las guerras de los treinta años, los convenios de desmembración de nuestra Monarquía, las alianzas militares que nos tuvieron en continuo pie de guerra en Italia, en Flandes y en las fronteras francesas, las intrigas solapadas que levantaron contra la unidad de nuestro poder á Portugal y Cataluña en la Península, y á la Sicilia y á Nápoles en Italia, y que atizaron las ambiciones que llevaron al patíbulo en Flandes al Duque de Freidlán, y en España al Marqués de Ayamonte, al Duque de Híjar, al Marqués de la Vega de la Sagra y al General D. Carlos Padilla, hermano del Gobernador del Castillo de Milán. Al tomar, en 1621, el Conde de Olivares el supremo poder que en él delegó Felipe IV, y hasta las paces en embrión de 1626, su política genial, que restauraba la de Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II, fue la política que he descrito antes, la política que proyecta y calcula, la política que emprende y conquista, la política que engendra y produce obras de propio interés y de propia fisonomía. Mas cuando tras las platónicas paces de 1626 vinieron las nuevas é invasoras provocaciones de Francia, ya no hubo lugar á más política que á la de resistir para conservar, ó á la de transigir para conservar. ¡Estábamos perdidos! Y todos los esfuerzos gigantescos que hizo el Conde-Duque después, en su largo Ministerio, hasta su caída, no fueron bastantes para salvarnos de las onerosas condiciones de la paz de Westfalia, que fue el preámbulo de la separación de Portugal, y del ataque á Fuenterrabía, y de la derrota de Rocroy, como estos hechos y la paz de los Pirineos fueron la antesala de la sucesión de Carlos II, de la guerra de la Península y del tratado de Utrech.

Al fundador del periodismo en España, al activo y discre-

to sevillano ANDRÉS ALMANSA DE MENDOZA, tocó la gloria de desempeñar su papel en lo que puede llamarse el período más brillante del Gobierno del valido de Felipe IV, aquel Conde-Duque de Olivares, cuyo nombre, en esta parte heroica de su largo Ministerio, no cabía en el mundo y era objeto de la admiración y de la envidia hasta de los extraños. En este tiempo de 1611 á 1626 es en el que hay que fijar con documentos patentes de confirmación el origen histórico del periodismo en España.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

# PAPEL DE LOS GRANDES HOMBRES

## EN LA HISTORIA

---

Nadie desconoce que es una necesidad para el sociólogo buscar las causas del desenvolvimiento de la humanidad en la humanidad misma, y que el sociólogo que sale de estos límites no está á la altura de su misión. Admitido este punto, pregunto si hay que apelar á los *sur l'hommes* de Renan en la explicación de los grandes movimientos sociales que han renovado la faz del mundo. La filosofía alemana lo entiende así, y especialmente la filosofía hegeliana, que tiene la mira de extraer de toda ciencia histórica el concepto de la moralidad y de la libertad verdadera. Según Hegel, el genio es una maravillosa armonía de la individualidad y de la universalidad, y esta doble fuerza es la que constituye su grandeza y la que le da el derecho de pensar y decidir por toda una nación, de ser la palanca de toda una época. Cada genio puede considerarse como un hombre-pueblo, y aun ampliando mucho su importancia, como un hombre-humanidad. ¡Cosa notable! Hasta en ciertas esferas filosóficas, donde todavía hacían algunos alardes de providencialismo, se presuponía en los grandes hombres una legitimidad final, una superioridad de transcendencia jurídica. Así, Cousin predicaba el culto de los héroes, exigiendo á la vez en nombre del supuesto «derecho providencial» la sumisión incondicional de la masa al individuo



poderoso. No obstante sus fundamentos estafalarios y su pronunciado sabor absolutista, esta doctrina logró hacerse dueña de hombres de talento como Treitschke, Carlyle, Herrenscheider, Foucher y Renouvier. El mismo Macaulay considera á los genios como individuos que colocados sobre los lugares más elevados del pensamiento reflexivo reciben los rayos del sol de la verdad y del bien más próxima é intensamente que el resto de la raza humana. Esta es la base del «despotismo ilustrado» tal como es todavía sostenido con elegancia aristocrática por muchos pensadores de los que se hallan más apartados de la conciencia moderna. No son necesarios grandes esfuerzos de raciocinio para reconocer la debilidad de que semejantes ideas están atacadas. Esa teoría no puede sostenerse: es gratuita en sus postulados y errónea en todas sus inferencias y deducciones.

Desde luego, cae de su peso que un tal fatalismo histórico que empieza por glorificar los grandes hombres, acaba por concederles un papel mezquino. De primera intención, como dice Fouillée (1), se les llama hombres necesarios; mas pronto se descubre que en el fondo son realmente hombres superfluos. Bauer pretende que si un Carlomagno ó un Gregorio VII no hubiesen existido, otros hubiesen ocupado su lugar, y bajo otros nombres y por otros caminos cumplido al cabo la misma obra, porque lo que es racional acaba siempre por ser real. ¿Qué queda entonces del derecho fundado sobre la necesidad de los hombres que se creen providenciales? Ellos encuentran admirable titularse los «indispensables pilotos»; pero la verdad es que sin su concurso hubiéramos igualmente llegado al puerto.

En segundo lugar, los hegelianos, al sostener el derecho fundado en el genio, trastornan, destruyen el carácter de todo derecho y hacen de él un privilegio. Un derecho vinculado en

(1) *L'idée moderne du droit en Allemagne, en Angleterre et en France.*

un hombre, por excelente que sea, no es verdadero derecho, no es más que una manifestación superior de la fuerza. El hegelianismo proclama abiertamente su realidad histórica, y en esta parte no se engaña, y su observación es justa. Pero se equivoca torpemente al creer que está ahí todo el ideal jurídico y el cimiento de toda legislación posible: el derecho del más inteligente ó del más hábil, es sólo una consecuencia del derecho del más fuerte. Hay que notar, sin embargo, que las conclusiones del sistema hegeliano concuerdan siempre de una manera muy particular con las opiniones generales de los políticos alemanes, á cuyos pechos se han amamantado la mayoría de los filósofos de aquella escuela en la parte social. Es el mismo sueño de Napoleón III en su *Vie de César*: adorar á los Césares como únicas encarnaciones de la humanidad en el pasado, como hombres-instituciones capaces de reasumir en sus pensamientos y de comprobar en sus actos el carácter y las tendencias de todo un siglo. Despojadas del verdadero sentimiento del derecho que es común y universal, esas ideas hegelianas suprimen á expensas de las grandes personalidades la personalidad de los demás hombres, y arrebatan á la última todos sus derechos, bajo pretexto de que no es digna ni capaz de comprenderlos y estimarlos, olvidando el hecho discutido, pero indudable, de que, como afirma Stuart Mill, el valor de un Estado no es otra cosa que el valor de los individuos que lo componen: *the worth of a State, in the long run, is the worth of the individuals composing it* (1).

Se ve aún más patente la verdad de lo que afirmo, considerando lo que acontece generalmente con los personajes gubernativos, que son los que han manejado siempre las ruedas del mecanismo de la nación. Si bien se mira, ningún reformador político ha llevado á cabo sus planes por su propio é indivi-

---

(1) «A los grandes hombres, dice Lange, no debemos mirarlos como demonios en cuyo poder nos vemos, sino como magníficas flores y frutos que nacen de un tallo en el cual también nosotros vivimos.»

dual esfuerzo, sin la cooperación y el auxilio de las clases inferiores de la sociedad. Sirvan de ejemplo Cromwell, Thiers, Mendizábal y otros tantos fracasados genios de la política activa. Y es que aparte del natural sentimiento de envidia que producen en sus émulos, producen también en el pueblo mismo la natural desconfianza de no propasarse á reconocer la verdad que sus grandes ideales encierran, mientras no se encuentren en la práctica y en la realidad social casos concretos y completos que la demuestren. «Entre políticos, escribe á este propósito Galdós, el fracaso de los grandes halaga á los pequeños. La masa total no se entusiasma con el éxito, si éste lo representa un hombre. La vulgaridad colectiva tiende siempre á conservar el nivel.»

Además, lejos de creer que la muchedumbre es para los grandes hombres un medio, debemos de convencernos de que es en realidad su fin; de que, mal que les pese, cuanto hacen lo hacen con la mirada fija en la muchedumbre; de que lo que se llama gloria é inmortalidad no es otra cosa que la aceptación por la muchedumbre de sus innovaciones, el reconocimiento de su valía; de que el parlamentarismo, por ejemplo, se funda en la opinión de la muchedumbre, de igual manera que el jurado; de que, en suma, todos los ideales de los *sur l'hommes* tienen necesidad de ser admitidos por el corazón del gran número y de ser juzgados á la vez por la sabiduría popular. Estas relaciones tan bien caracterizadas han prestado los más estúpidos argumentos á la oposición y á la envidia, y continuarán prestándolos siempre. Oigamos á Coloma: «La oportunidad es en todas las cosas precursora del éxito, y el llegar á tiempo ha levantado no pocas veces el pedestal de muchas celebridades y ceñido los laureles á infinitos héroes. Cada carácter requiere, pues, circunstancias especiales que le favorezcan, época adecuada que le sirva de marco, momento histórico oportuno que le permita desarrollarse en toda su pujanza. Un Hércules en los tiempos prehistóricos, un Cid en los caballerescos, serían un Quijote en los tiempos de la partida

doble y del tanto por ciento. Un Espartero y un Mendizabal, por el contrario, hubieran sido en aquellas remotas épocas prestamista judío el uno, cuadrillero de la Santa Hermandad el otro.» Por esto la teoría que supone el carácter individual de los grandes hombres más independiente de lo que es en realidad, ha sido rudamente combatida y á veces con razón.

No cabe decir en un todo lo mismo de la teoría que considera á los genios como producto del medio social, porque, como ya reconoció Hegel, el individuo es hijo de su tiempo y ninguno puede realmente superar al siglo en que vive. Si los grandes hombres tienen importancia histórica es sola y precisamente en cuanto órganos y oráculos de su época, sin que por ello la nieguen al representarla. ¿Acaso la dictadura de un genio no ha sido casi siempre la garantía de la libertad en las profundas crisis de la historia? El progreso mismo del saber, ¿no se ha verificado con más solidez cuando se ha establecido en las ciencias esa especie de servilismo espontáneo que somete á una inteligencia todas las demás? Sin embargo, conviene no exagerar este hecho al extremo de desconocer que tales reformas sólo han tenido verdadera eficacia cuando se ha puesto de su parte la opinión pública, es decir, cuando ha estado la masa ó el común de las gentes en disposición de comprenderlas. El genio, así como el mediocre y el degenerado, es siempre producto de la sociedad en que se enseña y se mueve. Tal es la doctrina de la influencia del medio social en las grandezas individuales, doctrina ya apuntada por Herder en su *Philosophie der geschichte*, y que ha sido profesada con sublime exageración en los últimos tiempos por el sabio Taine. He aquí cómo se expresa el célebre escritor, gloria de las ciencias y de las letras francesas: «Hay una temperatura moral que es un estado general de las costumbres y de los espíritus, y que obra de la misma manera que la temperatura física. Hablando con propiedad, no produce los artistas; los genios y los talentos son como las semillas; lo que quiero decir es que en un mismo país, en dos épocas diferentes, existe el mismo número de

hombres de talento y de hombres mediocres. Se sabe, en efecto, por la estadística, que en dos generaciones sucesivas se encuentra, sobre poco más ó menos, igual cantidad de mozos que tienen la talla exigida para el servicio militar, y de otros demasiado pequeños para ser soldados. Según todas las probabilidades, acontece con los espíritus lo mismo que con los cuerpos: la naturaleza es una sembradora de hombres que, metiendo siempre la mano en el mismo saco, reparte sobre poco más ó menos la misma cantidad, la misma calidad, la misma proporción de granos en los terrenos que siembra regularmente y un día y otro día. Pero en estos puñados de semilla que arroja en torno suyo sembrando el tiempo y el espacio, no todos los granos germinan. Es necesaria determinada temperatura moral para que ciertos espíritus se desarrollen: si falta la primera, abortan los segundos. Por consiguiente, cambiando la temperatura moral, cambian las especies del talento; si aquélla resulta contraria, contrarios serán éstos, y en general podrá concebirse la temperatura moral como haciendo una selección entre las diversas especies de talentos, no dejando que se desarrolle más que tal ó cual especie, excluyendo más ó menos totalmente á las otras. Esta suerte de mecanismo es la causa de que veáis en ciertos tiempos y en ciertos países desarrollarse en las escuelas unas veces el sentimiento del ideal, otras el de lo real; unas veces este dibujo, otras aquel color. Existe una dirección reinante, que es la del siglo; los talentos que quieren caminar en otro sentido, encuentran la puerta cerrada; la presión del espíritu público y de las costumbres que los rodean, los comprimen ó los desvían, imponiéndoles un florecimiento determinado.»

Aunque estas últimas palabras indican claramente que no se escapó á Taine la espontaneidad del genio ante las preocupaciones sociales, opino que en sus doctrinas históricas el elemento individual no ocupa el lugar que le pertenece y que la influencia colectiva de la libertad humana, si bien no puede decirse que se halle negada en su sistema, como ciertos críti-

cos afirman, se halla, no obstante, tan sacrificada á la influencia del medio, que falta poco para que quede absorbida en él. Desde que Taine quita del orden social la iniciativa, quita también el albedrío, pues ha extendido tanto la humanidad que no queda ya sitio para el hombre. El *Self-Help* de Smiles, á pesar ó á causa de su excesiva tendencia individualista, contiene la mejor refutación de las exageraciones de Taine sobre la materia que nos ocupa (1).

Desarrollando en este sentido el conjunto de los hechos reconocidos y observados, sería fácil rectificar simultáneamente las opuestas opiniones de Comte y Spencer, el primero de los cuales afirma que todo el mecanismo social descansa finalmente sobre las ideas, mientras que el segundo cree que la sociedad es gobernada y agitada por los sentimientos á que las ideas sirven solamente de guías (2). Se podría demostrar á

---

(1) Para consignar otro caso, no hace mucho que el célebre músico alemán Wagner se pronunció de una manera clara y rotunda contra las teorías de Taine, alegando el ejemplo de Platón. Según su curioso fragmento de crítica, «Platón vivió en una época y en una sociedad eminentemente políticas, pero se mantuvo independiente de este medio en la concepción de su doctrina idealista, que no debía alcanzar hasta mucho tiempo después su justa apreciación. Al contrario, aplicada esa doctrina al espíritu de la época y del medio social de Platón, tomó una forma para el Estado tan extraña y monstruosa, que, á decir verdad, debía resultar para sus contemporáneos, no sólo una cosa sorprendente, sino una muestra de menosprecio, al menos en su fondo. Platón no hubiera caído seguramente en este error, respecto á la naturaleza del Estado, si hubiera vivido en las riberas del Ganges. Aun en Sicilia no estuvo muy acertado. Si este talento extraordinario se hizo conocer pronto de su época y de su medio, en cambio no supo aprovecharse de ellos. Ahora bien, casi es absurdo suponer que el fondo de su doctrina, su verdadera doctrina, la idealista, fuera un producto de la época y de la sociedad en que vivían sus contemporáneos».

(2) Comte tomó como punto de partida de las crisis morales y políticas de las sociedades el elemento intelectual: su lenguaje es puramente racionalista: *la humanidad es Confucio, es Homero, es Aristóteles, es San Pablo, es Mahoma, es Hildebrando, es Bossuet, etc.* Spencer, por el con-

Comte que ideas extrañas al mecanismo social de una nación ó de una época determinada no es posible se desenvuelvan ni florezcan, y á Spencer que los sentimientos son ciegos y que no les han servido de guías las ideas sino porque les han precedido en la práctica para determinar el mecanismo social verdadero, pues toda obra colectiva exige la división del trabajo por la inteligencia. Por otra parte, empero, doy á la última opinión una supremacía fundada desde el punto de vista histórico. También en sociología tiene excepcional importancia el *sentimiento*, no ciertamente en cuanto impulsión exaltada é insociable, sino considerado como una manifestación del genio de la raza, como un estado real y positivo de crisis moral, como una situación definitiva de las almas que concreta y cristaliza las aspiraciones y tendencias de una época ó de un período de la historia. El principio capital de la crítica religiosa de nuestros días, es á saber, el llamado *mesianismo*, por el que tantos explican el hecho más sublime de la vida del género humano, no es más que un resultado de la aplicación á la ciencia histórica de ese criterio que ve en las mayores revoluciones la influencia lenta y repartida de la sociedad de una época, y no la obra brusca é individual de uno ó más hombres excepcionales. Lo mismo se juzga, por ejemplo, la *reforma protestante*, que según la observación de Balmes (*El protestantismo*), repetida por Víctor Hugo (*Notre Dame de Paris*), no fue más que una de tantas herejías, insignificante como sistema dogmático, y que debió su extraordinario éxito social y lo rápido de su propagación y triunfo, á haber nacido en Europa y en el siglo xvi cuando los ánimos estaban excitados contra lo antiguo, y cuando los medios de comunicación científica habían encontrado su más perfecto ideal y su más determina-

---

trario, comenzó por exagerar la importancia de la modificación de la naturaleza moral de los hombres que produce gradualmente la acción continua de la disciplina de las leyes sociales. Profesó, pues, una doctrina *afectista* (?)

da expresión en la *imprensa*. «Funesto ó providencial, Guttenberg fue el precursor de Lutero.»

No conduce ni puede conducir á otra consecuencia la ley del progreso, que es, ante todo, continua y universal; y parece increíble que se la haya querido convertir en su contrario directamente opuesto. El progreso—dicen—es un producto de opiniones individuales aplicadas á la sociedad: ellas son las que, influyendo en el medio que les rodea, cambian la faz de las cosas y sustituyen á los ya agostados, nuevos y fecundos principios. Es cierto, indudable: la inteligencia es el tesoro, el depósito sagrado que Dios confía al pensador, á fin de que lo distribuya entre sus semejantes. Mas, ¿podemos olvidar la aptitud de éstos para recibirlo? ¿Por ventura no colabora la humanidad entera, como medio ó como fin, en la formación de las concepciones del grande hombre? ¿No es la anarquía intelectual la resultante de las ambiciones, de los intereses, de los temores, de las cóleras, de las simpatías que elevan y oponen una época á otra? Y el espíritu público de cada una, ¿depende de algo más que de las diferencias en los modos de ver de las generaciones? Aquí, y tal vez sólo aquí, hay que buscar la explicación de la frase de que la paradoja de hoy es la verdad de mañana.

¿Qué más? La rutina, lo que se ha dado en llamar la antítesis del adelanto y que se ha generalizado á todas las esferas donde la ciencia no impera, está sujeta á la indeclinable ley del progreso. El hombre de nuestros días más dado á la rutina, hubiera sido un temerario emprendedor para las gentes de los tiempos medioevales. Los que en general y sin restricción desprecian la rutina, debieran considerar que ella no es, en realidad, sino el sentido práctico que rehusa aceptar como ciertas, verdades que no han sido confirmadas por la experiencia, y viven sólo al calor de la fe intelectual en la mente de los sabios. Por eso la rutina no es una rémora, históricamente considerada, pues tiene, como todas las demás manifestaciones de la humanidad, que por lo mismo que son relativas,



son perceptibles, un movimiento de avance hacia la civilización. Se puede decir con Bosch que la ciencia es la última palabra de la hipótesis, y la rutina la última palabra de la ciencia.

Tal es el resultado que lógicamente se sigue de las reflexiones que he presentado sobre el papel de los grandes hombres en la historia, resultado que francamente acepta Max Nordau, exclamando en su *Psychophysiologie du genie et du talent*: «Se considera como una degradación el ser contado entre la muchedumbre, y, sin embargo, se está orgulloso en todas las grandes circunstancias por sentir y pensar exactamente como la muchedumbre; en un movimiento de elevado fervor, el antiguo romano no encuentra nada más noble que decir de sí mismo sino esto: *Soy hombre, y nada de lo que es humano lo considero extraño*. Quizá se habría, sin embargo, extrañado, si algún dialéctico cínico de sus contemporáneos le hubiera replicado: *Aseguras que eres un hombre como los demás; ¿te alabas, pues, de ser trivial?*» La humanidad es, por lo tanto, la base de todas las potencias geniales, de todas las grandezas sociales y científicas; la humanidad, que para humillar la soberbia de sus presuntos sobrepujadores, se limita á presentarles en el vasto cuadro de la evolución histórica la cooperación de todos sus miembros en la lenta conquista de sus ideales.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

# LECTURAS AMERICANAS

---

SUMARIO: *Revista Nacional*. — Cuestiones de política iberoamericana. — Sobre la mar Chiquita. — Inteligencia española. — Discurso pronunciado en el Ateneo de Santiago. — Sobre educación integral. — «The Home Education». = *La República*. — El peligro jacobino. — Los delitos de sangre en Méjico. — El proletariado profesional. = *Cuba y América*. — Puerto Rico en 1899. = *La República Agrícola*. — Causas económicas de la independencia nacional. = *Revista del Ateneo*. — La crisis económica en el Brasil. = *Revista de Chile*. — El arbitraje y los perjuicios de la guerra. = *Revista de Ciencias*. — Reforma de la enseñanza en Cuba. — *El Ateneo* (Buenos Aires). — El arbitraje obligatorio. = *El Educador*. — Programa del futuro Congreso general de enseñanza pública.

Los últimos números recibidos de la *Revista Nacional* contienen los siguientes importantes artículos:

*Cuestiones de política iberoamericana*, por A. Rodríguez del Busto. El autor, después de señalar los peligros de que se hallan rodeados los Estados americanos y la honda crisis que atraviesan, estudia los medios de robustecer la personalidad de la raza iberoamericana. No cree que se consiga gran cosa facilitando el intercambio comercial. «Esta solución — dice — no está ajustada á la ciencia política moderna. Hoy no deben prosperar las excepciones de intercambio; los productos y las manufacturas deben luchar en igualdad de condiciones. Los tratados mercantiles son una aberración bajo cualquier faz que se les mire, siempre que sea á través del cristal de la democracia; cada pueblo debe proceder con equidad, sin preferencias odiosas hacia el producto de ninguna nación».

Opina el Sr. Rodríguez del Busto que con el arbitraje for-

zoso se resolvería una parte de la cuestión americana actual; mas no los peligros de afuera, que, en su sentir, son los que amenazan la existencia misma de la raza.

Niega la fraternidad política fundada en los vínculos de la sangre. «Hasta en el orden social—dice—puedo negarla, aunque no me compete: entre dos hermanos, sabio el uno, idiota el otro, no hay vínculos ni comunión de ideas, son extremos que se repelen. El sabio formará vínculos estrechos, depositará sus secretos, sus confidencias en una persona extraña que esté próximamente en su nivel intelectual, pero nunca los depositará en su hermano idiota.» «Cuando se trata de pueblos—continúa,—la comunidad ó la frecuencia que da el conocimiento íntimo, que crea vínculos, resulta de practicar las mismas instituciones políticas, jurídicas, pedagógicas, de hablar el mismo idioma y de acercarse materialmente por medio de dos clases de vías, las baratas y las rápidas». Así, el señor Rodríguez del Busto propone los siguientes medios para robustecer los vínculos existentes entre las naciones iberoamericanas: «Unificación y perfeccionamiento del idioma, de las instituciones políticas, de las instituciones jurídicas, de las instituciones pedagógicas, de las instituciones bancarias y de todas las instituciones civiles y militares relativas á la vida del Estado.»

*Sobre la mar Chiquita.* El Sr. Aunchástegui da cuenta del informe que el ingeniero Sr. Cristiany dirigió al Gobierno de Córdoba, y que éste oculta con grave perjuicio de la verdad, sobre la mar Chiquita. La *Revista Nacional*, por su parte, encabeza el dicho informe con los siguientes comentarios: «Hasta ahora, la mar Chiquita, situada en la provincia de Córdoba, al Norte, entre los departamentos Río Seco, Tulumba, fronteras de Santiago del Estero y Santa Fe, es conocida en la geografía argentina bajo una faz que no es verídica. En la geografía de Smith y en diccionarios geográficos argentinos se considera á la mar Chiquita, no sólo navegable, sino que sus aguas tienen una profundidad de 33 metros, que sus costas

son magníficas y que sus montes é islas poseen enormes riquezas. Persistir en enseñarles á los niños que se educan en nuestras escuelas semejante despropósito, es facultativo de nuestro Consejo Educacional y de los hombres que tal dirigen, pero es incorrecto á todas luces tal proceder.»

«Nos parece también que nuestro Instituto Geográfico Argentino debiera tomar cartas en este asunto, para restablecer la verdad geográfica, que está en tela de juicio.»

*Inteligencia española.*—El Sr. R. Monner Sans se ocupa, abundando en frases de elogio y de cariño para nuestros escritores, de los siguientes libros españoles recientemente publicados: *Inducciones*, de Pompeyo Gener; *Las novelas ejemplares de Cervantes*.—*Sus críticos*.—*Sus modelos literarios y vivos y Su influencia en el arte*, de Francisco A. de Icaza; *El viaje entretenido*, de Agustín de Rojas, precedido de un estudio crítico del difunto D. Manuel Cañete; *La mujer intelectual*, de la conocida escritora Doña Concepción Gimeno de Flaquer; *Manchas de origen*, del escritor valenciano Ismael Rizo Penalva; *Los ingenios*, de Felipe Trigo; *En tranvía*—cuentos dramáticos—de la insigne Pardo Bazán; *Sully Arjona*, de Alfonso Danvila, y *El anarquismo*, de Pablo Eltzbacher, traducción del ilustre profesor de Salamanca Sr. Dorado.

El Sr. D. Paulino Alfonso, en una sesión del Ateneo de Santiago, trató la cuestión del imperialismo, á propósito de la injusta guerra que Inglaterra sostiene con las heroicas repúblicas sudafricanas. En concepto del orador, hay que distinguir dos modos de imperialismo:

«El imperialismo bien entendido consagra la expansión natural de la fuerza civilizadora y engrandece á los Estados. Al imperialismo deben buena parte de su actual civilización la América y la Oceanía, y deberán acaso la suya en los futuros tiempos el Asia y el Africa. Al imperialismo deben hoy las ventajas de la civilización británica más de doscientos millones de hombres.»

Por el contrario, el imperialismo abusivo, hijo de orgullo

y de avaricia, es un nuevo peligro, un nuevo escollo de la civilización.

El Sr. Alfonso se pregunta qué inmensos beneficios podrían hacerse á la humanidad, si fuera empleado en obras de paz y de cultura el dinero que Inglaterra está invirtiendo en una guerra tan estéril como injusta.

*Sobre educación integral*, por José Ingegnieros.

El autor se lamenta del atraso que en la República Argentina se nota en las ideas y procedimientos pedagógicos.

Quien haya tenido—dice—oportunidad de asistir á los Congresos Pedagógicos recientemente celebrados en Buenos Aires y Montevideo (sección del Congreso Científico), quien haya vivido íntimamente con el personal de enseñanza de estos países, quien haya seguido con interés la vida intelectual de las revistas y periódicos pedagógicos que entre nosotros nacen, vegetan y mueren, habrá podido constatar la ausencia de criterios fundamentalmente *nuevos*, relativos á métodos de educación, y la deficiencia de la cultura sociológica y psicológica indispensable para abordar con provecho el estudio de los grandes problemas pedagógicos relativos á la enseñanza primaria.

La educación debe ser integral: «Educación que tiende al desarrollo paralelo y armónico de todo el sér; en ella está involucrada, naturalmente, la instrucción integral que debe servir de base á la enseñanza especializada, al aprendizaje profesional.

Para establecer su método, conviene proceder analíticamente. Sin perder de vista el conjunto, la solidaridad del todo, la reciprocidad de los órganos y de las funciones, de los actos y de los estados, es necesario dividir la materia en el momento de trazar el programa.

Deben considerarse sucesivamente «la educación física», la «educación intelectual», que incluye la enseñanza técnica, y la «educación moral.»

En la educación física se distinguirá, por una parte, el ré-

gimen higiénico general, tendente al desarrollo normal, al hermoso equilibrio orgánico y funcional que llamamos «salud», en el sentido elevado de la palabra; por otra parte, tendremos á la educación especial de los órganos de relación, considerando como instrumentos de percepción y de acción: como útiles de trabajo del organismo.

En la educación intelectual, idéntico principio: desarrollo simultáneo, equilibrado, de todas las facultades, sin excepción; facultades asimiladoras y productivas, científicas, artísticas, espíritu de observación, juicio, memoria, imaginación, sentido de la belleza. La instrucción integral es, pues, un conjunto completo, encadenado, paralelamente progresivo, en todo orden de conocimientos, que comienza en la primera edad y desde los primeros elementos. Todas las grandes ramas del saber humano, que van ramificándose hasta el infinito, tienen en su base verdades simples, primordiales, fundamentales, fácilmente observables, inteligibles aún para los niños: ellas deben constituir el primer tesoro de conocimientos del alumno, destinado á enriquecerse gradualmente. El programa que comprende á esta idea, puede sintetizarse en dos palabras: *de todo.*»

Falta la educación moral. Por grande que sea su importancia, es inútil exponerla en programas. La moralidad, lo mismo que el raciocinio, es ante todo una resultante; depende del conjunto. La parte de la enseñanza es aquí pequeña. El niño asimila, en la medida de su inteligencia, las nociones de equilibrio y de intensificación individuales, de justicia y de reciprocidad sociales; pero la educación moral es, más que todo, la obra del medio, la consecuencia lógica de una existencia normal en un medio normal. La salud es un gran factor de moralidad; la exclusión de ideas falsas, de sugestiones malsanas, hace imposible la vanidad, la mentira, los vicios. La vida continuamente ocupada en cosas naturales, sencillas y agradables, el ejemplo de los educadores y, sobre todo, la felicidad. Aquí puede agregarse, á título de factor importante en ese medio moralizador, la coeducación recíproca, fraternal,

familiar, de niños y niñas, que da al conjunto de las costumbres una dignidad sin hipocresías, y que, lejos de ser un peligro, sería una garantía de preservación, dadas las condiciones en que se establecería.

Este ideal de educación—agrega el Sr. Ingegnieros—ha sido realizado ya en algunos países. Para mostrar sus ventajas expone á grandes rasgos la historia del establecimiento «Cempuis», tal como nos la cuenta Gabriel Giraud en su libro, recientemente publicado, *Cempuis. Education integrale, coeducation des sèxes*. (Paris, 1900.)

*The Home Education*, por el Dr. C. O. Bouge.

El autor considera el sistema de «home education» anglo-individualista, como el mejor modelo, «porque coloca desde la *nursery* la independendencia del criterio y de la voluntad de los hombres».

«Hay una época en el desarrollo de la infancia, época de transición, en que el sistema anglosajón de política paterna se impone como el más saludable, para que la futura virilidad del adolescente desenvuelva hasta el máximum sus innatas fuerzas: la crisis de la pubertad.»

«Es necesario que el joven recoja de la vida misma, al iniciarse en ella, sus duras advertencias, dejarle hacer lo que libremente le ocurra, bueno ó malo, imponiéndole esta sola idea-fuerza: que él sólo será responsable de las consecuencias de sus actos. Naturalmente, para el caso extremo de una falta grave, irreparable, la amenaza tácita de un castigo muy serio debe pender siempre sobre su cabeza como una espada de Damocles.»

«Los méritos del sistema, méritos que describiré en los siguientes párrafos, pueden reducirse á estos cinco incisos:

- 1.º Propende á consolidar el respeto y la disciplina en los hogares;
- 2.º A basar los matrimonios en la «afinidad electiva»;
- 3.º Al mayor incremento de las aptitudes individuales para la producción de la riqueza;

4.º A desarrollar la preocupación del bien público;

5.º Y como resultado total, á cimentar en las costumbres el *individualismo práctico*, que se traduce en el carácter, la ayuda propia, el trabajo, la disciplina, la responsabilidad, la independencia, el ahorro, la dignidad, la responsabilidad personal y social...»

Apoyo el primer punto en la razón siguiente: «la experimentación de la propia responsabilidad aumenta en el adolescente su cariño hacia su padre y su casa. Porque nunca siente con mayor vehemencia la necesidad de sus consejos, que cuando tiene que luchar aislado con sus débiles brazos.»

No cabe duda en cuanto al segundo inciso, pues el joven puede libremente, ya capacitado para las luchas de la vida, escoger compañera, en armonía con sus condiciones. El tercer punto lo funda en el estímulo que el joven siente de afirmar y fortificar sus propias aptitudes para abrir camino en las luchas de la vida; todo lo cual tiende, naturalmente, á realizar lo indicado en los incisos 4.º y 5.º

«Las capitales ventajas que presenta el espíritu de la Educación anglo-individualista *para el Estado*, son: facilitar el buen gobierno por la promoción de ciudadanos idóneos, y mejorar las condiciones económicas por aumento de trabajo nacional. O sea: encauzar la acción política de todos y aumentar la riqueza de todos.»

En el número correspondiente á Agosto último de la revista mexicana *La República*, el Sr. D. Julio Guerrero se ocupa del nuevo partido que, bajo el lema de Reforma, Unión y Libertad y asumiendo el nombre de partido liberal, ha lanzado un programa en que se piden las siguientes cosas: educación liberal y cívica de la nación; restablecimiento de la honradez política en los funcionarios públicos; abolición de toda tendencia personalista en los Gobiernos, que pueda juzgarse preferente á la Constitución de 1857, y leyes de reforma; que sólo se permita un sacerdote de cada culto por cada diez mil habitantes; que todos los clubs vigilen los actos de los



funcionarios públicos y acusen á los transgresores de la ley, sean de la categoría que fueren; que se inculque al pueblo los principios cívicos por medio de la tribuna y de la prensa, y que se purifique la administración de justicia creando Comisiones de salud pública.

El Sr. Guerrero califica este programa de utopia, y de jacobinos á los que lo defienden. Cree que las condiciones de la política actual no permiten inspirarse en las doctrinas del contrato social y de la soberanía del pueblo. Lamenta que todo el mundo se juzgue con aptitudes para ser hombre público, mientras se necesita un aprendizaje especial para ser abogado, médico, ingeniero, etc.

Por eso estima como un *peligro jacobino* la intervención en lo político de los fracasados de otras profesiones, y teme que, cuando deje la presidencia de la República el General Díaz, se produzca el desquiciamiento que sobreviene en todos los Estados cuando la autoridad y el poder pasan de manos robustas y firmes á las de visionarios y exaltados que, sin más cultura que el fondo de experiencia personal que todos tenemos, opinan sobre los negocios públicos como pudiera hacerlo el tendero de la esquina ó el zapatero de enfrente.

El mismo Sr. Guerrero nos da cuenta en la citada revista de la proporción extraordinaria que alcanzan en México los delitos de sangre, en los siguientes términos: «Cábele á México el triste honor de haber especializado sus crímenes y alcanzado en los de sangre el punto más alto que registra la estadística en el mundo civilizado. En el Distrito Federal, sobre todo, los delitos de lesiones y homicidios alcanzan una cifra entre doce y catorce mil casos anuales, que no se encuentra en toda la Europa reunida en el mismo período de tiempo. Nuestra criminalidad de sangre sólo se compara con los casos de pérdidas y bajas en los ejércitos en campaña de las guerras modernas. Estamos, pues, en lo que se refiere al respeto de la vida humana, en condiciones militares tan alarmantes como si nos encontráramos en campaña, con la agravante de que

aquí no podemos prevenirnos contra las eventualidades del peligro con toda la preparación militar que una época de guerra requiere.»

En opinión del Sr. Guerrero, este desarrollo de la criminalidad es debido á varias causas: la escasa influencia de la religión católica, que va quedando relegada al elemento femenino de las altas clases; los hábitos de crueldad creados por setenta años de guerra; la sequedad del clima; el alcoholismo; el pernicioso influjo de periódicos y novelas que hablan de bandidos y de grandes crímenes, rodeando en cierto modo á los primeros de una especie de aureola; atavismos de raza...

El articulista entiende que sólo una educación racional que eleve el nivel de cultura del país, podrá hacer que la criminología disminuya, transformando el alma mexicana y matando en ella los instintos sanguinarios, y que, á modo de sedimento, fuese alejando las guerras de conquista y de independencia y las revueltas políticas.

*El proletariado profesional*, por Pangloss.

Se da en México, por lo visto, el mismo fenómeno que Demolin denunciaba en Francia y Sergi en Italia, y acerca del cual han hablado no poco algunos periódicos de España de gran circulación.

Las carreras liberales no pueden sostener á todos los que á ellas recurren; hay un considerable exceso de personal, y mientras la agricultura y la industria están desatendidas, ó en poder de extranjeros, la plétora de «intelectuales» da origen á un proletariado profesional cuya suerte es cien veces más triste que la del obrero. Los abogados, los médicos y los ingenieros vegetan en las oficinas y en los empleos del Gobierno, obteniendo míseros sueldos; las clases «altas» no quieren dedicar á sus hijos, por no perder los timbres de familia, á las profesiones modestas y lucrativas; y de aquí la miseria general del país, que ofrece un vasto campo de acción á los especuladores extranjeros.

El articulista cree que si México ha de conservar su inde-

pendencia económica, base de la política, es indispensable que se dé de mano á la rutina y que los que no tienen vocación ni aptitudes de sabio, se consagren á la agricultura y á la industria.

El Sr. M. Trelles, en el núm. 104 de la revista *Cuba y América*, resume en un breve artículo el «Report on the Census of Porto-Rico» en 1899, redactado por el coronel Sanger y los peritos en estadística Sres. Garreti y Wilcoxx. De él resulta que la población de este país ha doblado más de seis veces á la pasada centuria.

«Los blancos y mulatos han aumentado en igual proporción; por el contrario, los negros han disminuído paulatinamente, por efecto del entrecruzamiento de las razas y de la falta de inmigración africana. Los mestizos, á despecho de lo que afirman ciertos autores, en vez de extinguirse en este clima aumentan progresivamente, al menos en Cuba y Puerto Rico.»

La instrucción pública no ha podido estar en estos países más abandonada.

«La proporción de iletrados en Puerto Rico es más elevada que en cualquiera de los Estados de la Unión ó en cualquiera de las islas de las Antillas. Guatemala es el único país cuya proporción de iletrados es mayor que en Puerto Rico.»

El cuadro que presenta la higiene pública tampoco es muy halagüeno. «El 6 por 100 de las casas se surte de agua de acueducto; el 1 por 100 posee inodoros, y el 75 carece de lugares excusados.»

Por lo que se refiere á los medios de transporte, Puerto Rico es de los países más atrasados de América, y otro tanto puede decirse de la agricultura, industria y comercio.

El Sr. Solís estudia en la *República Agrícola*, de Guatemala, las causas económicas de la independencia nacional. Económicas y no políticas fueron, en su sentir, las causas de la independencia de Guatemala, siendo la principal el haber el Guayaquil acaparado, para su cacao, los mercados de Nueva

España á fin del siglo xvii, con exclusión del de Guatemala; lo cual, unido á la prohibición general, de antiguo existente, del ejercicio del comercio por el mar del Sur, entre los cuatro reinos de Perú, Nueva España, Nueva Granada y Guatemala, trajo como consecuencia en este último punto, (á que se circunscribe el artículo del Sr. Solís,) la disminución de la moneda, que salía de Guatemala para comprar en Nueva España y otros sitios los productos de que allí se carecía y que necesitaba, al mismo tiempo que su comercio de exportación era nulo ó poco menos, por lo que no entraba moneda y ésta llegó á agotarse; hasta el punto de que «la posesión de terrenos, ganados y alhajas no servía de nada, porque faltaba moneda para el cambio», por lo cual, «siguiendo el dictamen de muchos funcionarios civiles y religiosos, se envió á la corte una súplica para que se permitiese la acuñación de moneda igual á la española», habiendo tardado dicha solicitud catorce años en obtener resolución favorable.

A pesar de esto, el Sr. Solís, en vez de ensañarse con la metrópoli, más bien la disculpa, «alegando el buen deseo de España de hacer la felicidad de sus colonias, cuya realización implica la lucha entre los intereses opuestos de España y de de dichas colonias», así como el régimen administrativo de las provincias de entonces, y el modo de ser y las necesidades y situación geográfica de tales países.

El sistema prohibitivo de que queda hecho mención, se dulcificó por la famosa y curiosísima Real cédula de 17 de Enero de 1774 y por otras disposiciones de las postrimerías del siglo xviii; pero no llega nunca, según el Sr. Solís, á la adopción del único remedio eficaz: la libertad comercial en provecho de colonias y metrópoli.

El Sr. Solís termina su trabajo doliéndose de que «la hora de la separación de la madre patria haya coincidido con el «comienzo de la época de las luchas fratricidas», y dice que «si se hubiera de juzgar de los resultados de la independencia por los adelantos del primer tercio de siglo de vida autónoma, no se-

ría grande la importancia de tal revolución». Pero el señor Solís, no obstante, tiene gran fe en el porvenir de su patria.

El último número recibido de la *Revista del Ateneo*, de Buenos Aires, contiene un interesante artículo de D. Ernesto Quesada sobre la crisis económica del Brasil.

«La vida económica de este país—dice el Sr. Quesada,—por razón del clima y de su tradición esclavista, se basó exclusivamente en la producción del café hasta la famosa reforma de Río Branco. Desde entonces, y principalmente á partir de la proclamación de la República, su Estado ha tratado de desarrollar otras ramas de producción; pero puede decirse que hasta ahora no se ha logrado gran cosa en este sentido.»

A pesar de haber sido sustituido el trabajo de los esclavos por el de hombres libres, y á pesar de haber sido cambiados los métodos rutinarios de cultivo por la dirección inteligente de especialistas, los precios continúan en baja y las crisis se suceden.

El Sr. Quesada señala como causas de la actual, que es gravísima, las siguientes: falta de mercados, deficiencias de la legislación mercantil, de la producción y de los transportes, estimando como mejor remedio para salvar la situación el propuesto por el Sr. Veiga, que consiste en dar á la producción brasileña una organización comercial.

Sabido es que Chile ha sido uno de los Estados que no ha querido firmar, en el Congreso Panamericano reciente, el compromiso de arbitraje. La misma actitud adoptó en el Congreso Hispanoamericano de 1900. Pero no todos los chilenos participan de esta repugnancia hacia el arbitraje. Así se desprende de un artículo de la *Revista de Chile* (Agosto 1901), cuyos principales párrafos son como sigue:

«Así como no es posible conseguir que un país prospere si no se respeta en él la paz pública, si carece de correcta administración de justicia que asegure el respeto de la propiedad y el cumplimiento de los contratos, así tampoco no es posible esperar entre países colindantes un aumento de relaciones co-

merciales entre ellos, ni tampoco que el capital de los países de más recursos venga á fecundar esas comarcas, mientras no haya una garantía cierta, que inspire plena confianza á todos, de que la paz internacional no será turbada por cualquier motivo, á menudo, hasta sin motivo.

»Falta entre las naciones de este continente, sobre todo en algunas de ellas, ese alto espíritu de cordura y sensatez que permite dar á la paz interna su verdadero precio y posponerla á rivalidades de poco momento, á malquerencia sin justificación, á ambiciones descabelladas.

»¿Se quiere un mayor desarrollo comercial, una multiplicación en las vías de comunicación, un aumento de la actividad industrial y mercantil de estas repúblicas? La realización de todas esas aspiraciones está subordinada á la confianza que sepan inspirar á los extraños, capaces de traerles capitales y elementos de trabajo, de que el orden y la paz pública no serán turbadas en cualquier momento sin causa justificada.»

El arbitraje puede contribuir á inspirar esa confianza.

«El arbitraje adoptado de común acuerdo, en forma que no vulnere los derechos de nadie, *sin pretender someter á sus resoluciones cuestiones anteriores á su establecimiento*, constituido en forma que dé garantías formales de imparcialidad y seriedad, no puede ser, nos parece, motivo de temores ó recelos fundados para nadie.

»Puede, además, traer otro gran beneficio, y es el de detener la dañina inclinación que hemos empezado á revelar, á invertir gran parte de nuestras rentas en fusiles, cañones y blindados, en lugar de dedicarlas á fomentar nuestros medios de transporte, á multiplicar nuestros elementos de trabajo y producción, á elevar el nivel intelectual de nuestro pueblo, que tanto lo necesita, y á tantos otros fines de más positiva y segura conveniencia.

»Hubo un tiempo en que las naciones de Europa principalmente, ignoraban los medios de enriquecerse pacíficamente y en los que un íntimo convencimiento les advertía

que la guerra y el pillaje eran las industrias de más seguro rendimiento, y durante siglos han vivido asechándose los unos á los otros y ocupados en pillarse cada y cuando se creían más fuertes que el vecino.

»Este error ha sido destruído, y hoy los economistas han mostrado que la guerra ha llegado á ser, en la mayoría de los casos, un medio muy costoso de enriquecerse, en todo caso más costoso que el procurarse por medio de las artes de la paz las riquezas que arrebatata. Si se considera el número de hombres que es necesario quitar al trabajo durante años y años para adiestrarlos en las artes militares, lo que hay que invertir en armarlos y equiparlos, las pérdidas de vidas que la guerra ocasiona, la carga duradera que la nación contrae de dar pensiones y socorros á las viudas y huérfanas, fuera de muchas consecuencias indirectas que produce, aun aquella en que se ha obtenido la victoria, permiten vislumbrar que la conclusión á que llegan los economistas modernos no es una conclusión basada en datos sentimentales é inspirada por el humanitarismo sólo.

»Si el arbitraje, tal como se intenta ahora establecerlo, puede quitar algunas causas de guerra y contribuir á hacerlas en América menos frecuentes y más tardías de lo que han sido, bien venido sea; si ha de traer sobre América más paz y justicia sin vulnerar, al hacerlo, el derecho de nadie, ¡bendito sea!»

El último número recibido de la *Revista de Ciencias*, de la Habana, dedica su editorial al examen de la reforma de la enseñanza hecha por el Secretario de Instrucción pública, el espíritu que la informa y los resultados que de ella pueden esperarse. Para ello se sirve principalmente de un opúsculo del señor Varona, titulado *Las reformas en la enseñanza superior*, y de una carta particular de este mismo escritor dirigida al señor Montané. De ambos documentos resulta que, pretendiendo los cubanos competir en el terreno industrial con los norteamericanos, para no ser desalojados se han procurado armas adecuadas á la defensa y en correspondencia con las que usan

sus competidores, es decir, que han inspirado su enseñanza en el criterio americano, del modo más análogo al de los Estados Unidos. El niño no entra en la segunda enseñanza hasta la edad en que deja de ser un mero recipiente, hasta que puede trabajar por sí mismo y ser un colaborador en la obra de su cultura, sustituyendo la enseñanza del libro por la de la naturaleza y el hombre. Al entrar en la Universidad, cultiva preferentemente aquellas ramas del conocimiento que ayudan á utilizar las fuerzas naturales, para hacerlas servir á la obra de la civilización. La reforma de los Institutos tenía que ser principalmente pedagógica; la de la Universidad había de tener además carácter social.

Puesta en estas condiciones, claro es que la enseñanza ha de producir resultados excelentes.

El Sr. A. San Juan hace en *El Ateneo* (Buenos Aires) el examen de un libro publicado por el Sr. Miró Quesada con el título de *El arbitraje obligatorio*. El autor empieza historiando la tendencia á solucionar pacíficamente los conflictos internacionales, tendencia que se acentúa—dice—desde mediados del pasado siglo. Pone de relieve cómo son las Cámaras populares de Inglaterra, Italia, Suecia, Países Bajos y Bélgica, las cuales proponen á los respectivos Gobiernos la celebración de tratados permanentes de arbitraje, cosa que se explica por ser el pueblo, que es, en definitiva, quien paga con su dinero y con su sangre, el más interesado en evitar las guerras. Hace constar después que tal aspiración se reveló primero en América que en Europa, dándose el caso de haber sido un guerrero como Bolívar quien, para realizarlo, recurrió al Congreso de Panamá de 1826. Al terminar el Sr. Miró su reseña histórica, se pregunta cuál es la causa de que no se hayan obtenido hasta ahora los resultados apetecidos, y dice que no puede ser otra que la ineficacia del arbitraje sin sanción, por haberse limitado las asambleas reunidas al efecto, como la reciente de La Haya, á declarar que la sumisión al fallo del tribunal debe ser *bona fide*.



El Sr. San Juan halla justificado el escepticismo del señor Miró respecto del *arbitraje facultativo*, pero cree en la posibilidad de un pacto diplomático en que se estipule el *arbitraje obligatorio*, manifestando la confianza de que en contados casos sería necesaria la acción coercitiva sobre los Gobiernos para el cumplimiento de la sentencia del tribunal arbitral, confianza que apoya en el hecho de que «ningún Gobierno inicuo y fuerte se negó jamás á cumplir un fallo arbitral en favor de otro débil».

Circunscribiendo la cuestión á América, estima el Sr. San Juan urgente que se pacte el arbitraje obligatorio para solucionar todos los problemas pendientes y futuros, inclinándose á pensar que en muy pocos casos sería preciso recurrir á la fuerza para imponer los fallos. Tanto el Sr. Miró Quesada como el Sr. A. San Juan, creen de necesidad someter al tribunal arbitral las cuestiones en la actualidad pendientes entre las naciones americanas, porque se trata la mayor parte de las veces de litigios tradicionales sobre fronteras, y se requiere la solución previa de estos conflictos para que después pueda ser un hecho el arbitraje entre los diferentes Estados.

El Sr. San Juan termina haciendo notas por que tales aspiraciones sean pronto una realidad hermosa.

*El Educador*, de Santiago de Chile, se ocupa en el *Congreso general de enseñanza pública* que debe celebrarse el presente año, incluyendo las listas de temas propuestos á la Mesa por las Comisiones de enseñanza superior y de enseñanza secundaria.

He aquí los primeros:

- 1.º Reforma de la ley de instrucción de 9 de Enero de 1901.—2.º Fundación de la superintendencia de la enseñanza nacional á que se refieren los artículos 144 y 145 de la Constitución.—3.º Necesidad de crear nuevas carreras especiales (de notarios, de inspectores técnicos, de químicos, de electricistas, de veterinarios, de enfermeros, etc.).—4.º Necesidad de crear una escuela politécnica.—5.º Conveniencia de la codificación de las leyes de instrucción.—6.º Extensión ó vulgarización de la enseñanza universitaria.—7.º Necesidad de crear cursos especiales para médicos legis-

tas, para higienistas, para ingenieros sanitarios y para cirujanos militares.—8.º Conveniencia de organizar la institución del protomedicato.—9.º Bifurcación de los estudios de humanidades desde el 4.º año, con el fin de reforzar la preparación de los que siguen la carrera de las matemáticas.—10. Condiciones en que debe organizarse el profesorado extraordinario.—11. Equivalencia de los grados y de los títulos en los países latino americanos.—12. Conveniencia de arreglar por la ley la provisión de pensiones en el extranjero y de becas en los establecimientos nacionales.—13. Creación de una escuela de bellas artes independiente de la Universidad.—14. Sistema de pruebas adaptables á la instrucción superior y profesional.—15. Reorganización sistemática de la Universidad.—16. Conveniencia de instituir pensionados para fomentar ciertas carreras especiales.—17. Conveniencia de exigir títulos de competencia para optar á los cargos administrativos.

La Comisión de enseñanza secundaria propuso los siguientes temas:

**MATERIAS FUNDAMENTALES.**—§ 1. *La reforma de la enseñanza secundaria en Chile y otros países.*—Se esclarecerán en este tema los puntos relacionados con la educación de los alumnos. Se excluirá en lo posible toda disertación histórica que no conduzca directamente á los fines prácticos que persigue el Congreso.

§ 2. *Horas de trabajo y recargo escolar.*—Estudio comparativo de la cantidad de trabajo intelectual que se impone á los alumnos de la enseñanza oficial y privada, tanto en Chile como en otros países. Si hay recargo en Chile, ¿cuáles son sus causas y cuáles serían los medios de evitarlo?

§ 3. *Fiscalización de los establecimientos privados.*—Intervención que incumbe al Estado, según la ley, cuando esos establecimientos particulares aspiran á la validación de sus estudios, para títulos universitarios, vigilancia relativa á la moralidad, higiene y seguridad de los alumnos y empleados.

§ 4. *La cuestión de exámenes.*—¿Conviene adoptar un sistema único de exámenes para los colegiales fiscales y particulares? En las condiciones ordinarias, ¿bastan las pruebas finales para garantizar la seriedad de los estudios? Las pruebas periódicas, ¿son indispensables para garantizar la gradual maduración de la cultura?

§ 5. *La cuestión del bachillerato.*—¿Convendría suprimir el sorteo? Se formulará un plan de examen para el bachillerato en armonía con los programas vigentes.

§ 6. *¿Conviene organizar en Chile un curso de altos estudios de hu-*

*manidades?*— Formular un plan para la licenciatura en humanidades y señalar los medios para asegurar el mantenimiento de estos estudios superiores.

§ 7. *Las jubilaciones en el profesorado.*—¿Qué reformas deben introducirse en las leyes vigentes sobre la materia? ¿Debe hacerse forzoso el retiro á cierta edad?

§ 8. *Plan general de sueldos y ascensos en el profesorado. Los premios.*—Se formulará un proyecto de ley sobre la materia.

MATERIAS ESPECIALES Á LA SECCIÓN.—§ 1. *La reforma en los programas de enseñanza.*—¿Cuál es entre los idiomas vivos el que debe considerarse como fundamental en nuestro plan de estudios? Extensión de los programas y relaciones que deben tener entre sí. Armonización entre las materias unas con otras y *engranaje* que convendría establecer al final del tercer año con las materias que exigen los colegios especiales á los alumnos que van á incorporarse á ellos. *Engranaje* entre los programas del primer año con los de la enseñanza primaria superior.

§ 2. *Horario.*—Número de horas semanales para cada ramo. Distribución de éstas en el día.

§ 3. *Supervigilancia en los liceos del Estado.*—¿Es más ventajoso organizar visitaciones generales por zonas, ó es preferible nombrar visitadores para grupos de ramos que inspeccionen la enseñanza en todos los liceos? Proyecto de ley sobre la materia.

§ 4. *¿Qué medios deben emplearse para asociar á las familias en la obra de la enseñanza y de la educación?*—Causas de la actual falta de cooperación de la casa en las obligaciones escolares y remedios para llenar esta deficiencia.

§ 5. *Pensiones en el extranjero para los profesores.*—Condiciones que deben llenar los que obtengan becas en Europa y los Estados Unidos. Reglamento sobre la materia.

§ 6. *Libros fundamentales que deben contener las bibliotecas de los liceos.*—Catálogo de libros que deben hallarse indefectiblemente en la biblioteca de cada liceo, como mínimun de su dotación.

§ 7. *¿Conviene que todos los liceos de instrucción secundaria sean del mismo grado?*—¿Es preferible que, por motivos de economía, de buena administración ó de escasez de alumnos en algunas localidades, ó por la dificultad de tener profesores competentes, subsista la división actual en liceos de primera y segunda clase?

§ 8. *¿Cuál es el mejor sistema para la provisión de becas en los liceos de instrucción secundaria?*

§ 9. *¿Debe mantenerse con uniformidad el mismo número de cursos en todos los liceos de la República de igual categoría?*—¿Conviene que los

planes de estudio y los programas sean los mismos en todos los liceos? ¿Es útil introducir en ellos modificaciones de detalle, sobre todo en los estudios científicos, adoptadas á las condiciones de las localidades ó regiones del país?

§ 10. *¿Qué medios podrían aplicarse para hacer experimentales los estudios científicos secundarios?*—Organización de excursiones de los alumnos á los alrededores en que esté ubicado el liceo; herborización en los campos; observación con el barómetro de la elevación ó depresión del suelo; formación de croquis del terreno con algunas medidas, etc., etc.

§ 11. *¿Conviene establecer una oficina de útiles de enseñanza secundaria?*—Organización de este servicio.

§ 12. *Resumen de los métodos de enseñanza de los idiomas vivos usados en los últimos veinticinco años.*

§ 13. *La enseñanza de los idiomas vivos en Chile desde 1890.*

§ 14. *Los textos de enseñanza.*—¿Debe exigirse la uniformidad en la adopción de los textos? ¿Conviene que el Estado adquiriera la propiedad literaria de los que se adopten para libros de materia, lectura y consulta? Indicaciones sobre la forma en que el libro debe estar redactado para adaptarse al sistema de estudios en vigor.

§ 15. *Idiomas.*—*a)* Estudio y revisión de los programas.—*b)* Metodología general y textos.—*c)* Material de enseñanza.—*d)* Importancia de la fonética para los profesores y alumnos. Importancia de la traducción para la enseñanza de los idiomas extranjeros y para el idioma patrio.

§ 16. *Filosofía, literatura, historia y geografía.*—*a)* Estudio y revisión de los programas.—*b)* Metodología.—*c)* Material de enseñanza en geografía y en historia.—*d)* ¿Qué condiciones pedagógicas debe llenar el mapa de Chile destinado especialmente á la enseñanza?—*e)* ¿Conviene formar una colección de cuadros murales sobre geografía chilena y otra sobre historia nacional?—*f)* ¿Cómo deben organizarse las excursiones para la enseñanza intuitiva y práctica de la geografía é historia chilenas? Formación de una lista de los lugares vecinos á cada liceo que deben ser visitados anualmente por los alumnos.—*g)* ¿Conviene separar el estudio de la geografía del de la historia?—*h)* ¿Qué debe comprender el estudio de la filosofía? ¿Debe incluirse en esta asignatura la enseñanza de la psicología y de la moral?

§ 17. *Ciencias físicas, naturales y matemáticas.*—*a)* Estudio y revisión de los programas.—*b)* Metodología.—*c)* Material y útiles de enseñanza.—*d)* Los trabajos manuales en las preparatorias.—¿Qué extensión deben darse á estos trabajos para que puedan servir de base á la educación industrial? ¿Qué ejercicios deben implantarse para que los niños inicien su aptitud en los trabajos mecánicos?

§ 18. *Administración, régimen interno y educación.*—*a)* Reglamento interno de los liceos. ¿Conviene dictar un plan único para todos los liceos, ó es preferible dictarlos aisladamente para cada uno de ellos?—*b)* Los internados. Medidas tendentes á mejorar su condición.—*c)* El inspeccionado. Reorganización de este servicio.—*d)* ¿Debe fomentarse la organización de internados y medio internados particulares? Plan sobre esta materia; requisitos; emolumentos.—*e)* Organización de los libros de oficina y contabilidad de los liceos.—*f)* Estadística de la enseñanza secundaria. Bases para organizar este servicio de un modo sistemático y uniforme en todos los liceos de la República.—*g)* ¿Qué recompensas deben recibir los alumnos sobresalientes en cada año escolar? ¿Deben mantenerse las distribuciones de premios ó deben suprimirse?—*h)* Ahorro escolar. Medios de fomentarlo en los Establecimientos del Estado.

El Sr. Bernardo Suárez se lamenta de que, tratándose, como se trata, de un *Congreso general*, no sólo para la instrucción primaria, sino también para la secundaria y superior, no se haya dispuesto que tomen parte en él las maestras y profesoras de las escuelas y liceos de niñas. La razón de que para ello se necesitaría más dinero, no es, en opinión del Sr. Bernardo, razón suficiente. «Pensamos—dice—que la mujer tiene iguales aptitudes que el hombre para la educación y la enseñanza, particularmente para la primaria. La Naturaleza ha querido confiarla la misión más importante del género humano: la de concebir, criar y educar al hombre. En los dos Congresos de enseñanza que van ya celebrados en la República Argentina, se han distinguido los colegios y escuelas de niñas.»

HISPANUS.

## CRÓNICA LITERARIA

---

*Récuerdos de un diplomático*, por D. Augusto Conte (tomo II).—  
*Psicología del pueblo español*, por D. Rafael Altamira.

Curioso y entretenido como el primero, es el tomo II de los *Recuerdos de un diplomático*, escritos por D. Augusto Conte. Se refiere al período comprendido entre los años 1852 y 1865, y casi todo él habla de personas y sucesos de las Cortes de Florencia, Turín, Nápoles y Londres, en que pasó aquellos años el autor, desempeñando cargos diplomáticos. Sólo por incidencia habla de España, con motivo de un viaje que hizo á su país natal el Sr. Conte, ó con ocasión de los cambios políticos que aquí ocurrían, y que determinaban de rechazo cambios de residencia del diplomático que cuenta sus recuerdos... traslaciones en lenguaje administrativo. Se observa por estas *Memorias* (aunque ya es pormenor poco importante) que el Sr. Conte no fue de los que más padecieron con nuestros disturbios políticos. Los vió desde lejos, y le perjudicaron poco en su carrera, al menos hasta el momento á que llega la narración en el segundo tomo.

Es sensible que el Sr. Conte, que tan felices disposiciones muestra como escritor de *Memorias históricas*, no hubiese tenido otra profesión distinta de la de diplomático, que en vez de tenerle alejado de España, le hubiese mantenido aquí, de

suerte que el asunto de sus *Recuerdos* fuese español, cosas de España. Serían interesantísimos. No es por *chauvinisme*, ni siquiera por patriotismo, sino sencillamente porque los sucesos y personalidades notables del reinado de Isabel II interesan mucho más á nuestro público que lo que ocurría por entonces en las diferentes Cortes italianas ó en la de la Reina Victoria. Para nosotros al menos, aquel período de la historia de España posee todos los alicientes capaces de despertar la curiosidad: está aún reciente y guarda relación inmediata con las cosas de ahora; es como el prólogo ó el antecedente de lo que en la actualidad vemos y *vivimos*; abundan en él las intrigas, las causas ocultas generadoras de hechos conocidos; lo individual y privado influyó mucho en lo público. Tras el velo de la historia pública y *hecha* queda mucho terreno por explorar; más que el fondo del cuadro es esa historia un telón que oculta con frecuencia la maquinaria complicada de la historia secreta. No diremos que haya en todo esto materia para unas nuevas *Anécdota* de Procopio, ni siquiera que haya llegado el instante de que los Procopios ó quien haga sus veces dejen á un lado las *Historias* y la emprendan con las *Anécdota*. Pero, libelos aparte, sí hay materia para muchos libros curiosos de recuerdos.

Algo dice, sin embargo, el Sr. Conte de los sucesos de España, y suelen ser sus dichos agudos y oportunos. Hablando del estado de ánimo que dominaba en las esferas oficiales de Madrid antes de la guerra de Africa, dice que O'Donnell abrigaba «la idea, muy acariciada también por D. Alejandro Mon y otros megalomanos de aquella época, de hacer que España fuese declarada Potencia de primer orden; ocurrencia singular que equivale, en mi concepto, á pretender que un pobre sea declarado rico, ó que un chico de cuerpo sea declarado gigante». Juicios parecidos le merecen casi todas las empresas belicosas de aquella época. Recuerda que Istúriz decía de O'Donnell «que después de su campaña de Africa se parecía á D. Quijote de la Mancha después de su batalla con el vizcaíno:

á todo se atrevía, nada le parecía difícil»; y cuenta que al saberse la anexión de Santo Domingo, Lord Russell se admiró mucho de aquella novedad, y dijo que él hubiera respondido á los dominicanos lo que contestó Luis Onceno á los genoveses una vez que quisieron pasar al dominio de aquel Rey por librarse del Duque de Milán: «¿Queréis daros á mí? Pues yo os doy al diablo.» Respecto al término de aquella empresa, «Narváez pensó, sin duda—según el Sr. Conte,—que en materia de locuras, son las mejores las más cortas».

Locura también le parece al autor de los *Recuerdos* la guerra del Pacífico. «Istúriz—dice—lo había predicho desde que empezaron á construirse en Inglaterra algunos buques para nuestra marina de guerra, y les decía á sus íntimos amigos: «Ya verán ustedes cómo apenas estén concluídos, los emplearemos en alguna locura.» Ciertamente, miradas á distancia, y vistos ya el término que tuvieron y su esterilidad para los intereses españoles, aquellas guerras parecen poco prudentes y se advierte con facilidad el desequilibrio entre la tendencia española á *hacer grande*, y la medida real de nuestras fuerzas y recursos. Pero juzgar á O'Donnell y á los hombres de su tiempo que aprobaron aquella política con nuestro criterio de hoy, sería poco equitativo. Como todas las decadencias, la nuestra ha sido progresiva y hace cuarenta años parecían posibles para nosotros cosas que hoy tachamos de locuras. Por otra parte, ¿no fuimos en 1898 á la guerra con los Estados Unidos, aunque fuese contra nuestra voluntad y por dejar á salvo el punto de honra? En la época á que se refiere esta parte de los *Recuerdos* del Sr. Conte, era mucho más escaso que ahora el número de los españoles que creían que nuestro papel en el mundo acababa en el límite de nuestras fronteras y que los ensueños de gloria militar eran para nosotros alucinación en extremo peligrosa.

Lo mismo que en la parte relativa á sucesos de España, en la concerniente á los países en que residió el autor de los *Recuerdos de un diplomático*, abundan mucho las anécdotas, con-



tribuyendo á dar ligereza y amenidad al relato. No todas son nuevas, pero las más de ellas son muy graciosas. Cuenta, por ejemplo, que era tan grande el recato de la Reina María Teresa de Nápoles, esposa de Fernando II que exigió que las bailarinas de la Ópera se pusiesen pantalones de tul verde debajo de los toneletes, para que no padecieran las buenas costumbres, innovación que fue motivo de no poca risa y de muchos chistes. Acerca de la costumbre de señalar las señoras un día fijo á la semana para recibir á sus amigos, da la siguiente explicación: «Según algunos autores, semejante costumbre es muy antigua. Otros sostienen, al contrario, que fue establecida en tiempo de la Restauración (se refiere á la francesa), y la atribuyen nada menos que á los Reverendos Padres Jesuítas. Cuentan que en aquella época de reacción política y religiosa, hubo más de una señora, entre las más devotas del barrio de San Germán, las cuales (*sic*) se quejaron á sus confesores de que cuando algún caballero libertino las hallaba solas, solían verse muy apuradas para poner coto á sus atrevidas impertinencias. Propusieronlas los buenos Padres que cerrasen la puerta de sus casas á las personas de esa especie; pero el hacerlo no era fácil, ni menos podían tampoco dejar enteramente de recibir visitas. Entonces discurrieron los prudentes confesores y adoptaron las recatadas damas el ingenioso recurso de recibir solamente un día fijo en cada semana, por cuyo medio, siendo muchas las personas que acuden, ni dejan de ver á sus amigos, ni corren el riesgo de hallarse á solas con ninguno.» Podrá no ser rigurosamente histórica la explicación, pero por su mezcla de candidez y de malicia resulta bonita y picante. Es muy *talon rouge*. De Lord Wellington, el vencedor de Napoleón, *The Iron Duke*, como le llamaban los ingleses, cuenta una ocurrencia tan graciosa como sangrienta: la respuesta que dió á los denuestos del populacho, cuando votó el divorcio de la Reina Carolina. «Las turbas, excitadas por los whigs, le rodearon al salir de la Cámara y querían obligarle á gritar: ¡Viva la Reina Carolina! Entonces el Duque, volvién-

dose á aquellos energúmenos, les dijo con mucha sangre fría: «Sí. ¡Viva la Reina Carolina! y que Dios le dé á cada uno de ustedes una mujer tan buena como ella.» Sabido es que Carolina de Brunswick había sido acusada de adulterio.

Esta abundancia de anécdotas no arguye que el autor de los *Recuerdos* se limite á lo superficial: á coleccionar los dichos águdos de sus contemporáneos y los lances divertidos que presenció ó llegaron á su conocimiento. Los chistes y anécdotas de que he dado antes alguna muestra, son como la sal de estas Memorias, pero en ellas se trata también de asuntos serios, por lo general con mucha discreción y claro sentido de la realidad. En los *Recuerdos* se habla de gran número de personajes notables ó simplemente conocidos del siglo XIX, de Víctor Manuel I de Italia (que en la época á que se refiere el libro del Sr. Conte era sólo Rey de Cerdeña), de la Reina Victoria, de Fernando II de Nápoles, de Napoleón III, de Garibaldi, de Cavour, de Palmerston, de Disraeli, y entre los españoles, de la Reina Isabel y su hermana la Duquesa de Montpensier, de O'Donnell, de Cánovas del Castillo, de Narváez, el Conde de San Luis y de muchos otros de menor importancia; se habla también de sucesos tan importantes como la guerra de Crimea, la de secesión de los Estados Unidos, las de Italia, la insurrección de Polonia y la guerra de los Ducados, y se emplean no pocas páginas en describir las obras de arte que se conservan en los Museos de Italia y de Inglaterra, países en que el autor residió en la época que abarca el segundo tomo de sus *Recuerdos*. Acerca de todos estos asuntos, que asuntos son para el escritor que los traslada á un libro, hombres y sucesos, discurre el Sr. Conte con perspicacia é imparcialidad. Se ve que no le cuesta trabajo ser objetivo ni aun en un género tan subjetivo y personal como las Memorias. Su crítica suele ser benévola en lo que á las personas se refiere, ó por lo menos templada y cortés.

Con quienes se muestra acaso más severo es con los políticos que por entonces desempeñaron cargos diplomáticos de

importancia y de quienes tuvo que depender por tal concepto el Sr. Conte. No los maltrata, pero deja comprender con harta claridad que, en su concepto, eran hombres muy incompletos por la falta de ciertos talentos de sociedad ó determinados conocimientos auxiliares como el de las lenguas vivas. Es un rasgo muy característico de la psicología profesional del diplomático de carrera ese desdén hacia las personas ajenas á la corporación que llegan á desempeñar cargos importantes de esta clase. De D. Nicomedes Pastor Díez habla con simpatía el Sr. Conte, pero se escandaliza de que no supiese bailar y pronunciase el francés con acento gallego. A este propósito, refiere que la Reina Doña Isabel se rió mucho de que en cierto baile de Palacio no supiesen bailar algunos personajes de la oposición contra el Conde de San Luis, diciendo: «Buena está la Oposición, que ni para bailar sirve.» Hay que reconocer que en este punto han variado bastante las costumbres y que nadie se extraña ya de que un hombre político no sea bailarín.

Quien sale peor parado en esta parte es D. Antonio González, que fue Embajador en Londres y de quien refiere el señor Conte que se resistía á ponerse el frac en las comidas diplomáticas que daba, y por nada del mundo prescindía, ni en tales ocasiones, de un gorro de terciopelo encarnado con borla de oro, que usaba constantemente por temor á los resfriados. De este D. Antonio González refiere la siguiente anécdota: «Una noche que comía en el Club con el Secretario Sorela, le hizo notar éste que en una mesa inmediata había comido lord Clarendon.—«Por vida del Chápiro—exclamó González,—¿por qué no me lo ha dicho usted antes y hubiera pagado por él?»—«Señor D. Antonio—le respondió Sorela,—Clarendon lo hubiera llevado muy á mal, porque aquí no existe esa costumbre.»—«Vamos, vamos—le replicó él, desengáñese usted, á nadie le disgusta que le paguen la comida.»—También al Ministro de Estado, D. Saturnino Calderón Collantes, le alcanza algún disciplinazo. Dice el Sr. Conte que no sabía hablar bien el

francés, lo cual dió lugar á dificultades diplomáticas, porque en cierta ocasión, queriendo manifestar al Embajador de Francia que no podía darle respuesta sobre determinado negocio, dijo *je ne conteste pas*, frase que el Embajador entendió como de asentimiento, sin comprender que el Ministro traducía con excesiva libertad el verbo español *contestar* por el francés *contester*, que significa otra cosa. Pero según he leído no ha mucho en un periódico extranjero, el actual Secretario de relaciones exteriores de los Estados Unidos no sabe tampoco francés, ignorancia más notable hoy que en la época de Calderón Collantes, por lo mucho que se ha extendido por todas partes el estudio de las lenguas vivas. No hay duda de que el dominio de éstas es muy conveniente para los diplomáticos, y hasta necesario en ciertos casos, y tratándose de ciertos idiomas si bien en los que ocupan los primeros puestos tienen importancia mayor otros talentos.

Como los *Recuerdos* reflejan la vida del autor, no es de extrañar que las noticias acerca de la vida de sociedad y de las personas principales con quienes alternaban los diplomáticos en cada una de las Cortes que describe, ocupen muchas páginas en el tomo de que venimos hablando. Entre las ocupaciones de la diplomacia ha llenado y llena todavía mucho lugar la vida de salón, y por eso es por lo que se exige á los funcionarios de esta clase que sean hombres de mundo, personas distinguidas. Este carácter particular de los empleos diplomático parece estar llamado á sufrir algunas modificaciones. Acaso está su origen en lo que fue antiguamente la política de las Cortes, en el siglo XVIII, por ejemplo, cuando las intrigas de salón, las favoritas y las damas influyentes solían pesar mucho sobre Ministros y Monarcas. En este mundo tenían que desplegar sus dotes de observación y sus talentos de negociadores los diplomáticos, y, por tanto, les era necesario ser hombres de ese mundo, capaces de alternar con cortesanos y damas elegantes. Un diplomático que no hubiera llenado estos requisitos, habría desentonado horriblemente y habría careci-

do del prestigio necesario para cumplir su misión. Pero hoy, aunque la diplomacia mantenga todavía, por el espíritu conservador que reina en todas las corporaciones que constituyen á modo de una clase, aquella tradición de las antiguas Cortes más ó menos calcadas sobre el modelo de la de Versalles, las razones políticas que aconsejaban aquel tipo de diplomático han desaparecido con el advenimiento de la democracia y la decadencia de las aristocracias nobiliarias como fuerza política, hasta en las naciones donde todavía conservan alguna influencia en esta esfera. Todo hace creer que el arte de dirigir un cotillón y el de vestir con elegancia no serán los principales requisitos que se exijan á los diplomáticos del porvenir.

Todo esto no impide que el libro del Sr. Conte, libro histórico, de recuerdos, esté muy en su terreno reflejando las costumbres de su tiempo, que son todavía las actuales. En resumen, el segundo tomo de esta obra no decae en interés respecto del primero, y si bien no nos descubre hechos ignorados ni secretos históricos (cosa que en las *Memorias* modernas es bastante difícil, porque la parte secreta de la historia va disminuyendo de día en día), es un libro de lectura muy agradable, lleno de pormenores pintorescos y en el cual abundan los rasgos de buen juicio y no escasea el ingenio (1).

\*  
\* \*

En la *Biblioteca moderna de Ciencias sociales* que se publica en Barcelona bajo la dirección de los Sres. D. Alfredo Calderón y D. Santiago Valentí Camp, ha aparecido el nuevo libro de D. Rafael Altamira, *Psicología del Pueblo español*. Es nuevo y no lo es, según se entienda su novedad. Lo es, porque hasta ahora no se habían publicado, formando cuerpo en un volumen, los estudios que le forman, y no lo es, por cuanto dichos

---

(1) Después de escrito este artículo llega á nuestro conocimiento la sensible noticia del fallecimiento del Sr. Conte, ocurrido en Florencia, donde habitualmente residía.

estudios habíanse publicado antes separadamente, dos de ellos en LA ESPAÑA MODERNA, con los títulos de *El problema actual del patriotismo* y *La Psicología del Pueblo español*, y el último formando el discurso de apertura de curso leído por el señor Altamira en la Universidad de Oviedo en la inauguración de estudios de 1898. Nuevo ó no, el libro es interesante, y los directores de la *Biblioteca moderna de Ciencias sociales* han hecho bien en incluirle en su colección.

De cinco capítulos se compone esta obra: *El concepto de nación y de patria*, *Opiniones sobre el pueblo español*, *Las discusiones sobre el carácter español*, *La crisis actual y sus remedios* y *La regeneración intelectual*. En el primero, que es una defensa del patriotismo contra las tendencias cosmopolitas, las teorías de la absorción de los pueblos débiles por los fuertes, de la muerte histórica de las naciones, etc., el Sr. Altamira coloca, á mi entender con acierto, lo esencial del patriotismo y lo característico de la nación, no en factores físicos como el territorio ó psicofísicos como la raza, sino en el elemento espiritual, que es para el caso como la conciencia del grupo nacional y hace que se reconozca éste como una personalidad. El segundo y tercer capítulo son los que propiamente pertenecen á la psicología del pueblo español y forman un resumen, apoyado en copiosas citaciones, de la ya antigua pero no extinguida polémica entre hispanóforos é hispanófilos sobre el carácter español y el papel que en la historia y en la civilización hemos desempeñado, así como de los datos que para la formación de la psicología nacional aportaron en esta polémica, ya en el siglo pasado escritores tan eruditos como Feijóo y Masdeu entre otros. El cuarto capítulo, *La crisis actual*, es un estudio sobre la regeneración, inspirado en un fortalecedor optimismo, y el quinto plantea la misma cuestión en la esfera propia de la Universidad, examinando puntos tan interesantes como la extensión universitaria y los viajes escolares y de profesores para establecer contacto inmediato y frecuente con los adelantos científicos de otros pueblos. En

este capítulo de su obra plantea el Sr. Altamira con mucho acierto el problema de la instrucción como medida regeneradora. La tesis de que sólo mediante la instrucción pueda levantarse un pueblo de su decadencia, es en extremo aventurada; hay decadencias de muchas clases, y la vida colectiva tiene otros motores que el adelanto intelectual. Pero la posición en que se coloca el autor de la *Psicología del pueblo español* es muy sólida y firme: La regeneración—dice—ha de ser obra de todos; cada uno debe cooperar á ella dentro de su misión particular, de su profesión, de su círculo de acción. La misión de la Universidad es enseñar; luego para ella el problema de la regeneración es un problema de enseñanza y reclama un esfuerzo pedagógico.

Claramente se infiere, por las noticias anteriores acerca del contenido del libro del Sr. Altamira, que no es este un estudio ó un ensayo sistemático y total acerca de la psicología del pueblo español, sino una colección de estudios diferentes relacionados con dicho asunto en distinto grado. El título tiene algo de convencional, y el verdadero objeto de la obra es la crisis moral y material que representan para la nación española sus recientes desastres, y los posibles remedios en que cabe poner la esperanza. La psicología del pueblo español viene á ser algo incidental, aunque constituye un dato importantísimo de ese problema. Así como el médico necesita estudiar bien el temperamento del enfermo para apreciar debidamente la dolencia y elegir el tratamiento, el sociólogo y el estadista han menester también del conocimiento de la psicología nacional para medir la gravedad de las dolencias colectivas y descubrir los remedios posibles y eficaces. Creo que el pensamiento del autor no estará muy distante de este punto de vista, puesto que en el prólogo dice que su libro puede considerarse como un suplemento ó un capítulo añadido á *La decadencia de la naciones latinas*, de Sergi, que es el volumen anterior de la misma Biblioteca. Desde luego es algo más que una mera adición, y en cierto sentido corrige el estudio, más

vasto y brillante, pero mucho más superficial y menos sólido en algunos puntos, del publicista italiano, oponiendo á su acaso exagerado pesimismo, un optimismo sano y consolador.

Por otra parte, no debe olvidarse que la *Völkerpsychologie*, la psicología de los pueblos, está aún en embrión, en estado de nebulosa, á pesar de que tiene más de medio siglo de existencia, por decirlo así, oficial, desde la publicación de la obra de Lazarus, que se considera como el primer ensayo científico de este género. Excusado es decir que hay precedentes numerosos y mucho más antiguos. El Sr. Altamira cita por ejemplo á Feijóo y á Masdeu como iniciadores de la psicología del pueblo español, y desde que la historia toma algún tinte filosófico y no se contenta con ser mero relación de sucesos, puede decirse que aparece aquella rama de los estudios psicológicos, aunque sea de una manera informe y precientífica. En realidad, la psicología de los pueblos es una interpretación de la historia, pues la historia y las costumbres, la vida histórica y no histórica, son sus fuentes. En este sentido, hasta los historiadores de la antigüedad nos ofrecen fragmentos de psicología de los pueblos. Pero á pesar de sus adelantos, todavía no es posible pasar en ella de monografías aisladas ó de bosquejos muy sujetos á rectificación. Las dificultades que ofrece son enormes, y la empresa de distinguir entre los rasgos comunes que presenta la historia de los pueblos del mismo tipo de civilización, lo distintivo y peculiar del carácter de un pueblo, del alma nacional, suponen tan ímprobo trabajo, tal dominio y comprensión de la historia, que no es extraño que la *Völkerpsychologie* tenga que contentarse por mucho tiempo con tanteos aproximaciones y estudios parciales de determinados fenómenos.

Dentro de estos límites obligados, el libro del Sr. Altamira representa una aportación valiosa de materiales y de juicios al estudio de la psicología nacional. El momento psicológico que en particular examina es muy interesante, y como el interés que ofrece no es meramente teórico, sino práctico, por



---

tratarse de un problema real de la actualidad, la psicología conduce derechamente á la moral, á reglas de conducta. El resumen que en este libro se hace de la controversia sobre el concepto general de nuestro carácter; puede considerarse como introducción indispensable de todo estudio de psicología colectiva de los españoles, y su lectura es de las que pueden recomendarse á la juventud como estimulante del patriotismo y medio de prevenirse sobre la tendencia á menospreciar ó á comprender mal nuestro pasado.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.— SOCIOLOGÍA: Contra los solteros y los estériles.— HISTORIA: Las Universidades de Europa.— OCULTISMO: El milagro moderno.— COSTUMBRES: La mujer en Turquía.— Moral vieja y periodistas nuevos.— LITERATURA: Papel de la literatura en la fraternidad hispanoamericana.— La cuestión moral en la novela.— DERECHO INTERNACIONAL: La «exclusiva» en la elección pontificia.— IMPRESIONES Y NOTAS: La lengua universal del porvenir.— La *Madonna* de Morgan.— Las grandes Revistas y su circulación.— Los poetas favoritos de los franceses.— Falsificadores de leche.

## SOCIOLOGIA

CONTRA LOS SOLTEROS Y LOS ESTÉRILES.— En Francia — dice en la *Revue Bleue* Enrique Dagan — hay más de tres millones de solteros de más de veinticinco años de edad, cerca de dos millones de matrimonios sin hijos, y unos trescientos mil matrimonios divorciados, viudos y viudas sin hijos.

Para contener la despoblación resultante de estos hechos el senador Piot ha presentado un proyecto de ley, en cuyo artículo primero se establece que «los solteros de ambos sexos, de treinta años cumplidos por lo menos, estarán sujetos á una tasa igual á la quinceava parte del total de las cuatro contribuciones directas que paguen; los esposos que lleven cinco años de casados pagarán un vigésimo si no tienen ningún hijo vivo, y continuarán pagando esta tasa hasta que tengan sucesión».

El art. 2.º abre un crédito de 20.000.000 al Ministerio de la

Gobernación bajo el título de «subvenciones, socorros y alientos á las familias numerosas», el cual, según el art. 3.º, se distribuirá anualmente á los padres, y en defecto de éstos, á las madres de familia que tengan más de cuatro hijos vivos. Tal es esta ley extraordinaria.

¿Por qué la gente se casa cada vez menos y por qué los que se casan tienen menos hijos? Evidentemente por las dificultades crecientes de la existencia y por la naturaleza del trabajo. Es verdad que se objeta que el pobre tiene más hijos que el rico, lo cual es cierto; pero Piot mismo dice por qué: «es su único placer»; á lo que podría añadirse que hay un grado de pobreza en que el presente es tan terrible que desaparece el temor al porvenir.

Una causa eficacísima de despoblación es el industrialismo, que tantas mujeres utiliza. ¿Puede una mujer ser á la vez madre y obrera? ¿Puede atender á su fábrica y á su casa? De ahí la mortalidad de niños de obreros que tantas vidas siega: la de hijos legítimos, que es por término medio de 15 por 100, llega en los centros obreros á 28,50 por 100; la de hijos naturales, cuyo promedio es de 33 por 100, alcanza un 50 y un 60 por 100 entre los obreros.

En las clases medias el «temor del hijo» está perfectamente explicado por Piot; hoy—dice—las carreras liberales están repletas de gente que se arrancan mutuamente las migajas del festín de la vida, vegetando la mayor parte y formando esa escoria del proletariado intelectual, de refractarios y de teóricos de la anarquía; pensando en los gastos de educación y establecimiento de un hijo, en la crisis de la venta y en la baja del interés, se explica que los padres vacilen; el hijo es el inconveniente del matrimonio: la educación que dar, el hijo que colocar, la hija que casar, una casilla más en el presupuesto de gastos, un ataque al crédito, una disminución del bienestar y de lo superfluo.

En apoyo de esta tesis he aquí un estado que comprende toda Francia menos París, y que demuestra la presión que

ejerce la familia con sus exigencias y necesidades para provocar al crimen.

SUICIDIOS POR EDADES Y ESTADOS (1889 á 1891).

| E D A D               | H O M B R E S      |                    |                   |                   |
|-----------------------|--------------------|--------------------|-------------------|-------------------|
|                       | Casados sin hijos. | Casados con hijos. | Viudos sin hijos. | Viudos con hijos. |
| De 0 á 15.....        | 1,3                | 0,3                | 0,3               | »                 |
| » 15 á 20.....        | 0,3                | 0,6                | »                 | »                 |
| » 20 á 25.....        | 6,6                | 6,6                | 0,6               | »                 |
| » 25 á 30.....        | 33                 | 34                 | 2,6               | 3                 |
| » 30 á 40.....        | 109                | 246                | 11,6              | 20,6              |
| » 40 á 50.....        | 137                | 367                | 28                | 48                |
| » 50 á 60.....        | 190                | 457                | 48                | 108               |
| » 60 á 70.....        | 164                | 385                | 90                | 173               |
| » 70 á 80.....        | 74                 | 187                | 86                | 212               |
| » 80 en adelante..... | 9                  | 36                 | 25                | 71                |
| TOTAL.....            | 723,12             | 1.718,15           | 290,21            | 635,6             |

| E D A D               | M U J E R E S      |                    |                   |                   |
|-----------------------|--------------------|--------------------|-------------------|-------------------|
|                       | Casadas sin hijos. | Casadas con hijos. | Viudas sin hijos. | Viudas con hijos. |
| De 0 á 15.....        | »                  | »                  | »                 | »                 |
| » 15 á 20.....        | 2,3                | 0,3                | 0,3               | »                 |
| » 20 á 25.....        | 15                 | 15                 | 0,6               | 0,3               |
| » 25 á 30.....        | 23                 | 31                 | 2,6               | 2,3               |
| » 30 á 40.....        | 46                 | 84                 | 9                 | 12,6              |
| » 40 á 50.....        | 55                 | 98                 | 17                | 19                |
| » 50 á 60.....        | 57                 | 106                | 26                | 40                |
| » 60 á 70.....        | 35                 | 67                 | 47                | 65                |
| » 70 á 80.....        | 15                 | 32                 | 30                | 68                |
| » 80 en adelante..... | 1,3                | 2,6                | 12                | 19                |
| TOTAL.....            | 249,6              | 435,9              | 143,15            | 225,12            |

No hay que olvidarlo: hoy, como hace dos mil años, el celibato, «antes que ser un propósito calculado, ha sido una necesidad inconsciente», como dice Bocquet. Aquí, sin embargo, como en otras partes, hay que consignar la ignorancia peligrosa del legislador, del pedagogo, del sociólogo y del publicista, cada uno con su pesadilla profesional que le oculta el conjunto y le priva de vivir en la realidad, como cuando Piot habla del éxodo de las poblaciones rurales sin atender á la crisis agrícola; como cuando Bertillon habla de la «ambición de los padres por sus hijos», como si fuera alguna novedad; como cuando el Dr. Legrain nos habla de los estragos del alcoholismo, como si esta plaga no tuviera raíces más hondas. La natalidad—como dice Molinari—es un efecto y no una causa; la producción del hombre, como todas las demás, está determinada, no por las cantidades ofrecidas, sino por las cantidades pedidas; cuando el número de empleos disponibles en una sociedad civilizada aumenta, la oferta tiende á cubrir y aun á exceder á la demanda, y la natalidad se eleva hasta que el envilecimiento del precio del trabajo, resultante de la superabundancia, determina ó una disminución de la producción ó la busca de nuevas salidas.

Si esto es así, lo cual es indudable, ¿para qué forzar las cosas? Si es la fatalidad económica la que causa la baja de los natalicios, ¿para qué reclamar medidas coercitivas contra los solteros y los casados sin descendencia? Se predica al pueblo economía, y luego se le obliga á aumentar sus cargas imponiéndole la fabricación de hijos. ¿No es esto contradictorio? Las clases en que domina la inconsciencia son las que practican el crecimiento; las clases razonables y prudentes, las que practican el decrecimiento.

Lo cierto es que, según los cálculos hechos, la ley Piot, si se aceptara, produciría 144.484.590 francos, de los cuales 20 se destinarían al alivio de las cargas de las familias de cuatro ó más hijos, quedando 124 millones en beneficio del Estado. Como se ve, no se trata sino de encubrir con un pretexto, al

parecer plausible, el propósito de aumentar las cargas del contribuyente para echar un puntal más á la desvencijada hacienda del Estado.

## HISTORIA

**LAS UNIVERSIDADES DE EUROPA.**—Douglas Story dedica en la revista americana *The Munsey* un interesante artículo á las principales Universidades de Europa, señalando la famosa escuela de Salerno como germen de las Universidades futuras.

*Universidades italianas.*—La madre de todas las Universidades fue la de Bolonia, donde el célebre Irnerio instituyó en 1113 una *lectura* de jurisprudencia. En aquellos tiempos en que el latín era la lengua universal de los sabios, los doctos de todos los países eran buscados para dirigir las cátedras, y el Profesorado de Bolonia, cuya autoridad en materia de derecho civil y canónico era universalmente reconocida, se honró con miembros ilustres de todas las nacionalidades. Los alumnos afluían allí de todas partes, y el número de estudiantes matriculados llegó á ser en 1400 de cerca de trece mil.

Hoy ha perdido Italia—y no hoy, sino hace siglos, pues hoy puede decirse que existe un pequeño renacimiento—la supremacía de la cultura, contando con veinte Universidades que arrastran una vida pobre y ociosa. Es el país que cuenta relativamente á su población con mayor número de Universidades, excepto Escocia, pero sin dinero para sostenerlas ni estudiantes para poblarlas. Las principales son las de Roma, Nápoles, Turín, Pavía, Padua, Bolonia, Palermo y Pisa, siendo la más concurrida la de Nápoles, que cuenta con 5.000 alumnos, de los cuales, sin embargo, apenas un millar asiste regularmente á las clases. El excepticismo y el pesimismo imperan como soberanos en las Universidades italianas; la teología es despreciada en ellas, y apenas ejercen influencia en el mundo culto estos antiguos emporios del saber.

*Universidades francesas.*—La famosa lucha de San Ansel-

mo y Roscelín sobre el realismo y el nominalismo apasionó en el siglo XII á todos los espíritus cultos, y dió lugar, con la intervención del gran Abelardo, que empezó á dar conferencias sobre la lógica en la Catedral de París llegando á tener un auditorio de 30.000 personas, á la fundación de la Universidad de París, que luego sirvió de modelo á las inglesas y alemanas. Entre París y Bolonia había, sin embargo, grandes diferencias: Bolonia tenía autoridad por sus estudiantes, y París por sus Profesores; en Bolonia se aspiraba á convertir á los estudiantes en maestros ejercitándolos en la profesión, y en París se buscaba sobre todo el medio de aguzar los ingenios por el contacto de los grandes talentos de la época; en París dominaba la enseñanza especulativa y teórica y en Bolonia la práctica, y así durante siglos.

En tiempo de Napoleón, que tuvo que reconstituir todo lo deshecho por la Revolución, la Universidad cambió de carácter, fundiéndose en un solo organismo todas las Academias, Escuelas y Colegios, y funcionando casi militarmente. Los Profesores eran trasladados por orden del Ministerio de un punto á otro como si fueran oficiales de ejército, y todas las Universidades se regían por idénticos reglamentos y se ajustaban á un patrón único. La guerra franco-prusiana dió por resultado una transformación plausible de esta organización, pero sin acabar de quitar á la Universidad el carácter burocrático y funcionarista que el gran Napoleón la impuso.

Antes de la guerra había en París 17 cátedras de la Facultad de Ciencias, y hoy son 25, y así en todas las demás Facultades. La nueva Sorbona tiene diez veces más extensión que la del tiempo de Richelieu, y la nueva Escuela de Medicina es veinte veces más grande que la antigua. La Universidad de París, frecuentada por unos diez mil estudiantes, cuenta con magníficos y vastos laboratorios, museos y gabinetes de todas clases, y aunque no está libre todavía de la intervención oficial, tiende cada vez más á regirse autónómicamente.

Fuera de la de París, son dignas de especial mención, en-

tre las Universidades francesas, ya por su numerosa matrícula, ya por el valer de los profesores ó ya por la importancia de los edificios, las de Montpellier, Burdeos, Lyon y Tolosa.

*Universidades inglesas.*—Por el tiempo en que nacía la Universidad de París, las escuelas anejas al convento de San Friedeswyde y á la abadía de Oseney, se fusionaban en Inglaterra para fundar la Universidad de Oxford; en 1133, Roberto Pullen, procedente de París, instituyó un curso de «lectura sobre la Biblia», comentando la lógica de Abelardo, y poco después Vacario, procedente de Bolonia, se estableció allí como profesor de Derecho civil. Casi desde su nacimiento fue así considerada la Universidad de Oxford, como uno de los grandes centros de cultura europea, y en 1257 era estimada como la segunda Universidad del mundo. Poco después de su fundación apareció la de Cambridge, que fue la segunda de las grandes Escuelas inglesas.

En la Edad Media, las cuatro grandes sedes de la enseñanza pública eran París, Bolonia, Oxford y Salamanca; hoy es Oxford la más hermosa ciudad universitaria del mundo. Los fines perseguidos por Oxford y Cambridge son bastante distintos de los perseguidos por las Universidades del continente; en Alemania y Francia los estudiantes se transforman en pequeños profesores, haciéndose de ellos sabios; en Oxford y en Cambridge el objeto es ensanchar la inteligencia, formando una juventud culta y educada; los estudiantes ingleses, al terminar sus carreras, no son ciertamente unos jóvenes eruditos, pero su inteligencia está tan desarrollada, que se halla en aptitud de progresar rápidamente en cualquiera especialidad á que se dediquen.

*Universidades alemanas.*—El mayor contraste con las Universidades inglesas lo forman las alemanas. El objeto de todo profesor alemán es la especialización; de aquí que Alemania está llena de pacientes investigadores que invierten su vida entera en recoger hechos y observaciones sobre cualquier tema, pero que difícilmente dan al mundo ninguna importante gene-



realización. Francke es el hombre á quien se debe principalmente el desarrollo de las Universidades germánicas y el espíritu en que se han venido inspirando.

En cuanto á locales las Universidades alemanas dejan bastante que desear, sobre todo en cuanto á *confort*; la manera con que los profesores dan sus lecciones, y la poca puntualidad con que, lo mismo ellos que los alumnos asisten á las clases, se presta á no pocas críticas, mereciendo en cambio todo género de alabanzas la organización de las bibliotecas y lo rico y fecundo de los laboratorios.

La más hermosa Universidad alemana es la de Strasburgo, reedificada después de la anexión; la más aristocrática es la de Bonn, donde se educó Guillermo II y donde hoy estudian sus hijos; la más antigua es la de Heidelberg con sus estudiantes disipados, bebedores y duelistas; la más grande es la de Berlín con 8.000 alumnos y 200 profesores; la más pequeña es la de Rostock, que apenas cuenta con 300 estudiantes y 40 profesores; la más pintoresca en fin es la de Jena. Las cuotas de las Universidades alemanas son modestas y la vida del estudiante no viene á costar más de cien francos mensuales.

*Universidades austriacas.*—Se ajustan al tipo de las alemanas y apenas se distinguen de ellas. La de Viena data de 1364 y es hoy una de las grandes escuelas médicas del mundo, especialmente en cirugía.

El aspecto más interesante de las Universidades austriacas es la parte que los estudiantes toman en las agitaciones políticas. Los estudiantes fueron los que iniciaron la revolución de 1848; desde entonces son los héroes de las clases populares, y su parecer en las cuestiones políticas es escuchado en el Parlamento con deferencia sin igual. Tres años hace, los estudiantes austriacos, á causa del antagonismo entre alemanes y tchecos, se dividieron en bandos, prohibiéndoseles ostentar en público los colores de sus clubs; dentro de los claustros hubo luchas sangrientas, y habiéndose negado los eslavos á hablar en alemán, fueron las autoridades universitarias obligadas á

valerse del latín, teniendo así el Gobierno que ceder para evitar una crisis política.

*Universidades rusas.*—Son las más modernas de Europa, no contando más de siglo y medio de edad. Rusia tiene diez Universidades en Moscú, Kazán, Kharkoff, Petersburgo, Kieff, Odessa, Varsovia, Tomsk, Helsingfors y Dorpat; pero en Helsingfors los estudiantes son todos finlandeses, y en Dorpat, de 1.600 estudiantes sólo son rusos ortodoxos 95.

La organización se acomoda al tipo alemán. En la práctica todos los estudiantes son aspirantes á cargos administrativos; el 82 por 100 reciben auxilio del Estado durante su educación, y los cursos de sus estudios son muy severos. En general, y quizá por esta causa, existe entre alumnos y profesores una gran corriente de antipatía, y allí como en Austria, los estudiantes son temidos por los Gobiernos. Lo más notable de las Universidades rusas es la gran Escuela de lenguas orientales, donde se enseña árabe, persa, turco, tártaro, mongol, kalmuko, chino, hebreo, armenio, manchú, pushtu, tibetano y sanscrito.

*Universidades españolas.*—España, que antes de la invasión árabe fue vivísimo centro de cultura para toda Europa, decayó después, despertándose hacia el siglo XIII, en cuya primera mitad fue fundada la Universidad de Salamanca, que no tardó en ponerse al nivel de las de París, Oxford y Bolonia, siendo estimada como uno de los cuatro Estudios generales del mundo entonces conocido.

Hoy España cuenta con diez Universidades, pero todas juntas tienen menos de 10.000 estudiantes y de 250 profesores, según el Sr. Story, afirmación de todo punto inexacta. Madrid es la mayor y la más completa de todas las Universidades españolas; pero esta Universidad, lo mismo que la de Barcelona, es centro de sediciones y de revoluciones, según afirma el articulista escocés, tan poco bien informado en este punto, como suelen estarlo en general cuantos extranjeros hablan de España, sin conocerla más que por las nove-

las ó por los relatos abultados de las crónicas de los periódicos callejeros.

## OCULTISMO

EL MILAGRO MODERNO.—Tal es el título de un trabajo publicado en la *Revue Bleue* por Julio Bois, quien declara que las cuestiones de magia, espiritismo y ocultismo deben ser tratadas sin prejuicios en pro ni en contra, con espíritu crítico, estando perfectamente preparado para tratar estas materias, no sólo por no haberse afiliado jamás á ninguna de esas «pequeñas religiones de París», tales como la teosofía, rosacruz, essenianismo, martinismo, etc., sino porque sus trabajos en las clínicas de hipnotismo, magnetismo y sugestión y sus estudios de telepatía le permiten afirmar que, bajo el charlatanismo y los errores en que se hallan envueltos todavía estos estudios, hay en ellos una gran parte de verdad que la humanidad tiene interés positivo en conocer. Por eso engloba en la denominación de «milagro moderno» todos los fenómenos del espiritismo y de psiquismo, psicometría, exteriorización de la motricidad y de la sensibilidad, telepatía, escritura automática, sugestión, adivinación, etc.

A pesar de la exaltación de los fanáticos que lo han desacreditado, y del desdén de los escépticos que se encogen de hombros, lo cierto es que el «fenómeno psíquico», entendiéndose por tal todo lo que deriva de ese «milagro moderno», es un hecho. Acabamos de asistir á una crisis de entusiasmo por la kábala y el budhismo exotérico: los jefes del movimiento, Peladan, Guaita, Blavatsky, están ya casi olvidados, y, sin embargo, las sectas se sostienen y el fondo positivo del ocultismo, el hecho psíquico, ha adquirido mayor importancia y crédito, y hoy es estudiado por grupos científicos é investigadores sueltos, realmente desinteresados y críticos. Estos le despojarán de su falso prestigio, le «desocultarán», y con ello la

psicología experimental y el conocimiento de nosotros mismos ganará muchísimo. Las sesiones de Cagliostro y de Mesmer nos han legado la psicología experimental, como el actual ocultismo nos deja, por lo menos la telepatía, haciéndonos descubrir los dominios inexplorados de «lo inconsciente en nosotros».

¿Qué es el ocultismo? Una filosofía secreta, expresada generalmente por símbolos y que exige la enseñanza oral de un maestro para ser dominada. Este maestro, este *guru*, representa un papel intermedio entre el de hipnotizador y de confesor; esta intervención, sin la cual no hay fenómeno psíquico, nos demuestra la índole nerviosa y el estado de desequilibrio mental de esas gentes.

El objeto del ocultismo es teorizar lo maravilloso y dar á los adeptos la prueba, en cierto modo sensible, de estas teorías por medio de la alucinación voluntaria. Su metafísica es fascinadora y tiene dos caras, una hebraica y otra india, con una sola cabeza: un panteísmo idealista. Su concepto de Dios y del mundo merece ser expuesto por la mucha luz que arroja sobre el estado de espíritu de los ocultistas.

Para el ocultista Dios es incognoscible, y de él sólo se sabe que es infinito: este Dios se pone á soñar, y su sueño se exterioriza, convirtiéndose en el mundo y en las formas de los seres: el universo y nosotros mismos no somos más que un sueño de lo Absoluto, *maya*, una ilusión, pues sólo lo Absoluto existe; nosotros, sin embargo, tenemos una realidad, una existencia aparente, no muy distinta de la existencia subjetiva de nuestros sueños mismos. Podemos decir, invirtiendo la proposición, que si el mundo y los seres no tienen más realidad que un sueño, el sueño tiene tanta realidad como el mundo y los seres.

El método del ocultismo es esencialmente poético y oriental, pues se reduce á la *analogía* y la *intuición* para los que empiezan, y al *éxtasis* para los pocos que llegan hasta el fin de la doctrina. La kábala es, en efecto, una novela metafísica.

de clave. Este panteísmo idealista pronto degenera en naturalismo. El ocultismo se convierte en magia: si Dios llega hasta nosotros exteriorizándose en la Naturaleza, nosotros podemos ir hasta él por el mismo camino; la kábala suministra gran cantidad de fórmulas por las que se evocan, se domestican y se despiden las energías naturales de que los griegos hicieron dioses y que los ocultistas llaman ángeles, demonios y elementales.

Estas operaciones suponen además la existencia de otro mundo y requieren un plano invisible llamado el «plano astral». Hay dos partes en las evocaciones: una material, incienso, músicas, etc., y otra mística, que son los nombres divinos que pueden obrar sobre el mismo Dios. Alcanzado Dios, accede á la voluntad del magista; pero como está demasiado lejos para obrar por sí mismo, obra por medio de sus subordinados; el vidente, el que sueña despierto, se niega á creer que sea juguete de su imaginación, y supone que esas imágenes son independientes de él y forman parte de otro mundo en el que él ha sabido penetrar; esa región fantástica es el «plano astral, la luz astral».

Para legitimar su visión supone la existencia de un elemento mixto, fluídico, entre el espíritu y la materia, que recibe el nombre de luz astral á causa del extraño y especial brillo que revisten las visiones y que puede compararse al resplandor estelar. Esta *astralidad* existe también en el hombre, que no es más que un microcosmo, como el universo es un macrocosmo. Y como sólo los semejantes conocen á sus semejantes, sólo el hombre que ha desarrollado sus facultades astrales será el que se sumerja en la luz del mundo, después de gran número de encarnaciones.

Una objeción brutal se presenta á tal hipótesis: «¿Cómo es que tantos videntes se equivocan? ¿Es el plano astral el plano de la mentira?» Y el ocultista responde: «No, es que ese vidente no estaba puro; ha visto mal ó no ha sabido interpretar lo que veía, ó tal vez ha sido engañado por alguna personali-

dad maliciosa del plano astral.» Todo esto son subterfugios para evitar la confesión de que todas esas expresiones de planos y luces astrales son pura novela. Nuestras sociedades iniciáticas modernas han sido creadas para que vivan los jefes de la clientela exotérica; eso es lo que explica el misterio en que se envuelven y las fórmulas cabalísticas que emplean.

## COSTUMBRES

LA MUJER EN TURQUÍA.—Entre nosotros existen ideas muy equivocadas—según afirman en la *Nouvelle Revue Internationale* Fauconney y Marina—acerca de la condición de las mujeres turcas, figurándonos que las mujeres en Turquía son unas verdaderas esclavas cuando, bien pesadas las ventajas y las desventajas, habría muchas mujeres en Europa que cambiarían con gusto su libertad por la pretendida esclavitud de la mujer turca.

La mujer casada, en todo el imperio turco, tiene los mismos privilegios que entre nosotros, y hasta puede impedir á su marido que tome una segunda mujer, si así lo estipula en su contrato; y si consiente en habitar la misma casa que otra mujer, tiene el derecho de vivir aparte. Ni se crea que las señoras turcas consientan en cantar y bailar para divertir á su señor, cosa reservada á las almeas y á las gawasias.

En toda casa turca hay dos habitaciones, la de los hombres y la de las mujeres, y si en la primera hay un amo, en la segunda hay un ama. La visita del marido se hace ceremoniosamente, como la de los parientes más próximos, y como no come con sus mujeres, se entretiene para pasar el tiempo en fumar su narguilé y tomar sorbetes ó café. La costumbre es hacerse anunciar con tiempo, y si al llegar á las habitaciones de su mujer, encuentra unas pantuflas á la puerta, se vuelve atrás, porque es señal de que tiene amigas de visita, que á veces se quedan con ella uno ó dos días enteros.

La desocupación absoluta es la vida normal de la mujer turca; pertenezca á la clase que quiera, está perpetuamente condenada á la holganza; de ahí el tedio, ese terrible enemigo de los ociosos, que hay que combatir constantemente para no aburrirse, y contra el cual se inventan todos los placeres y diversiones. En los harenes ricos, cada mujer supone un tren de casa completo, y estas damas se reúnen, siempre previa invitación, ya en casa de una, ya de otra, divirtiéndose con toda clase de juegos, cuentos y conversaciones, música, cantos, bailes y pantomimas. Hay además los baños en común, con sus juegos especiales, los paseos y las correrías por los jardines y las azoteas, el balanceo de las hamacas, las meriendas, y sobre todo las diabluras que inventan contra los eunucos, negros y negras, cuyos alaridos y contorsiones las divierten sobremanera.

En cuanto á la libertad de salir y de hacer visitas, el derecho del marido se limita á ordenar que la acompañen sus esclavos, precaución sin resultado, pues nada más fácil que burlar esta vigilancia. La igualdad de los trajes facilita las aventuras, y en los cafés y en las tertulias no se oyen otras historias que las de enamorados que se disfrazan de mujer para penetrar en el harem. No hay, sin embargo, que hacer gran caso de estas narraciones, no porque no sea realmente fácil la aventura, sino porque el musulmán es, en general, poco dado al adulterio, y en cuanto á los cristianos forasteros, son raras las ocasiones y mayores las dificultades de infringir la ley.

La mujer turca no sale nunca sola, y es muy frecuente encontrarlas en grupos de diez ó doce recorriendo tiendas y riendo á carcajadas. Las visitas que hacen son de tres clases: pedidas y concedidas, de sorpresa y de aventuras. Cuando las damas de una casa quieren visitar á sus amigas de otro harem, se hacen anunciar por eunucos, y recibida la respuesta afirmativa, acuden con sus trajes de gala, de rigor en tales casos, y son recibidas con entusiasmo; fuman, charlan, toman café, limonadas y jarabes, comen frutas y dulces, juegan y murmuran. Suprimido el aviso de la visita, las invitaciones

consiguientes y los trajes de gala, tenemos la visita de sorpresa, que no se diferencia de la anterior ni en la duración ni en los obsequios á las visitantes. En cuanto á las visitas de aventuras, son cosa realmente curiosa: varias señoras se juntan en grupo y van á llamar á las puertas de casas desconocidas, visitando de este modo á personas á quienes nunca han visto y que ordinariamente acogen con agrado á las visitantes, obsequiándolas lo mejor que pueden.

Los paseos son originales y equivalen á una partida de campo llena de alegría, con meriendas, pantomimas, cánticos, bailes, carreras á caballo, etc. En cuanto á los baños, las mujeres se ponen de acuerdo con anticipación, y el día convenido se levantan al rayar el día, se adornan con sus mejores trajes y se hacen conducir al establecimiento elegido, pasando allí todo el día en abluciones, francachelas, juegos y bailes y á veces en altercados que degeneran en verdaderas batallas cuando se juntan grupos de bañistas de sectas diferentes.

Las mujeres turcas pueden poseer por sí bienes personales, fuera de la autoridad del marido, y tienen el derecho de divorciarse por ciertos motivos establecidos por la ley. El marido no necesita motivos; le basta decir á su mujer ante tres testigos: «estás divorciada», para que el divorcio quede consumado. Si quisiera volverse atrás no podría hacerlo, á menos de que ella se hubiera casado después con otro y hubiera quedado libre por otro divorcio ó por viudez. Aunque sólo los grandes personajes usan de la peligamia, por ostentación ó por gusto, hay también pobres diablos que se casan con varias mujeres para vivir del producto de su trabajo y tienen tres ó cuatro casas en distintos barrios de la ciudad, sin que las unas sepan de las otras hasta que, cuando menos se piensa, se descubre el lío y acaba el marido por ser expulsado de sus diversos domicilios, pues si la ley le permite tener varias mujeres, le impone la obligación de mantenerlas.

\*  
\*  
\*



MORAL VIEJA Y PERIODISTAS NUEVOS.—No tiene desperdicio el artículo que con el título precedente publica Hugo Ojetti en la *Rassegna internazionale* de Roma, y que, aunque se refiere concretamente á Italia, revela, ya que no en los pormenores, en el conjunto y en la tendencia, puntos de vista y estados de ánimo que pueden estimarse como generales.

Los periodistas no son acogidos con entusiasmo en la buena sociedad, ni aun en la más modesta de la burguesía; si llevan un nombre ilustre, ó son diputados, ó poseen un millón ó un buen automóvil, ó saben jugar al *tennis*, ó tienen la calumnia fácil, la buena sociedad podrá acogerlos como aristócratas, ó millonarios, ó políticos ó malas lenguas, *aunque* sean periodistas; del periódico, aun de los dos ó tres mayores de Italia, es elegante callar. Si en una comida que no sea política, alguien dice: «nosotros los periodistas», todos se callan confusos y mudan de conversación, como si una señora se hubiera atrevido á decir: «nosotras las mujeres de vida alegre». Si en una fonda escribís en las columnas de las profesiones, al dar la vuestra, «periodista», el secretario teme que pidais la disminución del 50 por 100 proponiendo un artículo de reclamo, y vuestro vecino de mesa, si es italiano, se abotona con cuidado la levita y pone la botella del otro lado.

¿De qué proviene esta posición social tan inferior del simple periodista? La información de Saredo sobre Nápoles nos lo dice: sin el periodismo, Nápoles sería la gloria, y por culpa del periodismo es un infierno. Verdad es que el periodista del 48, que escribía sus cuartillas en una mesa de café, con toda la vehemencia de la inspiración romántica y de la convicción, ha desaparecido. Pero también se han ido el poeta melenudo y el novelista impetuoso y el dramaturgo sentimental, y sus sucesores son estimados y enaltecidos.

La mala fama del periodista empezó por el empleo del pseudónimo, tras el cual no siempre se procedía con rectitud, como no siempre procede la dama honesta que se disfraza en Carnaval. El peso de un periódico, á medida que han ido cre-

ciendo las necesidades, no era soportable para uno solo, que tenía que acudir al apoyo de su partido, al de sus amigos y aun al de sus enemigos, entregándose por último, para salvarse de la ruina, á empresas industriales, con sus gerentes, Consejos de administración, accionistas, etc. Desde la cuarta página hasta los reclamos, todo se ha hecho mecánico y anónimo como la sociedad empresaria. A esta transformación está ligado el buen nombre del periodista, que no es ya un pensador sincero, sino un empleado del periódico, que tiene que decir lo que le manden. El público estima honrado, no lo que es honrado, sino lo que parece imposible que no llegue á ser honrado. La ocasión de delinquir es para él un delito: la muchacha que sale sola por la noche podrá ser una santa, pero al público le parece menos honesta que la que va con su madre, después de misa, Dios sabe dónde.

El nuevo tipo de periódico quita al periodista toda ingerencia en la marcha general de la empresa. Reducida la política á una *rúbrica* como otra cualquiera, y limitado el campo de cada articulista, el periodista es un empleado. Como tal, á nadie se le ocurre echar en cara á un subsecretario de Justicia la condena de un inocente ó la absolución de un culpable; como escritor, el colaborador debe aparecer á todos en lo poco que no hay de anónimo en la prensa, en sus relaciones con la dirección del periódico, como el literato en sus relaciones con el editor que imprime sus novelas ó con el actor que recita sus dramas. Con estas garantías de sinceridad el nombre de periodista podrá llegar á ser tan honroso cuanto socialmente útil es el periódico en que escribe.

## LITERATURA

**PAPEL DE LA LITERATURA EN LA FRATERNIDAD HISPANOAMERICANA.**—Tiene sobradísima razón el bogotano Sanin Cano en lo que dice en *Nuestro Tiempo*: «Hace treinta años que esta-

mos oyendo hablar de fraternidad hispanoamericana, y esta es la hora en que todavía no hemos visto en forma utilizable los resultados de esa fraternidad.»

Cuantos en España y América se dedican al cultivo de las letras tienen intereses comunes; ni unos ni otros necesitan para sus obras mayor mercado que los propios, y lo que importa es que esos sesenta millones que hablan español en América adquieran el gusto de leer en su lengua nativa y no en otra extraña, obras literarias.

No perdamos el tiempo en hablar de intereses comunes de raza, de política y de religión: no hay tal cosa. El tipo ibero no se ha conservado ni en España mismo, cuanto más en América. Por otra parte, los sociólogos más ilustres convienen en que hoy no hay razas en el sentido que la historia natural asigna á este vocablo. También es otra leyenda la comunidad de aspiraciones políticas: Hoy las naciones americanas no tienen verdadera política exterior, aunque debieran tenerla. Los europeos codician la tierra americana como solución al problema social, para librarse de los descontentos y de los desheredados, creyendo que América es materia fácil de conquistar por su desunión y su desgobierno; pero los ingleses olvidan que junto á las bocas del Orinoco poseen un pedazo de tierra mayor que Costa-Rica, célebre por su fertilidad, y que, sin embargo, ni en cultura intelectual, ni en riqueza, ni en población, puede competir con cualquiera de las repúblicas hispanoamericanas; y ya era hora de que los ingleses hubieran demostrado prácticamente en la Guayana los prodigios de adelanto que en los territorios tropicales pretenden introducir.

El verdadero lazo que nos une es la lengua. El error de las Asociaciones iberoamericanas está en que, sin desconocer el valor de la lengua como elemento de fraternidad, quieren apoyarse también en la política y en la diplomacia. Hay necesidad de que la lengua española se modernice. El que fomenta en América la circulación de libros, revistas y periódicos españoles hará más por la amistad de estos pueblos que

muchos tratados diplomáticos y que muchas disposiciones académicas. La lengua avanza y no hay que poner trabas á su desarrollo como lo hace la Academia, siguiendo, consciente ó inconscientemente, el espíritu conservador propio de estas Corporaciones.

Tratando de inquirir lo que podía hacerse por los editores peninsulares para ensanchar el comercio de libros en Colombia y consultados al efecto los más inteligentes en estas cuestiones, se llega á conclusiones harto tristes. El librero español hace todas las concesiones posibles, manda sus libros á quien se encarga de venderlos, no pone condiciones, por poca garantía que le ofrezcan las firmas, y espera á veces largo tiempo por su importe. No es culpa, pues, de los libreros españoles que los libros de su país no circulen profusamente por América, como no circulan otros tampoco. La valla del papel moneda es el gran obstáculo de la circulación: el peso colombiano está reducido hoy á la cifra irrisoria de 14 céntimos de franco, con la expectativa angustiosa de la baja, y en tales condiciones no es posible pensar en comprar libros. Mientras exista este mal, los libros extranjeros se verán ahuyentados del mercado suramericano.

La comparación, por otra parte, entre los gustos de hoy y los de hace un cuarto de siglo, es bien lastimosa: antes Spencer, Bain, Huxley, Darwin, Ribot, la ciencia nueva, proporcionaba las ventas más copiosas; hoy los devocionarios, los catecismos y las ediciones baratas de novelas como las de Dumas y Pérez Escrich, es lo que encuentra más fácil salida; si se vende mucho de otras obras, no es por su valor artístico, ignorado del vulgo, sino por lo escandaloso de sus escenas.

Los escritores nacionales no han hecho, por su parte, todo lo debido para fomentar la fraternidad. Leopoldo Alas ha sido uno de los escritores más leídos en América; pero las azotainas que con el nombre de *Paliques* propinaba á los escritores americanos, no han evitado que ningún poeta dejara de hacer versos malos si no sabía hacerlos buenos; y Clarín, por hacer

gracia, sacrificaba á veces el sentido crítico, perdiendo en prestigio sin ganar en aplausos. Su labor fue nociva para la buena inteligencia de los hermanos de ambos continentes. Valera, á su vez, ha pecado por el lado opuesto, elogiando cosas que no lo merecen y popularizando nombres que apenas tienen derecho á figurar en el horizonte de su campanario. Ni Clarín ni él han tenido el sentido de las proporciones, y habiendo podido hacer mucho, no han hecho nada por la fraternidad hispanoamericana. Menéndez Pelayo en cambio, con más sano criterio y mayor amplitud de espíritu, ha estudiado las letras americanas y ha logrado valorarlas en páginas dignas de estimación, haciendo más por estrechar los lazos de unión de los hispanos de ambos mundos, que cuanto ha conseguido hasta el presente la diplomacia. Esa es la labor que á todos nos importa llevar á cabo con fe, con perseverancia y con inteligencia.

\*  
\* \*

LA CUESTIÓN MORAL EN LA NOVELA.—La observación libre de la vida—dice en *La Revue* Camilo Mauclair—muestra infaliblemente que hay dos partidos, el de las personas aptas para las ideas generales y el análisis, y el de las que no comprenden nada. Las etiquetas, fuera de esto, sólo sirven para las medianías, para el eterno rebaño que sigue á los jefes como los reclutas, marcando el paso. El espíritu de partido es el espíritu de casta de los pobres; basta haber visto en un café de provincias afirmar á los políticos «yo soy tal ó cual cosa», acentuando con el puño sobre la mesa su filiación, para que le dé á uno asco toda la vida de semejante modo de apriscar el pensamiento. Esta manía, sin embargo, de llevar una marca está tan arraigada, que nadie se atreve á desprenderse de ella; no ser de algún partido es cosa que excita el odio; estar «con nosotros» es la condición exigida por todas las pandillas; estar consigo mismo parece un crimen.

Estas reflexiones pueden servirnos de guía al examinar el

papel moral y social del novelista contemporáneo. La novela es la más renovada de todas las formas literarias. En otro tiempo se reservaba el *Ensayo* para el examen de las ideas morales, y el folleto para el estudio de las crisis políticas. La novela ha tomado de la ciencia, de la psicología, de la metafísica, de la sátira, una serie de privilegios con los que ha compuesto el suyo. Su última conquista, después de la anexión de las ciencias psicológicas, ha sido la introducción de lo maravilloso científico en las letras, llevada á cabo magistralmente por los hermanos Rosny. La novela es una vulgarización y una síntesis. En los actuales momentos, el novelista se encuentra investido de un grandísimo poder, y su modo de expresión confina con el arte y con la moral. Los novelistas del sentimentalismo y de la escuela del buen sentido, se habían hecho los propagandistas de la moral burguesa y clerical, reduciendo la vida á una síntesis rudimentaria con el castigo del malo y la recompensa del bueno.

El novelista de hoy tiene que optar por uno de los términos de este dilema: ó ser más y mejor, ó no ser. El escritor de novelas no puede ya ser un simple intérprete, y es preciso que la sustancia moral proceda de él mismo. Es el único personaje social que tenga la autoridad y el crédito necesarios para semejante preeminencia. Ya no se escucha al sacerdote, ni hay *ensayistas*; sólo el novelista puede determinar la evolución de la moral. Podrá hacerlo si se abstiene de todo espíritu de partido; el mayor error que tiene que evitar es el dogmatismo; la renovación moral ha de venir de un hombre completamente distinto de toda categoría, que no sea pagano, ni fariseo, ni esenio, ni doctor de la ley; de un hombre que hable como extraño, con desinterés absoluto.

Así lo han comprendido hombres como Pablo Hervieu, al estudiar la familia en su admirable *Carrera de antorcha*; Francisco de Curel, el patronato, en su *Comida del León*; ó los hermanos Margueritte y Rosny, al crear nuevos tipos femeninos en *Mujeres nuevas*, *Doble amor*, *La otra mujer*. Todos ellos

saben predicar; para unos, el trabajo moral es una obligación de su instintividad; para otros es su expansión; la misión moral del novelista consiste en esperar esa variabilidad opuesta á los dogmas que unifican las conciencias bajo el mismo yugo. Ninguna de las ocho ó diez mujeres modernas que tomáramos como ejemplo en las novelas contemporáneas, puede ser calcada por imitadoras dóciles, porque la novela es una ficción; pero del conjunto de esos casos aislados sale un conjunto de nociones morales que reflejan una sociedad original, y de la emoción resultante de este espectáculo es de la que podrá la mujer contemporánea sacar una enseñanza que no está, sin embargo, codificada en página alguna de esas novelas.

Todos los novelistas de verdadero mérito obedecen esta sabia táctica; todos han comprendido que la moral no es un valor fijo, sino oscilante, y que fuera de la moral catequista, con obligación y sanción, hay un curso de moral cuyas acciones sufren alzas y bajas; que la vida de un individuo no se funda en un principio, sino en una sollicitación sucesiva de las diversas certidumbres á que le atraen las renovaciones de su organismo. El novelista sociológico no tiene deber más urgente, según Mauclair, que extirpar de la moral corriente todo dogmatismo religioso, todo lo que pasa por ser de consentimiento universal, todo lo que caracteriza los «personajes simpáticos» á los que el público, va en todo libro ó en todo drama. Es misión difícil é ingrata sustituir los mandamientos con evidencias y persuasiones, pero hay que hacerlo; el libre arbitrio es para el público un don engorroso, del que sólo desea que alguien le liberte.

Las cuestiones morales son de tal modo delicadas, que el novelista tiene que tocarlas con todas las precauciones y sutilezas que le ofrece el arte de escribir. Debe insinuar, preparar, plegarse, obrar por tanteos y comparaciones. Hoy es imposible pensar en dictar nuevos mandamientos; Nietzsche mismo, con ser tan autoritario como es, no lo hace. Emerson lo había ya resuelto así, y fácil es encontrar hasta en el Evan-

gelio esta aversión al dogmatismo. La obra moral de la novela consiste en destruir ese espíritu dogmático, demostrando la relatividad de todas las convicciones y probando que el ideal individual se constituye por las reciprocidades de los diversos sistemas en la conciencia.

## DERECHO INTERNACIONAL

LA EXCLUSIVA EN LA ELECCIÓN PONTIFICIA.—¿En qué consiste la «exclusiva»? Según Moroni la define en su *Diccionario de erudición eclesiástica*, en una «advertencia pacífica á la que se ha dado impropriamente el nombre de privilegio ó prerrogativa ejercitada por las tres Cortes de Viena, París y Madrid al declarar por una sola vez que no les agrada la elección de determinado individuo para Sumo Pontífice». El origen de este derecho de advertencia lo ven unos en la intervención más ó menos abusiva de los Emperadores de Oriente y Occidente en las elecciones pontificias, y otros en una resolución del Concilio lateranense de 1059, que afecta más á la coronación del Pontífice que á su elección.

El abate portugués Novaes, que escribió en 1792, afirma que la exclusiva data de fines del siglo xvii; pero está desmentido por el Cardenal Sforza Palavicino—según asegura del Cerro en la *Rivista Moderna Politica e Letteraria*—al dar cuenta del conclave de 1551; entonces el Marqués de Mendoza, Embajador de España, intimó al Cardenal Caraffa que no aceptara la tiara pontificia, cosa que le ocurría ya por tercera vez, pues en los dos conclaves anteriores á la muerte de Paulo III y de Julio III le habían hecho la misma intimación; pero si en aquellas ocasiones Caraffa se había sometido, entonces se revolvió arrogantemente contra el enviado español, exclamando: «Su Majestad el Emperador no puede impedir que, si Dios quiere que yo sea Papa, lo sea; y así estaré más contento, porque no tengo que agradecer esta dignidad más



que á Dios.» El Sacro Colegio lo eligió y el Cardenal Caraffa tomó el nombre de Paulo IV.

En el mismo siglo, el Cardenal Aldobrandini fue también en tres elecciones sucesivas excluído por España, hasta que á la cuarta elección, con asenso de España, ciñó la tiara con el nombre de Clemente VIII. En el siglo siguiente, á la muerte de Urbano VIII, el Cardenal Barberini, sobrino del difunto, al frente de cincuenta Cardenales, intimó la exclusiva, en nombre de Francia, al Cardenal Pamphli; pero éste se dió tan buena maña, que logró que el Embajador de Francia, á instancias de Barberini mismo y sin consultar á su Gobierno, levantara el veto, siendo elegido Pamphli, que tomó el nombre de Inocencio X, con gran descontento de Francia, que dejó cesante á su torpe Embajador.

A la muerte de Inocencio X, España ejercitó la exclusiva contra el Cardenal Paolucci; se estaba en el escrutinio y se veía que iba á ser elegido, cuando el Cardenal Althan pronunció la exclusión; Paolucci cambió de color ante aquel golpe, pero repuesto en seguida, alabó el proceder de quien, conociendo sus deméritos, le privaba del Pontificado. Pocos años después, en 1730, España excluyó al Cardenal Imperiali por medio del Cardenal Bentivoglio; al repetirse el escrutinio, Bentivoglio vió que iba á ser elegido otro Cardenal, Corradini, también desafecto á España, y como no podía ejercer de nuevo la exclusiva, porque este derecho se limita á rechazar un solo nombre, quizá hubiera tenido que aguantarse, si no hubiera acudido en su ayuda el Cardenal Cienfuegos, poniendo el veto á Corradini en nombre de Austria; descartados así los dos Cardenales mal vistos por las Cortes española y austriaca, fue elegido Corisini, tomando el nombre de Clemente XII. Todavía en el mismo siglo volvió á ejercerse la exclusiva, esta vez por Francia, contra el Cardenal Cavalchini, que fue excluído en el cónclave celebrado después de la muerte de Clemente XII.

En el siglo XIX ha sido también ejercitada la exclusiva, una

vez por España y otra por Austria. Muerto en 1823 Pío VII, se disputaban la elección del sucesor dos poderosos partidos, el clerical y el liberal. El Sacro Colegio contaba con 53 Cardenales, y en el Palacio del Quirinal se encerraron en cónclave 49. Apenas incomunicados, estalló entre ellos la discordia: el partido más numeroso era el de los *Zelanti*, compuesto todo de italianos retrógrados, enemigos de toda innovación, que tenían por jefe al fogoso Cardenal Severoli, su candidato al Papado; el otro partido era el de los *moderados*, compuesto de los Cardenales extranjeros y algunos italianos, siendo su alma Consalvi, el Secretario del Papa muerto, y su cabeza aparente el Cardenal Castiglioni; este partido estaba principalmente apoyado por Francia, que tenía entonces á Chateaubriand como Ministro de Estado.

En la mañana del 21 de Septiembre, después de varios escrutinios en que las fuerzas de ambos partidos se midieron, el Cardenal Severoli obtuvo 26 votos; ya cantaban victoria los reaccionarios pensando en que en el nuevo escrutinio alcanzarían la mayoría de los dos tercios necesarios, cuando el Cardenal Albani, representante de Austria, conferenció con varios de sus colegas, y acordaron pronunciar la exclusiva contra Severoli, como lo hizo, en efecto, por medio de la fórmula siguiente: «En mi calidad de Embajador extraordinario de Austria en el Sacro Colegio reunido en cónclave, cumplo el deber, para mí desagradable, de declarar que la Real é Imperial Corte de Viena no puede aceptar por Sumo Pontífice á Su Eminencia el Cardenal Severoli, al cual da formalmente la *exclusiva*. 22 de Septiembre de 1823.»

La lectura de esta comunicación, por lo áspera, despreciativa y soldadesca, indignó á los *Zelanti*; el resultado fue que Castiglioni, el candidato de los moderados, que por la mañana había tenido 18 votos, no obtuvo por la noche más que ocho; hasta los templados se revelaban contra el latigazo del Cardenal Albani. El resultado definitivo, después de una comunicación del Embajador de Austria al Sacro Colegio en la que afir-

maba la autoridad del Cardenal Albani, cuyos poderes para la exclusiva se habían puesto en duda, fue la retirada de Severoli y la elección en su lugar de uno de los más fogosos *Zelanti*, el Cardenal Della Genga, que tomó el nombre de León XII, muriendo el 10 de Febrero de 1829, y sucediéndole con el nombre de Pío VIII, su rival el Cardenal Castiglioni, que murió al año siguiente.

El nuevo cónclave, reunido el 14 de Diciembre de 1830, se verificaba en circunstancias extraordinarias, pues en Francia acababa de estallar la revolución y toda Europa estaba agitada por la invasión de las nuevas ideas. El conclave duró cincuenta días. Después de los primeros escrutinios, en los que parecía tener mayoría el Cardenal Pacca, se observó una poderosa corriente en favor del Cardenal Giustiniani. Hacia el décimoquinto día del conclave los votos que tenía aumentaron, permitiendo creer á sus partidarios en el triunfo; se tenía, sin embargo, la oposición de España, que ya en conclave precedente había encargado al Cardenal Gravina de excluirlo. En efecto, el día 22 del conclave, el Cardenal Marco y Catalán recibió de Labrador, Embajador de España, la orden formal de exclusiva del Cardenal Giustiniani, que habiendo sido Nuncio de Madrid se había distinguido por su afecto al absolutismo, mereciendo ser condecorado por Fernando VII con la Gran cruz de Carlos III.

El Cardenal Marco, al ver el 7 de Enero que Giustiniani contaba con 21 votos, faltándole sólo ocho para ser elegido, pensó en notificar la orden de exclusiva recibida el día anterior, y al efecto la comunicó al Cardenal Pacca, decano del Sacro Colegio, al Cardenal Odescalchi, sobrino de Giustiniani, y á otros purpurados, entregando, por último, una nota de exclusión fechada en 24 de Diciembre por el Embajador, que decía así: «El que suscribe, Embajador extraordinario y plenipotenciario de S. M. C. cerca de la Santa Sede, ofrece sus más distinguidos respetos á Su Eminencia y le suplica haga presente al Sacro Colegio reunido en conclave que, en nombre

de su Augusto Soberano y de orden expresa de S. M. C., da la «exclusiva» para el solio pontificio al eminentísimo Cardenal Jacobo Giustiniani.—*Pedro Gómez Labrador.*»

Giustiniani, que sin duda esperaba el golpe, lo recibió con serenidad. Se levantó, manifestó los servicios que había prestado al Rey de España, lo mucho que había sido por él honrado durante su nunciatura, y los gratos recuerdos que conservaba de S. M. C., á quien siempre profesaría profundo respeto, y lo mucho que le agradecía el beneficio de librarle de la carga del Pontificado con su veto, agregando unas palabras de gratitud á los que le habían honrado y pensaban honrarle con sus votos. Descartado de este modo el Cardenal Giustiniani, fue elegido Mauro Capellari, que gobernó con el nombre de Gregorio XVI. Según Wiseman, la causa de esta exclusiva fue la parte tomada por Giustiniani en los nombramientos de Obispos para las colonias españolas sublevadas; según Silvagni, á la influencia de la Reina María Cristina por creerle contrario á las pretensiones de su hija Isabel II y partidario de D. Carlos. Esta ha sido la última vez que se ha ejercido la exclusiva.

### IMPRESIONES Y NOTAS

LA LENGUA UNIVERSAL DEL PORVENIR.—En la *North American Review* publica H. G. Wells un artículo profético acerca de cuál es la lengua que tiene mayores probabilidades de ser adoptada como universal para el porvenir, y declara que esta lengua ha de ser, no el inglés, como podría esperarse dada la nacionalidad del autor, sino el francés.

Wells reconoce que cuantas gentes se ocupan en el mundo de industria y de comercio, tienen por indispensable el conocimiento del inglés, pero afirma que ni todo en el mundo es comercio é industria, ni la industria y el comercio pueden dar un paso sin el auxilio de la ciencia, siendo la lengua de la ciencia el francés. Por parte, todo el otra que quiera estar al

corriente de la filosofía, de la sociología, de la estética, de la pedagogía, etc., tiene que conocer el francés; y en cuanto á literatura, la única literatura que está obligado á dominar todo el mundo culto es la francesa; un alemán, un japonés ó un ruso pueden estudiar la literatura inglesa, y es un excelente complemento de su educación; pero el estudio de la literatura francesa no es un estudio complementario, sino fundamental para toda persona culta.

Las conclusiones que Wells formula en la *Fortnightly Review* como resultado de sus estudios de «Anticipaciones», son notables: predice la división de la humanidad en dos grandes castas ó razas, una consagrada á la producción económica y el desenvolvimiento de la vida material, y otra á la producción intelectual; cuando ese caso llegue, no se hablará en la tierra más que dos lenguas, el inglés por la raza *operante*, y el francés por la raza *discurrente*.

\*  
\* \*

LA «MADONNA» DE MORGAN.—Así se llama hoy la que antes se llamó por motivos semejantes la Madonna de Colonna, un cuadro que pintó en 1505 Rafael para las monjas del convento de San Antonio de Padua en Perugia: en él aparece sentada la Virgen con traje de rosa y manto azul en un alto trono, teniendo á su Hijo en brazos y mirando tiernamente á San Juan, que, con las manos juntas, viene á adorar al divino Niño; Santa Catalina y Santa Cecilia, con San Pedro y San Pablo, rodean el trono de la Virgen, destacándose sobre un fondo de paisaje azulado.

Este cuadro fue vendido por las monjas, pasando á ser propiedad de la poderosa familia de los Colonna; de ésta pasó á poder del Rey Don Fernando, quien la llevó en 1860 á Gaeta, expidiéndolo á Madrid en 1861 con el propósito de venderlo en un millón. El Gobierno francés y el inglés se lo disputaron algún tiempo, pero la guerra franco-prusiana impidió á Napoleón adquirirlo, y el Gobierno inglés se conformó con la

compra de otra Madonna en 70.000 libras; el cuadro lo adquirió Sedelmeyer, que tenía una galería verdaderamente regia, y de aquí ha pasado á ser propiedad del famoso archimillonario americano Pierpont Morgan, que ha pagado por el cuadro la cantidad de dos millones y medio de francos.

¡Bah! ¡Medio millón de duros por una obra de Rafael!...  
¿No es eso una verdadera ganga?

\*  
\* \*

**LAS GRANDES REVISTAS Y SU CIRCULACIÓN.**—De los miles de Revistas que en el mundo existen, son pocas las que han llegado todavía á tiradas de importancia, cosa natural si se tiene en cuenta lo relativamente restringido del público que lee las Revistas, que tiene forzosamente que constituir la aristocracia intelectual de los respectivos países. En Francia, que es quizá donde más público tienen las Revistas, principalmente por lo numeroso de la clientela extranjera, no hay más que tres Revistas (según datos de la *Revue*) que tiren más de 10.000 ejemplares, que son la *Revue des Deux-Mondes*, *La Revue* y *Le Correspondant*; todas las demás grandes Revistas francesas, como la *Grande Revue*, la *Nouvelle Revue*, etc., no pasan de cuatro á cinco mil ejemplares.

En Inglaterra las tres revistas de mayor circulación son la *Fortnightly*, la *Nineteenth* y la *Contemporary*, cuya tirada fluctúa entre 8.000 y 11.000 ejemplares. En los Estados Unidos no hay más que una, la *North American Review*, que haya pasado de los 10.000. En Alemania la que alcanza mayor tirada es la *Deutsche Rundschau*, que llega á 5.000 ejemplares, yendo después, pero á cierta distancia, la *Deutsche Revue* y *Nord und Sud*. En Italia la *Nuova Antologia* es la que marcha á la cabeza, con tirada igual á la mayor de Alemania, y en Rusia las dos revistas de mayor circulación, la *Rousskaia Myst* y la *Viestrick Jevropy*, llegan á una tirada de 6.500 ejemplares.

\*  
\* \*

LOS POETAS FAVORITOS DE LOS FRANCESES.—Entre las muchas averiguaciones ó informaciones, más ó menos importantes ó curiosas, que la prensa se ha dignado llevar á cabo con mejor ó peor fortuna, se encuentra la iniciada por la revista *Ermitage*, acerca de cuál es el poeta favorito entre los fallecidos en el siglo XIX. Para ello ha recogido las respuestas de unos doscientos poetas, y el resultado ha sido el siguiente:

1.º, Víctor Hugo; 2.º, Alfredo de Vigny; 3.º, Pablo Verlaine; 4.º, Baudelaire; 5.º, Lamartine; 6.º, Alfredo Musset; 7.º, Leconte de Lisle; 8.º, Esteban Mallarmé, y 9.º, Alberto Samain.

Entre las respuestas dadas hay algunas dignas de mención. Así, Jammes dice que «el poeta que más le conmueve es Maupassant en sus prosas». Para Boschot, «cada poeta se convierte sucesivamente en el poeta por excelencia». «La mala fe y la estupidez del homenaje póstumo á Víctor Hugo—dice Juan Lorrain—están confirmadas por la presencia en el mismo de Catulo Mendez, que ha tenido valor para comparar con Víctor Hugo al joven y millonario Edmundo Rostand; único entre todos los poetas modernos, Catulo Mendez ha proclamado á Rostand poeta (!!!).»

\*  
\*  
\*

FALSIFICADORES DE LECHE.—El *Eco de París* ha abierto un concurso para obtener un aparato que permita revelar la falsificación de la leche y ayudar así, en interés de la salud pública, á la represión del fraude.

La cuestión vale la pena de estudiarla á fondo y á todos interesa su acertada solución. Se ha demostrado que gran parte de la mortalidad, especialmente en los niños, era debida á la adulteración de la leche; en el comercio de la leche se observaban, por otra parte, verdaderas fortunas hechas en poco tiempo, sin que pudiera sospecharse, sin embargo, que pudiera llegarse en el fraude hasta los hechos que se han descubierto.

Entre los diversos falsificadores de leche, los muchachos lecheros forman en Francia la clase más extraña. Entre ellos existe tal solidaridad, que jamás se descubren unos á otros. En cuanto hay un puesto vacante, la Asociación examina los títulos y condiciones de los aspirantes, y se impone el que ofrece mayores garantías de discreción; una vez entrado recibe una pequeñísima paga, pero no le dejan nunca solo hasta no estar seguros de que pueden fiarse de él; después de varios meses de tanteos entra en aquella especie de masonería, y entonces le revelan los secretos del oficio y los sitios de las reuniones de los socios, obligándole á entregar una fuerte suma en fianza para pagar los gastos posibles de un proceso y para atender á las necesidades de los compañeros que han sido descubiertos y purgan en la cárcel su delito.

Y lo peor es que esos desdichados no sólo no protestan, sino que se alaban de los fraudes que cometen y de la explotación que hacen. Un mozo lechero ha declarado lo siguiente: «Hice mis estudios en París y salí de la Escuela Central de Artes y Oficios con un diploma de Ingeniero; después de haber buscado una colocación sin encontrar más que un cargo de dibujante de 2.400 francos, pensé en buscar dinero de otro modo y me hice mozo lechero; ahora gano 700 francos mensuales, 250 de salario y 450 de extraordinarios; como yo, cada uno de nosotros ahorra de 3.000 á 4.000 francos anuales, y mi amo no gana menos de 60.000; por eso las multas nos importan poco.»

Lo triste del caso es que la mayor parte de las familias poseen un lactodennímetro, sin saber que los lecheros conocen las casas en que se sirven de este aparato, y agregan entonces á la leche, no agua, sino otras substancias que adulteran la leche sin permitir conocer el fraude.

FERNANDO ARAUJO.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**La cuestión social**, por el Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Juan Maura,  
Obispo de Orihuela.

Colecciona el ilustre Prelado en la obra que acabo de citar, una serie de pastorales encaminadas á examinar los gravísimos problemas que constituyen la base fundamental de la ciencia económica, y llenan hoy con ruidosas discusiones tanto los círculos de clases trabajadoras como las capas formadas de personas ilustradas. No creo, ciertamente, pecar de exagerado diciendo que el Ilmo. Maura, á pesar de la modestia, á veces extremada, con que da su dictamen en los distintos puntos que discute, es uno de los pocos que, sin hipotecas, sin exceso de rigorismo, sin abusar tampoco de los principios dogmáticos, ha sabido mostrar las bases filosóficas del antisocialismo. Quien se fije en alguna que otra frase, podrá creer que es uno de tantos eclécticos mediocres y convencionales; pero quien lea todo el libro, se convencerá de que es un individualista de buena cepa, á la vez que un altruista entusiasta, poseído de un ardiente amor á la ciencia y á la humanidad. Si sus opiniones me han producido viva simpatía, es porque detrás de sus concesiones al armonismo de las escuelas conciliadoras, campea en ellas lo único que puede sustituir á la superstición socialista, lo único social y humano: un ideal de individualismo *moral*.

Para evitar equivocaciones que proceden del empleo de palabras vagas, desecha desde el principio el individualismo

*utilitario* de los sociólogos ingleses, como subversivo de la verdadera moralidad, y por la misma razón rechaza las utopias de un equilibrio final de los intereses en sentido de universal solidaridad. Él forma con Perín este juicio: «Esa idea de la consecución segura, fatal y, en cierta manera, mecánica de la paz social, y remuneración equitativa de todos los trabajadores por el juego automático de todos los intereses, sería una extravagancia inexplicable, si no se tuviese en cuenta el deseo apasionado de encontrar una concepción de la vida y de sus móviles que nos librase de reconocer una autoridad superior al hombre, y nos dispensase de practicar la virtud por medio del sacrificio.»

Nada tan notable como la concepción que el Ilmo. Maura forma del trabajo en el terreno filosófico: «El trabajo es el ejercicio de la actividad, el armónico desenvolvimiento de las fuerzas vivas del sér... El trabajo es una perfección del sér que lo ejecuta; porque toda potencia, toda fuerza, toda energía, desarrollándose, se completa y perfecciona.» Partiendo de esta definición, se explican fácilmente su dominio y sus límites.

Después de haber mostrado que el trabajo es necesario y legítimo, el Ilmo. Maura revuelve sus armas victoriosas contra Marx, Engels y Lafargue. Protesta, como Say, contra el colectivismo, y observa que el pretendido trabajo colectivo no sólo no excluye la desigualdad y jerarquías sociales, sino que las requiere y exige necesariamente, y las produce por la lógica natural y la fuerza de los hechos mismos. Defiende la lucha contra el pauperismo en nombre de razones morales, y muestra adhesión muy marcada á los métodos que los sabios indican para solucionar los conflictos industriales, los cambios operados en el trabajo por la invasión de las máquinas, y el problema de la generalización de los vicios entre los obreros. Ante los dolores de la concurrencia, no desecha la idea de que la propiedad individual llegue á convertirse, en caso de extrema necesidad, en propiedad común, y convencido de los abusos de las fuerzas humanas, reconoce el perfecto derecho que

el trabajo tiene á defenderse de la tiranía del capital. Sin enunciar ideas románticas sobre el obrero, habla con sentimental elocuencia de «la débil mujer y el tierno niño, tan inhumanamente y tan sin piedad explotados por las industrias modernas», del «salario, compensación no siempre equitativa y justa», y de «la reglamentación de las horas de trabajo, tan discutida y tan imprescindible.»

Pero todo esto no es más que una ley de justicia que sólo puede ser determinada por deberes sociales. El Ilmo. Maura desenvuelve con tal motivo una verdadera teoría de la *asociación*, como derecho y como libertad, con lo que demuestra cuán necio es el exclusivismo de los que creen que en una pastoral no caben digresiones científicas, ni deben discutirse tesis doctorales.

En suma: reconozco el mérito y amplitud de este escrito, que está llamado á producir buen efecto en muchos centros eclesiásticos y religiosos, acercándolos cada vez más á la escena íntima de la vida, al corazón mismo de la sociedad. Hoy la fe encuentra por todas partes á la ciencia disputándole la supremacía y el reinado, y no está en el caso de perder sus fuerzas estérilmente luchando con ésta en esferas donde su influencia es muy remota y la de la ciencia indestructible; antes, le conviene concentrarlas todas en la esfera en que se estrellan las pretensiones científicas: en la esfera de las cuestiones sociales.

El trabajo del Ilmo. Maura responde admirablemente á esta economía... teológica, que tan claro le ha hecho ver en economía política.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

---

**El Gobierno Congresional**, por Woodrow Wilson, 1 vol. 263 págs. Madrid.  
LA ESPAÑA MODERNA.

Pocos temas podrían señalarse en la ciencia política contemporánea, lo mismo en el mero respecto histórico que en el

respecto crítico y constructivo, tan atractivos y tan llenos de cuestiones, como el del Gobierno del pueblo norteamericano. Por algo es éste el pueblo hoy quizá más rico, y, fuera de Rusia, el más grande entre los de origen europeo que hay en el mundo. Realmente, interesa de veras ver de qué manera rige sus destinos, bajo la acción directiva de las *mismas* Instituciones y con la misma Constitución, el pueblo de hoy, tan complejo, tan mezclado y proveniente en línea bien directa de aquel otro, pequeño, reducido y disgregado, que hace un siglo y no muchos años más se emancipaba de Inglaterra.

La obra del Sr. Wilson es un estudio, precisamente, del tema á que me refiero: se trata en ella, en efecto, de examinar *el régimen político de los Estados Unidos*; pero no ha de tomarse como un mero trabajo de pura exposición, ni tampoco como una crítica amplia y completa. El propósito del autor es más determinado y muy concreto. Se ha propuesto caracterizar el Gobierno de la República americana, ó en otros términos, señalar el modo, según el cual se rige éste, merced al juego especialísimo, casi pudiera decirse único, de sus Instituciones nacionales.

Lo indica de un modo claro y preciso el propio W. W. «El objeto de este libro—dice—no es ofrecer de una manera completa la crítica del Gobierno de los Estados Unidos; es simplemente poner de relieve los rasgos característicos de la práctica del sistema federal.»

Pero, ¿cuáles son éstos? Infiérese de las palabras que á continuación escribe: «Tomando al Congreso como poder central y predominante del sistema, el objeto de este libro es ilustrar todo lo que al Congreso atañe. ¿Por qué? Porque precisamente en el Congreso, es decir, en la acción del Congreso, dentro del funcionamiento de los poderes federales, está la característica saliente de la Constitución americana en la práctica.»

«Todo el mundo ha visto, é innumerables críticos han dicho, que la forma de nuestro Gobierno es particular, que posee un carácter enteramente propio; pero muy pocos han visto con

exactitud en qué difiere más esencialmente esa forma de los demás Gobiernos del mundo... Nuestro mecanismo legislativo y administrativo es el que hace de nuestro Gobierno una cosa esencialmente diferente de todos los demás grandes sistemas de Gobierno. El contraste más marcado de la política moderna es el que existe, no entre el Gobierno presidencial y el Gobierno monárquico, sino entre el Gobierno congresional y el Gobierno parlamentario.» Y añade luego: «El Gobierno congresional es el gobierno por los Comités... es la administración por agentes ejecutivos medio independientes que obedecen las órdenes de una legislatura...»

Ahora bien; todo el libro de W. W. está destinado á describir, en contraste con el parlamentario, esa forma de Gobierno por el Congreso.

Su plan es bien sencillo. Después de una interesante introducción, examina una por una las tres grandes Instituciones que constituyen estrictamente el Gobierno federal: la Cámara de Representantes, el Senado y el Poder ejecutivo.

A. POSADA.

## INDICE

---

|                                                                                                | <u>Págs.</u> |
|------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>High-life</i> (novela), por la Baronesa de Suttner.....                                     | 5            |
| <i>Poetas americanos: El triunfo de las ciencias</i> , por José Santos Chocano.....            | 38           |
| <i>Conquistadores antiguos y modernos</i> , por Francisco Sosa.....                            | 59           |
| <i>El ducado de Cánovas</i> , por E. Cánovas del Castillo.....                                 | 101          |
| <i>Cuándo y quién fue el fundador del periodismo en España</i> , por Juan Pérez de Guzmán..... | 109          |
| <i>Papel de los grandes hombres en la historia</i> , por Edmundo González-Blanco.....          | 128          |
| <i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....                                                 | 138          |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                                        | 158          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                          | 170          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por Edmundo González-Blanco y A. Posada..                        | 201          |

# BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

- Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcofurado.**—Cartas amatorias, 3 pesetas.
- Aniel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Antoine.**—Curso de Economía social, 2 volúmenes, 16 pesetas.
- Aranjo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 150.
- Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pts.
- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 pts.
- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pts.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.
- Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
- Bunge.**—La Educación, 12 pts.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pts.
- Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, tres tomos, 24 pesetas.
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Caro.**—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
- Champeommunale.**—La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pts.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Eltzbacher.**—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
- Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Emerson.**—La Ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.
- Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
- Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
- Finot.**—Filosofía de la longevidad, 5 pts.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pts.—La Ciencia social contemporánea, 8 pts.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pts.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pts.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 pts.
- Garnet.**—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 pts.
- George.**—Protección y librecambio, 9 pts.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pts.
- Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.
- Gladstone.**—Los grandes nombres, 5 pts.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pts.—Las Favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La du-Barry, 4 pesetas.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Gumplowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pts.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
- Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 pts.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 pts.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pts.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
- Huxley.**—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 pts.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
- Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
- Krüger.**—Historia, fuentes y literatura de Derecho Romano, 7 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 250 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pts.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pts.
- Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pts.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.**—La Escuela Criminalógica Positivista, 7 pesetas.
- Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.
- Macaulay.**—La educación, 7 pts.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 pts.
- Manduca.**—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.—Historia de las Religiones, 8 pesetas.
- Meneval y Chantelance.**—María Estuardo, 6 pesetas.
- Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa de España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 ps.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 pts.—La Genealogía de la Moral, 3 pts.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Humano, demasiado humano, 6 pts.—Aurora, 7 pts.
- Novicow.**—Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la Raza blanca, 4 pesetas.
- Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pts.—Derecho Civil, dos tomos, 15 pts.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
- Ruskin.**—Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.
- Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.
- Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols. 30 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pts.

**Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.  
**Sohm.**—Derecho privado romano, 14 ptas.  
**Spencer.**—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 6 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones política, dos tomos, 12 ptas. El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.  
**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.  
**Starke.**—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.  
**Stead.**—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.  
**Stirner.**—El Unico y su propiedad, 9 ptas.  
**Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.  
**Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.  
**Supino.**—Derecho Mercantil, 12 pesetas.  
**Taine.**—Historia de la literatura inglesa: 5 vols. 34 pesetas.— Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.— Los filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.

**Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.  
**Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.  
**Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.  
**Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartin, Silió Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.  
**Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sella, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.  
**Idem.**—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.  
**Virgilio.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.  
**Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.  
**Witt.**—Historia de Washington, 7 pesetas.  
**Waliszewski.**—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.  
**Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.  
**Wilson.**—El Gobierno Congresional, 5 ptas.  
**Wolf.**—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes, 15 pesetas.

## OBRAS RECIEN PUBLICADAS POR LA ADMINISTRACION DE «LA ESPAÑA MODERNA»

**Virgilio:** Manual de Estadística, 4 pesetas.—**Todd:** El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 ptas.—**Eltzbacher:** El anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 ptas.—**Stirner:** El Unico y su propiedad, 9 ptas.—**C. Ellis Stevens:** La Constitución de los Estados Unidos, 4 ptas.—**Spencer:** Instituciones profesionales, 4 ptas.—Instituciones industriales, 7 ptas.—**Schopenhauer:** El Mundo como voluntad y como representación (segunda parte), 10 ptas.—**George:** Protección y librecambio, 9 ptas.—**Ruskin:** Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.—**Taine:** Historia de la literatura inglesa. La Edad Moderna, 7 ptas.—**Ricci:** Derecho Civil, dos vols., 15 ptas.—**Nietzsche:** Humano, demasiado humano, 6 ptas.—**Finot:** Filosofía de la longevidad, 5 ptas.—**Boccardo:** Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 ptas.—**Carlyle:** La Revolución francesa, tomo II, La Constitución, 8 ptas.—**Novicow:** Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 ptas.—**Wilson:** El Gobierno Congresional; Régimen político de los Estados Unidos, 5 ptas.—**Fitzmaurice-Kelly:** Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 ptas.—**Goncourt:** La Du Barry, 4 ptas.—**Taine:** Los filósofos del siglo XIX, 6 ptas.—**Champeomunale:** La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado, 10 ptas.—**Starcke:** La familia en las diferentes sociedades, 5 ptas.—**Caró:** La filosofía de Goethe, 6 ptas.—**Spencer:** La Moral de los diversos pueblos y la Moral personal; 3.<sup>a</sup> edición, 7 ptas.—**Lubbock:** El empleo de la vida; 3.<sup>a</sup> edición, 3 ptas.—**Witt:** Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos, 7 ptas.—**Novicow:** El porvenir de la raza blanca, 4 ptas.—**Max Müller:** Historia de las Religiones, 8 ptas.—**Bunge:** La educación, 12 ptas.—**Bagehot:** La Constitución inglesa, 7 ptas.—**Laveleye:** El Socialismo contemporáneo, 8 ptas.—**Nietzsche:** Aurora, 7 ptas.—**Carlyle:** Revolución francesa, tomo III, 8 ptas.—**Mommsen:** El Derecho penal romano, 10 ptas.

# LA ESPAÑA MODERNA

## AÑO XIV

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas nacionales y extranjeros, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

### CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, diez y siete pesetas; un año, treinta pesetas.—Fuera de España, un año, cuarenta francos. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.

-Se suscribe en la calle de Fomento, 7, Madrid.

**Director: J. LÁZARO**